# *El pecado mortal*

*(Narración novelesca en los tiempos del Rey embrujado)*

Diego San José

A ARTURO COSTA,

muy querido amigo, que es camarada de poetas, comediantes y artífices, con la ventaja de no ser ni literato ni cómico ni artista. Por estas tres virtudes le rinde pleitesía y entrañable afecto,

Diego San José.

## CAPÍTULO PRIMERO

*Un aviso de la Corte en el que se da noticia de un suceso político, el cual es primera especia para el buen aderezo de esta novela.*

Aun cuando el señor don Rodrigo hacía rato que dejara las deliciosas penumbras del sueño, se hallaba aún bajo esa brumosa inconsciencia que le sucede, en que se funde lo que se ha soñado con las jornadas ciertas de la vida.

Desde que se hallaba en Toledo, todas las mañanas, a punto de las siete, le despertaba el suave esquiloncillo de las humildes monjitas de San Juan de la Penitencia.

No era aquella campana chillona y desagradable, de esas que meten el alma del bronce oídos adentro, y parece que llega hasta la última revuelta del cerebro. Sus golpes eran quedos, acompasados y melodiosos, y en su sencillez sonora, parecía que llevaban la humildad de aquellas buenas siervas de Dios, que le sirven y adoran sin grandes ceremonias ni pomposas fiestas, sino haciendo como menestralillas caseras, paños de altar, roquetes y sobrepellices para los capellanes, y labrando esos primorosos y complicados encajes, que luego adornan las albas de los señores curas, y, aun a veces, la del propio Arzobispo-Cardenal.

Digo, pues, que esta sonora vocecilla de bronce despertaba todas las mañanas a don Rodrigo de Uceda.

En cuanto alzaba los párpados, asía de una cuerdecilla que tenía sujeta en la cabecera, tiraba de ella y abría el postiguillo de una ventana que estaba al lado.

La luz recia del cielo toledano entraba briosa, protestando de que a tan gran señora se hiciera tan poco honor, abriéndosele solo un postigo; mas el caballero no se cuidaba de esto, y se estaba desperezando como un gañán, hasta el tiempo no lejano en que entraba su mozo a ayudarle a vestir.

Nunca se hacía esperar, pues ya sabía cómo su amo marchaba en punto con el esquiloncillo de las señoras penitenciarias.

Así, la mañana en que se comienza esta narración entró el hombre trayendo en la diestra unos pleguezuelos.

Hizo la salutación de costumbre, abrió enteramente la ventana, por la cual se entró a su talante toda la claridad que puede haber en una mañana nubosa de enero, y dijo a su amo:

—Levántese, señor; que llegó posta de la Corte.

—Que me place, amigo —le respondió—, pues ya estaba sin alma y desesperado con este silencio. Tráela acá.

—Pues, cómo, ¿no se va a vestir vuesamerced?

—Sí; pero quiero leer las cartas en la cama; y como presumo que tienen que ser buenas noticias, pues tardaron tanto, que, si fueran malas, hubiesen llegado por los aires, tráeme luego acá los torreznillos.

Salió el mozo a cumplir como le mandaba su amo, y este, incorporándose en la cama, examinó los pliegos, que eran dos.

En la letra los conocía ya.

—De mi primo el conde —dijo, y le puso a un lado, añadiendo—: Lo mismo dirá después. De ella, este no tiene demora —rompió el sello cuidadosamente, sacó el pliego, besó la firma y halló que la carta decía de esta suerte:

«Mi Rodrigo: Al cabo, puedo tomar la pluma, para ser toda tuya, en el alma como lo soy en alma y cuerpo cuando estoy en tus brazos. No hace media hora que partió al encuentro del Infante, que está en Torrejón, aquel enemigo que es tormento de ambos y carcelero mío, por mandatos de la Santa Madre Iglesia, que le ató a mi vida como cadena de perpetua esclavitud.

»Yo sé que estos ocho días mortales habrás estado pensando mil infamias de mí, porque no te escribiera, y yo no hacía sino atormentarme más, considerando tu propio sufrimiento.

»Esta carcoma (que mala nube se lleve y no le deje tomar) no me dejaba ni a sol ni a sombra.

»El antes no era de esta perversa condición; pero aconteció que los otros días hubo comedia privada en casa de Oropesa, pues sabes que públicas no se consienten desde que murió el otro rey, y, contra su costumbre (que es enemiga de toda gorja y bureo), quiso que fuésemos, pues el conde le había convidado de muy buena voluntad. Mandó poner el coche, y pluguiera a Dios que, a tiempo de asentar el pie en el estribo, se le quebrase, porque en ir estuvo mi purgatorio y mi infierno.

»Pusieron como entremés uno muy divertido, que le dicen *El viejo celoso*, y creo que es del mismo autor que escribió *Don Quijote*. Así como mi hombre vio salir a las tablas aquel otro camarada Cañizares, casado, como él, con mujer moza y amiga de trapicheos moceriles, por limpiar de babas centenarias, comenzó a tomar ejemplo, a pensar que aquello era un espejo de la vida, y tal batahola de celos me lleva dada, que ni como penitencia la puedo sufrir.

»Aún estoy maravillada de cómo se ha determinado a dejarme.

»Verdad es que en tocándole a su don Juan de Austria, pierde la noción de la vida, y aun entiendo que consintiera en verte sobre mí si al mismo tiempo pudiera verle a él gobernando los destinos de España.

»Mas lo importante, ¡vida mía!, es que yo sepa que tú me quieres, puesto que yo te adoro, olvidado has de tenerlo ya de puro sabido.

»Una cosa quisiera decirte; pero te la diré no más que a medias, porque no quiero que gastes pólvora en salvas: anoche, soñé contigo...

Te besa, tu

*Dorotea*.—¡Ojos míos!».

Tornó don Rodrigo a besar las letras que acertaban a componer este nombre, y, por un buen espacio, sin soltar el lúbrico pleguezuelo de la mano, estuvo meditando sobre lo que decía.

Al fin le soltó, y asió del otro, que, sin abrir aún, se estaba esperando que le arrancasen el secreto.

Con menos cuidado y mesura que empleó en el primero, rompió el sello y, sin mirar la firma, comenzó a leer.

Eran noticias de la Corte y comentarios recogidos en el mismo Alcázar.

Hacia el promedio de la carta, decía:

«...Parece cosa cierta que don Juan viene y el Confesor se parte; Dios lo haga, que, si así es, estáis de enhorabuena, pues la reina levantará la mano en vuestro destierro.

»De que Nithard se va, vista la proa que le ponen los grandes, el pueblo y don Juan, no queda el menor recelo.

»El domingo pasado quiso hacer ante la reina una de sus muchas comedias grotescas, filosóficas y rastreras, pidiéndole licencia para retirarse; pero no entonces, precisamente por no dar gusto quienes con tan grandes ansias lo pedían, y, al fin, contra toda la voluntad de doña Mariana, el Consejo ha determinado que salga, porque el bastardo dijo que:

...si el lunes no salía el Confesor por la puerta, el martes entraría él en Madrid, acompañado de su gente y le arrojaría por la ventana...

»No queráis saber en qué revuelo está la Villa a causa de la buena nueva.

»Hay quien pide que se hagan fiestas reales, ni más ni menos que si se tratase de la boda de un príncipe.

»En fin, ello dirá. Como es cosa cierta el irse el jesuita, por anticipado os envía su parabién, con un abrazo, vuestro primo

*Don Pedro*».

La carta de don Pedro era de extrema importancia para don Rodrigo.

Entre sus líneas cortesanas, traía nada menos que aires de libertad para su merced.

Si el confesor de la regente caía en desgracia y por ende dejaba de gobernar España, como si fuese una diócesis, podría el hidalgo volver a bogar en los procelosos mares de la Corte, donde con tanta ventura lo hizo hasta que, por vientos de su mordacidad y afilada sátira, vino a estrellarse contra la soberbia del jesuita alemán.

Y no tanto se holgaba de la certeza del aviso por recobrar su fuero en la Corte, volviendo a ser espumilla de galanes y azote de la política nefasta de la reina madre, como por retornar a los brazos de su adorado tormento.

Los cuatro meses que llevaba en Toledo se le antojaban cuatrocientos años.

Se estiró nuevamente, con tanto vigor, que no parecía sino que se iba a desmembrar; luego dio grandes voces llamando al mozo:

—¡Martinico, Martinico!

Y ni más ni menos que si fuese el eco de la voz de su amo, entró el sirviente en la estancia.

—Dame de vestir —le dijo don Rodrigo.

En la alegría de las palabras conoció Martin que su merced había recibido buenas noticias.

—Qué, ¿estamos por ventura de enhorabuena? —preguntó.

—Sí —respondió—; tenemos ya un pie en el estribo. Al tudescazo le mandan a invernar a su tierra, de donde plegue a Dios que no salga sino para el otro mundo, y bien sabes que no quiero decir a tierra de Indias.

—Ya era hora, señor; que yo me pudro en este poblacho; además que, como su merced, también tengo allá una pobreta que suspira y se consume por la persona.

—Ya poca puede ser la espera, porque salir el P. Everardo por la Puerta de Fuencarral, y entrar nosotros por la de Toledo, todo será a un mismo tiempo.

Y en lo que amo y mozo sostenían este coloquio, el último ayudaba a vestir al primero.

Martinico había dejado sobre una mesa, a tiempo de entrar, una bandeja, en medio de la cual triunfaba, esparciendo oloroso vaho, un plato que era alma de un par de huevos fritos, rodeados de sabrosos torreznos.

Así como se lavara, se echó un ferreruelo por los hombros y se sentó con trazas de mucho apetito a honrar la vianda.

Martín, en tanto, sin dejar de hablar (que era muy gentil hablador), andaba de un lado para otro, recogiendo la ropa que se quitó su amo, y previniendo la que iba a ponerse.

—Dispón el vestido color perla, que es el mejor que tengo aquí. Hoy, Martinillo, es día de holganza. *Dorotea* sueña conmigo como si estuviera despierta, y a mi enemigo se le lleva el diablo.

## CAPÍTULO II

*El Madrid de Carlos II*

El tiempo en que amanecen los capítulos de esta narración no eran ya nada prósperos para España; comenzaba a declinar el sol de nuestra ventura.

Habíamos perdido mucho prestigio, y con el prestigio, comenzábamos a perder tierras.

Con todo, y con llorar de hambre frecuentemente la gente menesterosa, y ser muchos días difícil el mantenimiento de la reina madre y el rey niño, aún llegaban a los puertos españoles los galeones de Indias, repletos de plata y oro, y las sedas y tapices de Oriente venían a engalanar las casas de los grandes.

Era deslumbrador recreo de la vista ver, en el Prado, a la caída de la tarde, los coches y libreas costosísimas de las damas de rango, siquiera hubiese que apartar los ojos de la pobretería astrosa, que acudía a la sopa en los conventos del Espíritu Santo y Capuchinos de la Paciencia.

Cada día se pegaban en el zaguán del Alcázar pasquines y vejámenes contra la inutilidad del rey, la lascivia hipócrita de la reina, y la impolítica del padre confesor.

Para acallar estos descontentos se organizaban solemnes fiestas religiosas, se preparaban autos de fe en que se tostaban cientos de herejes y se daban corridas de toros. Con todo esto distraían al pueblo y mientras se le embargaban los sentidos, no daba en acordarse de que estaba el pan caro...

A veces, el hambre apretaba tanto que los engaños no eran quienes para hacerles callar, y juntándose en grupos acudían a las Casas Consistoriales y a la plaza de Palacio. En este punto les acallaban fácilmente con mostrarles al monarca en brazos de su ama, mirándole tan desdichado, con tan poca salud, sin duda que a la demanda de justicia sucedía la compasión y deponían su actitud, y cuando ni esto data resultado, como paño de lágrimas, le echaban encima la *Guardia Chamberga*, y a puras cuchilladas y arcabuzazos olvidaban los mordiscos de la necesidad.

En el mismo Palacio Real aconteció más de una vez que la reina no tuvo postre porque los confiteros de la Corte se negaron a proveer la repostería mientras no se les pagasen las deudas atrasadas, y fue necesario que *Manolillo*, el bufón, sacase de su faltriquera unos cuartos con que se pudiese satisfacer la golosina de doña Mariana.

Mas con todo y con eso jamás faltó la necesario para sustentar con decoro el culto de la real capilla, ni tuvo Nithard que privarse de favorecer largamente a sus compatriotas ni aun atender a su propio estipendio, que es fama que todos los meses corrían muy buenos caudales de oro español a estancarse en tierra alemana.

Los famosos tercios que aún tenían piltrafas de su prestigio en los campos italianos sufrían la penuria y la roña, mas la dicha *Guardia Chamberga*, que era el sostén de la reina viuda, recibía puntualmente pagas y subsidios, y sobre ello tenían licencia para salir a *pecorea* cuando bien se les antojaba a sus individuos, que era casi todos los días.

La *curia* robaba aún con más descaro que ahora, y la señora Justicia tenía dos ojos como dos soles y la espada que traía en la mano era de plectre en lugar de acero.

La mendicidad, más que una lacería de la sociedad se diría que era una profesión lucrativa, en la que hallaban medio de vivir muy a gusto gran número de desaprensivos. Bien que en esto se ha prosperado poco y los años que llevamos del siglo XX no parecen sino un fiel traslado de aquellos lejanos de la centuria decimoséptima.

Por si fueran pocas las estrecheces de la Corte a ella acudían como humildes ríos a fundirse en la procelosa mar pedigüeños y pretendientes de toda España, con lo que se hacían dos males gravísimos, que era mermar muy considerablemente la población de aldeas y ciudades, y dificultar la vida matritense, puesto que todos venían a pedir, pero a dejar ninguno.

Ya no tenía efecto legal aquella sabia pragmática dada durante el gobierno del Conde Duque de Olivares (hombre de grandes teorías, pero de prácticas lamentables), que limitaba a los pretendientes y forasteros la asistencia en Madrid.

Así pues, esta insigne villa, que es joya mayor de la Corona de España, se veía esquilmada y pobre, y habiendo entre las provincias (para mayor escarnio y befa) fama de ser rica y avara.

Tal sambenito le colgaban la codicia y desaprensión de los ministros, que, sin escrúpulo alguno de conciencia, vendían honores y aun empleos modestísimos al mejor postor, de suerte que el mérito y la buena voluntad valían de muy poco y no eran prendas útiles y necesarias para ser buen ciudadano.

La Santa Inquisición gastaba cuantiosos caudales en perseguir y tostar herejes, pero no daba manda alguna para el sostenimiento de asilos ni hospitales, antes bien, no tenía pudor de pedir limosna para mejorar el imperio de la tiranía...

* * *

La enemiga entre el bastardo don Juan de Austria y el P. Everardo venía sostenida desde los tiempos del rey Felipe.

Nunca pudo haber paz entre ambos, cosa que ya diversas veces había redundado muy en perjuicio del hijo de la *Calderona*.

Tal encono por parte de don Juan subió de punto con la elevación del confesor a inquisidor general del reino y a individuo del Consejo de regencia.

A él por su parte, y más con deseos de distanciarle de la Corte de Madrid, que, de darle honores, se le nombró general y gobernador de los estados de Flandes.

Conoció la causa verdadera del nombramiento y se resistió cuanto pudo a salir de España, cuya determinación fue principio de enconadas discordias que pusieran en conmoción a toda la Corte.

A todo trance se resistía a obedecer la orden superior que venía del mismo Trono, y aun parece que dijo un día en el Consejo al P. Nithard:

—Pues, padre, si tan necesaria es en aquella provincia una inteligencia sabia que asegure el buen gobierno y triunfo de las armas españolas, ¿por qué no se envía allá a vuestra ilustrísima, pues siendo tan santo como es y pregona la fama, no dejaría el Señor de concederle victorias sobre los franceses? Que sabe hacer milagros, nadie habrá que sea osado a negarlo y si le hubiere no podrá por menos que rendirse ante la clara evidencia, pues gran prueba es el sitio que ocupa.

El jesuita recibió el sarcasmo con la soberbia hipocresía y forzada mansedumbre que saben los de su orden y, procurando la mayor mansedumbre a sus palabras, replicó humildemente:

—Muy bien sabe vuestra alteza que no es mi ejercicio la milicia del rey, sino la de Cristo Nuestro Señor.

—De esas cosas, padre mío —repuso el de Austria—, os vemos hacer cada día bien ajenas a vuestro estado.

Ello finó con que Nithard sufrió el agravio y don Juan tuvo que partir, mal de su agrado, camino del gobierno de Flandes.

A poco, el duque de Pastrana, adicto del señor don Juan, era desterrado de la Corte y condenado a pagar una fuerte suma, como castigo de ciertos rumores que le hacían muy adicto al bastardo. También el conde de Castrillo, presidente del Consejo de Castilla, se retiró de su cargo después de una misteriosa conferencia con doña Mariana, viniendo a ocupar su puesto el obispo de Plasencia, don Diego Sarmiento Valladares, gran amigo del confesor.

Pero el suceso que más reciamente minó la privanza del P. Everardo fue la muerte dada a un hidalgo aragonés llamado don José Malladas, partidario ferviente de don Juan.

Hizo creer el jesuita a la reina que este hombre conspiraba para darle muerte. Doña Mariana dio orden secreta de que le prendieran y que también secretamente, y sin formación de causa, le quitasen la vida en garrote, como se ejecutó a las dos horas de caer el infeliz en manos de la Justicia.

Aún estaba don Juan en Galicia, de camino para su forzado Gobierno, cuando le llegó noticia de tan injusto desmán, por lo que formó determinación firme de no pasar adelante, donde se le mandaba.

La reina se indignó, y aunque Su Alteza ponía por pretexto la falta de salud, se ordenó que, sin acercarse a Madrid en veinte leguas, pasase a la villa de Consuegra y asentase en ella hasta recibir orden suya.

De allí a poco se intentó prender a don Juan en su retiro, más cuando llegó a Consuegra el marqués de Salinas para poner por obra esta resolución, ya el bastardo, que tuvo aviso secreto de ella, había puesto tierra por medio, dejando escrita una carta para la reina, en la que se despachaba a su gusto contra el padre confesor, diciendo que no habría paz ni sosiego en el reino mientras el jesuita continuara en el valimiento.

Pasó don Juan a Cataluña, donde fue muy bien acogido por el pueblo y la nobleza, y desde allí parlamentó con la Corte como de igual a igual.

Hasta el duque de Osuna, que era virrey del Principado, le festejó y dio acatamiento de príncipe de la sangre.

Todos, haciéndole coro, pedían a la reina la destitución del padre Everardo, y el infante, para que mejor le oyeran, llegó con gran aparato de ejército, hasta Torrejón de Ardoz, que está a tres leguas de la villa cortesana.

Ofreció acatamiento y pleitesía al rey, pero poniendo como primera condición la salida de su mortal enemigo, en el término preciso de dos días.

Mientras tanto, el pueblo de Madrid recorría las calles dando mueras a Nithard y pidiendo furiosamente su degradación y destierro.

Aun los mismos religiosos de su Orden hicieron causa común con los descontentos, de suerte que fue le forzoso a la reina, mal que le pesase, dar oídos al clamor general.

## CAPÍTULO III

*Donde se viene en conocimiento de quiénes eran Dorotea y Don Rodrigo de Uceda, primeras figuras de este retablillo novelesco.*

Este joven desterrado que tan contra su gusto y voluntad asentaba en la inmemorial Toledo, era hidalgo de pro, que asistía en la Corte, teniendo gran prestigio entre la nobleza.

Aunque aún era de buena edad, ya hacía rato que pasara los verdes prados de la juventud; mas de ella conservaba los ímpetus y las pasiones, que le daban con mucho fuero carta de galán entre las damas y cédula de arrojado y dispuesto entre los hombres.

Tenía muy honrada ascendencia.

Su padre, don Enrique de Uceda, fue secretario de cámara del rey don Felipe IV, y le dejó muy pingües rentas cuando el Señor le llamó para sí, que fue (sin duda por concederle mayor ejemplo de finísimo y leal vasallo) al día siguiente de fenecer tan galano monarca.

—¡Dios sea con ambos, si así le place!

No quedó el huerfanico desatendido, ni mucho menos desnudo ni descalzo, que la fortuna heredada le sirvió de mucho consuelo, y en verdad que tenía muchas razones para pensar que el autor de sus días estaría bien colocado a la diestra de Dios Padre.

Dejó pagadas once mil misas, que eran bastante ofrenda para congraciarse la amistad del Altísimo, si es que no la tenía de antemano, porque nunca, mientras asistió en este valle de lágrimas, pasó un día sin visitar y favorecer las infinitas casas que el Señor tiene en él.

Así, pues, con esta seguridad de que el padre no necesitaba de las privaciones espirituales del hijo, este no curó a otra cosa que disfrutar lindamente lo que su primogenitor había tardado tantos años en acumular. Pero bien puede tenerse por seguro que entretenida el alma con las misas, responsos y rosarios, rezados en su honor, no le quedaría tiempo para echar un vistazo a la Tierra pecadora…

Cada día se contaban cosas, cosillas y cosazas de su merced.

Solían ser escándalo de las personas graves o mojigatas, envidia de los osados, y siempre admiración y regocijo de las damas.

Como la muerte del rey trajo a España más disturbios que los que ya hacía tiempo que llevaba sobre sí, pues se abrieron partidos y banderías en favor y disfavor de la reina viuda, Don Rodrigo de Uceda miró a ponerse en la parte que mejor le estaba y desde el primer momento se colocó enfrente del favorito alemán, que a un tiempo mismo dirigía la conciencia de Su Majestad y desgobernaba el pueblo a todo su talante y gusto.

Tomó por norte de su política las pretensiones gubernamentales de don Juan José de Austria, y fue siempre uno de sus más decididos partidarios.

Gentes de la más alta nobleza eran de su mismo parecer, y por ello llegaron las cosas al punto de convertirse el bastardo, de perseguido en héroe, como queda expuesto, llegando a entrar en Madrid con honores y agasajos de todas suertes.

* * *

Uno de los lugares donde con más fe se conspiraba en favor de los derechos del hijo de la *Calderona* era en el palacio de don Baltasar de Contreras, viejo hidalgo andaluz, que, pensando que a Su Alteza estaba encomendada por divino mandato la regeneración de España (esta regeneración anhelante en que se viene pensando desde hace tantos siglos y que tanto tarda en llegar), ponía en servicio de la causa toda la fe que le sobraba de andar por iglesias y monasterios, y todo el caudal que no le hacía falta para mantener su fanatismo.

Con pretexto de celebrarse una Academia literaria (docta afición que por el entonces privaba en Madrid), acudían los afectos del infante cada jueves, a media tarde y no salían hasta oírse en el vecino monasterio de la Trinidad el toque de ánimas.

Siempre solía coincidir con la terminación del santo *rosario*, besaban todos la diestra mano de la magnífica esposa del vejete don Baltasar, y se iba, como dicen, cada mochuelo a su olivo.

El último en dejar la casa era siempre don Rodrigo, y cuando al cabo salía muy a su disgusto, aún se quedaba un buen espacio en la calle, mirando la tenue luz que se escapaba al través de la vidriera de cierto balcón.

Una mano levantaba discretamente el visillo, y esto había de ser como despedida, porque entonces don Rodrigo se embozaba muy bien en su capa y echaba a andar calle abajo, hacia su posada...

* * *

Es fama que el mismo marido fue culpable de su propia desventura.

Cuando determinó que el mejor sitio para conspirar contra el P. Everardo era su casa, habló a su esposa doña Purificación, con tan exaltados extremos de las prendas de don Rodrigo, que despertó en ella muy peligrosa curiosidad.

Ya tenía también noticia por conducto de sus amigas de quién era el tal caballerito.

Muchas tardes se pasó el tiempo en el estrado refiriendo capítulos galantes de su merced.

Se decía que, en la lista de sus triunfos femeninos, como en la del apuesto don Juan, no solo no faltaba una novicia, sino que aún le aventajaba con el nombre de una abadesa que era peregrina hermosura, por lo que parece que el Señor se dolió mucho de que le pusiera en entredicho esta mala esposa.

Asistió, pues, don Rodrigo a la asamblea de don-juanistas, y fue a acudir al ludibrio y escarnio del señor don Baltasar de Contreras y Peñalara, veinticuatro que fue de Sevilla, y comendador del orden de Santiago, al comenzarse esta narración.

* * *

Doña Purificación tenía casi veinte años menos que su marido.

Se decía que el matrimonio, más que tal sacramento para ambos, no fue sino satisfacción de cierta deuda de la dama con el viejo.

Parece que su merced era viuda de un rico mayorazgo sevillano que casó con ella siendo la tal de condición humilde, por lo que tuvo la enemiga de los padres de aquel, y cuando fue Dios servido de tornar a dejarla sola en el mundo, la familia del difunto se alzó con todo y la dejó a buenas noches en pleno día.

Recurrió ella, como es lógico, a la Justicia; pero como no tenía más fortuna que su buena cara y su bizarro palmito, y esta *señora* Themis no tuerce la espada ni se corre la venda si no es a los poderosos reflejos del oro, la viuda no lograba en su pretensión, otra cosa que dilaciones y evasivas.

A la postre, cuando menos podía esperarlo y parece que de puro desesperada estaba dispuesta a renunciar a su derecho, y conformarse con la miseria que por vía de limosna y para que no volviese a molestar le ofrecía la familia de su malogrado, se halló un día con don Baltasar, que era antiguo amigo de la casa, y sabía muy bien las malas jornadas por las que corría su suerte.

La fama de su merced como jurisconsulto era notable no solamente en la ciudad de Sevilla, sino en todo el reino de Andalucía.

—Y, ¿cómo va vuestro pleito, señora? —parece que le preguntó.

Ella le dio respuesta cabal, y así de como acabó de querellarse y dolerse con amargas lágrimas que contribuían a hacerla más hermosa, replicó don Baltasar:

—Yo le digo, como quien soy, que no les asiste la menor sombra de razón en lo que pretenden, y que si usted me da licencia yo la sacaré adelante y en triunfo como corresponde a tan lozana hermosura.

Doña Purificación puso los hermosos ojos en los del viejo, para mostrarle su agradecimiento; con la tristeza en que estaba puesta la dolorida, no advirtió que las pupilas de don Baltasar brillaban intensamente.

—Gracias, señor y amigo —murmuró con voz que era un arrullo—; ¿qué haré yo para agradeceros...? —y quiso besarle las manos.

No lo consintió su merced.

—Solo con que me recibáis en vuestra casa estoy bien pagado, señora. Hacedme el honor de esperarme mañana después de misa —dijo don Baltasar; y después de besar la diestra de la bella dama, se apartó.

Ella pasó adelante con su dueña, y hasta la mañana siguiente, a la hora fijada por el viejo hidalgo, no volvieron a verse.

* * *

Al cabo, todo finó en que D. Baltasar tomó el pleito de la hermosa viuda con el mismo ahínco que si fuese asunto propio o que tuviera que rendirle a un tiempo mismo pingüe ganancia y procurarle notabilísima fama de que estuviese hambriento para el buen

logro y mejoramiento de su carrera; que lo ganó como bueno, haciendo caer en las arcas de doña Purificación la hacienda que fue de su esposo.

Y cuando fue llegada la hora de pagar los honorarios, el letrado no quiso cobrar sino tomando la mano de su cliente...

Tan grande había sido el favor, sin el cual se vería ella pobre y desamparada, que no le pareció bien negarse, mas que el corazón se doliera, y así consintió agradecida, pero no enamorada, en ser la esposa del insigne jurisconsulto y veinticuatro de Sevilla, don Baltasar de Contreras y Peñalara.

La mejor demostración de que su merced se casó de puro agradecida y no de puro enamorada fue esta carta que días antes de su matrimonio dirigió a una prima suya:

«Querida Leonarda: Dios te haga más feliz, de lo que yo lo soy en estos desolados momentos y espero serlo el resto de mis amargos días.

»Se arregló el pleito con los padres del que fue mi marido. Triunfé de la codicia de aquellos miserables y he entrado en posesión de lo que me pertenecía en buena ley y justicia de Dios, pero casi estoy por decirte que me pesa, porque me cuesta nada menos que la libertad y el albedrío.

»Me caso con mi salvador, el abogado que supo sacarme de entre las garras de aquellos fariseos. Es un hombre de bien, es un sabio, muy bien quisto de las gentes de esta ciudad, personaje de muchas campanillas, pero... me lleva veinte años de diferencia. No habrá quien mirándole a mi lado no le crea mi padre antes que mi marido.

»Él ha pedido este precio por su labor, y no he tenido más remedio que pagárselo; de haberme advenido antes, puede que hubiese renunciado a su defensa, pero ahora no es tiempo; ya no hay sino pagar y callar.

»Dios quiera que andando los días no tenga que arrepentirse.

»Como ya te digo que es un hombre de bien, me pesaría en el fondo,

»Te ruego que hagas alguna novena para que no suceda de esta suerte; en lo que a mí toca pondré todos los medios, que a cada hora que da el reloj no descuido el hacerme cruces en la frente para que me libre Dios de los malos pensamientos.

»Desea verte para contarte muchas más cosas, y hablarte de esta más despacio, tu prima, que nunca te olvida,

*Purificación*».

## CAPÍTULO IV

*Que es continuación del anterior, y da cuenta del asiento en la corte del nuevo matrimonio.*

Fue preciso que los recién casados determinaran dejar su asiento en la ciudad de Sevilla y trasladarse a la Corte de las Españas.

Desde poco después de las bodas, que fueron nada rumbosas por no dar pábulo a las murmuraciones ni a las inciviles costumbres del pueblo, que no perdona la cencerrada a ningún viudo, por alta que sea su alcurnia, dejando fuera las personas de sangre real, comenzaron las venganzas secretas de los suegros de doña Purificación.

Por dos veces intentaron hacer pagar con la vida a don Baltasar su triunfo forense y su matrimonio gentil.

Compraron matones de oficio, que merced a la protección del santo del día (según piadosa creencia del buen hidalgo) no consiguieron dirigir certeramente las puntas de los aceros asesinos.

Una tarde al salir de la Audiencia, se le apareció un rufián que de pasada le tiró un tajo sin conseguir otra cosa que rajarle el ferreruelo tan bien, que solo pudo quedar la prenda como muestra de alguna trapería de Triana.

Y otra noche en la penumbra de la plaza de San Francisco, confundieron los discípulos de Monipodio, a un pobre licenciado con su merced y traidoramente le dieron pasaporte para la otra vida; de suerte que vio claro don Baltasar que, si quería salvar la curtida pelleja de la saña de venganzas traidoras, no tendría más salvación que levantar la casa y huir con su tesoro femenino.

Y así lo hizo secretamente para que no le malograran el viaje.

* * *

Llegaron a esta villa y Corte cuando más enconadas estaban las luchas entre el bastardo y el confesor de doña Mariana, y ya se ha dicho cómo, puesto el hidalgo al servicio de don Juan, hizo de su casa una asamblea donde coadyuvar a las pretensiones del hijo de *La Calderona*.

## CAPÍTULO V

*Amor el de la venda corrida, comienza a hilar su copo a gusto de los adúlteros y en deshonor de Don Baltasar.*

No fueron necesarios muchos duros asaltos para que se desmoronara la plaza sitiada en los brazos del caudillo que ponía el cerco.

A muy pocas entrevistas en bien de la política del señor don Juan, rodó lastimosamente por el albo campo de las sábanas la hermosura de doña Purificación, haciendo caer bajo la cama, dolida y maltrecha, la honra de su jurisconsulto marido.

De todas suertes, don Rodrigo, para mejor disimular, tomó con tal empeño la enemiga contra el ministro jesuita y la amistad del infante, que nadie sospechara ni a cien leguas que le llevaba a aquella casa otro cuidado alguno y menos el que tan bien llevaba.

Muchas veces dijo don Baltasar, cuando su merced no estaba presente, y solía ser a tiempo que pensándole en ausencias de la causa le retenían, los adorables brazos de la letrada, que, si don Juan tuviese muchos partidarios con aquel brío, como tenerlo en la mano podía contar con la presidencia del Consejo, y aun la regencia de la Corona.

Lo cierto era que ya por disimular o ya por agradecimiento de que les sirviera de inconsciente encubridor, se había hecho el martelo muy devoto de Su Alteza.

Aun los mismos amantes en las horas de asueto que les dejaba Cupido, hacían grandes elogios del infante, poniendo, como dicen, en las nubes sus talentos y virtudes cívicas que malos años para los de Richelieu y Mazarino.

En cambio, hablaban pestes del P. Everardo y de la reina gobernadora, diciendo que él era un intrigante sin discernimiento ni aprensiones, mal latino y peor teólogo, y ella una beata lúbrica y malvada, que lo mismo se ensotanaba en el tribunal de la penitencia que entre los colchones del lecho.

Que ambos procuraban cada día la perdición del monarca, encargándose de destruirle la salud con mixturas bárbaras y retrasarle el desarrollo de la inteligencia, merced a estúpidas y espeluznantes supersticiones, no permitiendo que llegara hasta él una voz sabia ni una mano amiga...

* * *

Las crónicas picarescas que hacen mención de este *idilio* no cuentan cómo ni cuándo tuvo lugar el *resbalón* de la dama, quien va corcusiendo estas líneas entiende piadosa y cuerdamente a un mismo tiempo, que ello no es cosa que haga mucha falta para la absoluta veracidad y atrayente interés que pueda tener el presente libro a los ojos benévolos del piadoso lector.

Se supone que caería como todas, de espaldas, y una hora antes de ser noche, que es cuando el sentimentalismo se pone a tono con las picazones de la sangre.

Lo que sí se sabe de cierto es que la *perfecta casada* lo tomó tan aina, que no dejaba un punto a su galán. Cuando no le tenía al lado le asaltaba a puros billetes, los

cuales para recatar en lo posible el nombre propio, y a fuerza de ser muy aficionada a las muestras de ingenio de Lope de Vega, firmaba con el nombre de una de las más bellas novelas del capellán poeta: *La Dorotea*.

* * *

*Dorotea*, como aquella insigne del Fénix, no tenía más ansias ni más pensares que su nuevo amor. A fe que si se hubieran conservado sus amorosas cartas, se vería en ellas notable muestra de estilo epistolar en que el muchacho de la venda lleva sobre el papel la diestra que escribe.

En tanto, el confiado viejo seguía con todos los ímpetus de su alma la política del bastardo, y más de dos veces fue advertido en las mismas galerías del Alcázar de que no lo tomase con tanto brío, pues habían llegado rumores por aquellos lugares y no tardarían mucho en dar en la oreja al padre confesor y favorito.

Don Baltasar era hombre de alma y conciencia bien templada y parece que respondió a quien le daba el recado:

—Yo, en mi casa, soy dueño absoluto y puedo hacer en ella cuanto me venga en gusto, no siendo en infamia de nuestra santa Iglesia católica ni en deservicio del rey nuestro señor. Así es que el padre Everardo hará muy bien en hacer su oficio (que pluguiera a Dios fuese solo el de confesar a la reina) y no curar para nada de inquisitoriar en qué emplean las horas los vecinos de Madrid.

Desde la Corte de Consuegra, como llamaban a la residencia de don Juan, venían frecuentemente avisos y noticias, que eran luego comentados y obedecidos en las sesiones de la Asamblea.

Las admoniciones y anatemas contra el jesuita alemán, que, después de apoderarse del ánimo de Felipe IV, amarró fuertemente el de la reina viuda y enemiga de España, no se perdonaban en ningún correo, y aun no falta quien asegure en voz baja, para que no trascienda la especie y le dé que sentir, que de casa de don Baltasar salieron las doblas que pagaron la mano aleve que cierta tarde, a punto de noche, metió dos onzas de plomo en el cuerpo del padre Everardo.

Mas esta es cosa que hay que ponerla en cuarentena, porque la hombría de bien del veinticuatro sevillano no era muy propicia para traiciones.

## CAPÍTULO VI

*Donde sale a escena una víctima inocente.*

Don Rodrigo, como galán de buena cara, no se contentaba solo con un martelo.

El martelo del galán puede decirse que no llegaba tan adelante; quedaba honestamente en noviazgo, y era la madamita un lindo capullo de mujer, que exhalaba el primer aroma del amor.

Antes de comenzar la tragicomedia de *Dorotea* estaba comenzado su idilio.

Se llamaba doña Lucía, era de muy buena casa, bastante más alcurniada que doña Purificación, aunque no de tanto rango que se pudiera codear con la primera nobleza de la Corte.

El padre, don Miguel, era un viejo militar, que quedó inútil de un tiro de bombarda en la revuelta de Cataluña.

El único consuelo de la vejez y el solo descanso de los achaques del veterano era su hija.

Entró ella limpiamente en los amores de don Rodrigo, y hacía más de tres años que la gentil moza tenía este idilio por su más grande ventura.

Dicen que comenzó el noviazgo como suele comenzarse en todas las comedias de capa y espada: una mañana, a tiempo de salir doña Lucía de rezar sus devociones en San Felipe el Real.

Don Rodrigo asistía en el *mentidero* con un grupo de amigos y desocupados, que eran gacetillas de los sucesos de la Corte y cronistas de los acaecimientos ordinarios y extraordinarios dentro y fuera del reino, cuando, acabada la misa, acertó a salir del templo doña Lucía, seguida por su dueña.

El velo no era espeso, sino de estos que llaman de humo; de suerte que don Rodrigo, intrigado por la gentileza de la dama, puso los ojos en su faz y pudo ver muy bien que era linda por todo extremo.

Echó a andar tras ella y la siguió hasta su casa.

Sin duda que a la niña tampoco le pareció mal el mancebo, pues de allí a pocos días se supo que el empeño amoroso era formal por ambas partes, y parecía que con muy seguros pasos caminaba hacia la iglesia.

El capitán inválido acogió muy bien a su aprendiz de yerno, y todo iba como sobre ruedas, cuando la mala ventura de doña Lucía quiso que se le interpusiera la belleza espléndida de la dama *Dorotea*.

Desde entonces, aunque don Rodrigo no había pensado ni a cien leguas dejar su buen amor, era lo cierto que no acudía a su cuidado con la devoción y asiduidad de que hasta entonces había dado muestras.

Nunca le faltaban disculpas de urgentísimas e inaplazables obligaciones, aunque en principio la damita las tuvo por cierto, acabaron por tenerla en cuidado y comenzó a padecer la comezón roedora de los celos.

Pensó celar los pasos de su enamorado; pero un alma piadosa y anónima de estas que nunca faltan para labrar la desventura del prójimo sin provecho propio, le corrió del todo, hasta dejársela caer en el suelo, la venda de su amor.

Cierto día recibió un anónimo, en que sobre la firma de: *Una amiga que os quiere bien y desea vuestra ventura*, le daban razón y le hacían historia de los amores de don Rodrigo y *Dorotea*.

Fue como si la fría punta de una daga le entrase hasta el corazón.

Aunque era por extremo tímida, se convirtió en espía del perjuro, y mientras le tenía al lado disimulaba tan maestramente, que en ningún momento pudo este recelar los cuidados de la infeliz.

Y hubo una tarde en que le vio salir de la casa de don Baltasar, y una vez en la calle volverse a despedir con un beso enviado a la malcasada, que le miraba mal oculta entre los visillos de una reja.

Sin dejarse ver se fue a su casa con el alma henchida de pena, el corazón reventando de despecho y los ojos hechos mares de lágrimas.

Cuando él fue a proseguir su comedia de enamorado no le quiso recibir, como solía.

La dueña le sacó aviso de cómo una pertinaz jaqueca la tenía postrada en el lecho desde mucho antes de ser noche.

Se retiró el hombre un tanto apesadumbrado, porque en el fondo quería bien a la muchacha; pero luego se le pasó la intranquilidad, pensando que ello más sería molestia que enfermedad, y al día siguiente no quedaría ni siquiera recuerdo.

Amaneció Dios y a tiempo de salir de casa recibió una carta de doña Lucía, en la que, con mucha amargura y más entereza, le echaba en rostro su mal proceder y le despedía desde allí mismo.

«No busquéis disculpas —decía en uno de los párrafos—, porque no las admito ni las quiero; que mal puede persuadirse el corazón de no ser cierto lo que vieron los ojos.

»Yo no merecía este cruel desengaño, ni a la hidalguía y caballerosidad que de tan continuo blasonáis les estaba bien dármelo. Dios no os lo tome a cargo en la misma medida con que habéis roto y pisoteado las ilusiones de mi juventud.

»Cierto que tardará mucho en cerrárseme la llaga; pero aun con todo y con eso, os tengo que agradecer que no hayáis tardado más en abrirla...».

Bien puede creerse que le pesó muy de veras, y en aquel mismo instante quiso buscar un arreglo, jurando por lo más sagrado para él no ser ciertas aquellas culpas, y aun, si necesario fuere, cantando contrito el *Yo pecador*, con promesa solemnísima de no

volver a pecar; pero vanos y baldíos fueron sus propósitos, porque la casa de la desengañada la halló cerrada a piedra y lodo, como si fuese la clausura de un monasterio...

## CAPÍTULO VII

*Los postreros días que asentó don Rodrigo en la imperial ciudad.*

Por aquellos días parece que se le escaparon al señor don Rodrigo, en sitio peligroso, unas censuras y pesadumbres muy rigurosas contra el confesor, y no faltó corredor de oreja que las llevara, corregidas y aumentadas, a los oídos de Su Eminencia.

Este, como buen jesuita, era zaino y malintencionado; calló al pronto, y aun aquel mismo día, que se topó en una de las galerías del Alcázar con su merced, le saludó muy finamente, como si se le fuese muy afecto; pero cuando el hombre se retiró a su casa se halló en ella a un capitán de la *lancilla*, que tenía orden de la regente de acompañarle a la ciudad de Toledo, donde le sobraría tiempo para meditar sobre la situación política de España y las acciones de Nithard en el Gobierno... Y aun tuvo que agradecer que se conformara con tan poco, pues muy contadas veces solían distinguirse por blanda tales determinaciones...

De esta suerte iban las cosas cuando se da comienzo a este libro.

Don Rodrigo no esperaba otra cosa en Toledo sino que su primo le avisase de ser cosa hecha la salida de España del jesuita y que el destierro le era levantado.

Saberlo y tomar el ansiado camino de Madrid sería obra de un solo momento. Tal comezón tenía de ello, que le parecía no ser vida el tiempo que tardaba en poner el viaje por obra.

Aquella mañana en que le llegaron por la estafeta de la Corte las dos cartas de que tenemos noticia, así que se encajó el vestido color perla, que era el más lindo y bizarro de cuantos tenía, se echó a la calle seguido de su fiel Martinillo y, cruzando por la *Sangre de Cristo a Zocodover*, se encaminó hacia la catedral, y bien puede creerse que ni el mismo Emperador anduvo aquellas calles con más aires de majestad.

A las damas que iban o acudían a misa a la iglesia mayor (pues era domingo) quitaba el sombrero, y a los caballeros saludaba con aires de protección.

Martinillo, a dos varas de distancia, remedaba muy bien los ademanes de su amo con cuantas mozas, lacayos, soldados y pajes se topaba en el camino.

Los claustros y lonjas de la catedral, así como en la Corte los de San Felipe, Santo Domingo y la Victoria, estaban a tal hora llenos de gente, que eran gacetas ambulantes de todo suceso.

Cruzaron amo y mozo ante el nutrido senado, y saludando a diestro y siniestro embocaron en la Primada y oyeron misa muy devotamente, sin duda para dar gracias al Altísimo de las nuevas que estaban a punto de consentirles mudar de vecindario.

Después de que se finara la ceremonia salieron al atrio.

Don Rodrigo se quedó en el grupo que de ordinario era su tertulia, y Martín se fue a la suya de lacayos y mozos de litera.

Ya habían corrido por aquel arsenal de noticias las nuevas de Madrid.

Don Rodrigo mostró su carta, y pudo ampliarla muy bien con lo que dijo un comerciante de la calle de las Postas, que llegó aquella misma mañana con el fin de hacer compras de seda en los telares toledanos, que podían codearse muy bien, y a veces ventajosamente, con los famosos de Murcia, Valencia y Sevilla.

La marcha del padre Nithard ya era cosa cierta, y aconsejada a la reina, a la que no fue poca obra reducir; pero con tan vivos colores parece que la supieron pintar los males y zozobras que podrían traer al reino el mantener en su favor al intrigante religioso, que a la postre firmó, aunque aguando la tinta con lágrimas.

Don Juan, a las puertas de Madrid, conto quien dice, pues tenía su gente acampada en Torrejón de Ardoz, hacía notable fuerza; pues decidido estaba, como dijo al Nuncio, a entrar en la Corte y sacar por la fuerza al amigo de su madrastra...

—A la hora de esta —afirmó el mercader— ya pueden dar por seguro vuesas mercedes que el imán de la conciencia de doña Mariana y carcoma de la nación da los primeros pasos de retorno hacia su patria, de donde jamás debió salir, pues mucho hubiéramos ganado los españoles con que cuando estuvo a punto de ser lapidado en su tierra no llegasen tan a tiempo las tropas reales que le pusieron a salvo.

Con estas noticias, el contento de don Rodrigo crecía como la espuma, y se le hacían siglos los días, o quizá horas, que le quedaban por estar en Toledo.

## CAPÍTULO VIII

*En el que se da noticia del suceso que abriría de nuevo a don Rodrigo las puertas de la Corte.*

Muy bien se cumplieron los pronósticos de la carta que a don Rodrigo escribiera su deudo y los presagios que llevara a los claustros de la catedral de Toledo el mercader de la calle de las Postas.

Don Blasco de Loyola, del Consejo de Castilla, puso a la firma de la regente la destitución y esta no tuvo más recurso que acceder, con todo el pesar de su ánima.

Pocas veces se ha visto mayor unanimidad en un pueblo para rascarse la carroña de un gobernante inepto y fanático. La nobleza, el pueblo y aun el clero eran una sola y estentórea voz, que llegó hasta el estrado real, pidiendo la destitución del ministro.

A todo trance se resistía este a dejar el solio de sus ambiciones, aun después de firmado por doña Mariana el decreto de expulsión.

Fue necesario que el cardenal Aragón y el conde de Peñaranda tomaran a su cargo el cumplimiento de la orden.

Doraron ambos la píldora, como decirse suele, lo mejor que pudieron, y con mucha suavidad la fueron administrando al paciente, el cual, a pesar de la cortesanía, no la recibió con la mansedumbre evangélica que predica la religión de que era ministro, pues como fingida o real viera mucha pesadumbre en las palabras de Su Eminencia, le dijo el desterrado:

—En verdad que me pesa de ver acongojado a vuestra eminencia por culpa mía. Bien sabe que hace tiempo que había pedido licencia a Su Majestad para retirarme a casa, pero no ahora. Concediéndomela entonces la reina, no hubiesen padecido su autoridad ni mi crédito y reputación a los ojos del pueblo; ahora será muy al contrario, pues los dos quedaremos en evidencia. De todas suertes, no me resta otro recurso que ponerme a los pies de Su Majestad y acatar sus designios; ya que por obediencia vine, por obediencia me iré...

Hubo un gran silencio, pues ni el cardenal ni Peñaranda acertaron a poner nada sobre las palabras del jesuita, y fue este quien tornó a hablar:

—Ya que me han dado la orden de marcha de parte de Su Majestad, quisiera que también me hiciesen saber cuándo tengo de hacer la partida.

—Su Majestad —respondió el de Peñaranda— dice que es necesario que sea esta misma tarde, tomando Vuestra Eminencia el camino que quisiere. El señor cardenal os acompañará hasta la villa de Fuencarral.

A lo que replicó el padre Everardo, que ya que la reina era servida de hacerle merced de que él mismo designara la elección de ruta y paradero, que no se tomara el Prelado la incomodidad de darle compañía, porque resuelto estaba a salir de Madrid descalzo, con el breviario y el crucifijo en una mano, y en la otra, el bordón de peregrino, sacudiéndose luego los pies al salir de la Corte.

Tras esto, se alzó solemne, disimulando muy mal la pesadumbre que le amargaba, y salió de la estancia.

Las salas estaban llenas de cortesanos, que disimulaban mal la alegría de ver por última vez al intruso que había gobernado a un tiempo mismo la conciencia de la soberana y los destinos de la nación que no era su patria.

Solo se despidió de los inquisidores, que determinaron, por cortesía, acompañarle hasta Fuencarral; fineza que no aceptó, y se metió en su despacho, donde escribió a la reina este billete de despedida:

«Señora:

»Se me ha intimado la real voluntad de vuestra majestad; yo la venero como debo y la acato con ciega obediencia. No sé si me es permitido el besar, antes de mi partida, las reales manos de Vuestra Majestad; aguardo su real orden, que será obedecida en todo.

»A Nuestro Señor pido que guarde a Vuestra Majestad como deseo y lo necesita la cristiandad».

Recibió la reina el billete, y de su misma mano escribió al margen, así como lo hubo leído:

«Ha llegado el estado de estas materias a tales términos, que ha sido forzoso venir en esta por la quietud pública, bien sin razón. Debe de ser la voluntad de Dios, con quien nos debemos de conformar en todo y por todo, esperando en Él de volver por vuestra inocencia y mi autoridad. Dios os guarde».

El dorso venía escrito en alemán, y era una lamentación de lo acaecido, en la que hacía protesta de lo atribulado que el ánimo de la soberana quedaba con aquella forzosa diligencia.

Decía también que, para no dar pie a cualquier disturbio en tales circunstancias, sería bien que no acudiese a besarles las manos a ella y a su hijo, pues ya desde aquel momento le daba por despedido, ofreciendo al Señor tal sacrificio.

«Dios se apiade de nosotros —terminaba el billete—, y vos no os olvidéis de acordaros de mí en vuestros santos sacrificios y oraciones, como yo también os tendré presente de continuo para favoreceros, ya que la violencia nos aparta y separa. Paciencia, pues así Dios lo permite; Él sabe con qué sentimiento escribo estos renglones. Yo quedo en todos tiempos y circunstancias vuestra reina e hija de confesión...».

* * *

La calle de Corito, donde se alzaba el palacio de la Inquisición, estaba a las cuatro de aquella tarde colmada de gente.

Se habían congregado en ella representaciones libres de todo el vecindario matritense, desde el acomodado burgués y pacífico tendero, al gallofo y desaprensivo bigardo de Puerta de Moros. La menestralilla gentil y vivaracha y la coima deshonesta y bullanguera de las mancebías del Carmen y la Puerta del Sol.

Todos a una tenían sobre su alma la enemiga del frailazo alemán y acudían a ver si era cierta la hora de perderle de vista.

Se advirtió al poco el ruidoso estrépito de un coche, y entró en la calle la carroza del cardenal arzobispo de Toledo, escoltada por los ministros de la Suprema y algunos nobles, entre ellos el marqués de Liche y el conde de Medellín, que en obsequio y pleitesía de la reina quisieron proteger y cumplimentar al exconfesor y exprivado.

Se detuvo la pesada máquina ante la lóbrega mansión; entraron prelado y nobles en el zaguán, y no tuvieron que esperar mucho, porque pronto se vio aparecer al padre Everardo.

Traía consigo poco menos de lo que prometiera cuando le fue notificada la orden de abandonar a España: un breviario y un crucifijo.

Apenas le advirtió la multitud prorrumpió en una furibunda tempestad de silbidos, denuestos e insultos.

—¡Muera el tudesco!

—¡Abajo el privado!

—¡Arrastradle!

—¡Que las pague el traidor, enemigo de España!

Un breve espacio se quedó en el dintel, contemplando fríamente la muchedumbre enemiga.

Los nobles le rodearon estrechamente para protegerle de cualquier desmán; pues tanto era el encono con que le zaherían, que no era mucho el temer que a las palabras sucediesen las obras.

—¡Adiós, hijos: ya me voy! —exclamó con una fría sonrisa, de la que eran alma a un mismo tiempo la amargura y el despecho.

Subió, al fin, a la carroza y se colocó a la izquierda del arzobispo.

Los caballeros de la escolta rodearon el coche, y este partió entre la rechifla ensordecedora de la gente.

A fin de no hacerle más larga y cruel la ofensa, se evitó con un rodeo el pasar por la calle de Leganitos, donde los lacayos y parciales de don Juan de Austria estaban apercibidos para hacerle igual o peor despedida.

Frente al monasterio de doña María de Aragón le hicieron salvas de piedras y cohetes; pero en este punto pudo apretar el carruaje la marcha, y al buen trote de las briosas mulas pudo salir al cabo de la villa por la Puerta de Fuencarral.

De esta manera salió de España para no tornar más a ella, por mucho que intrigó, un intruso, como tantos que hay en el mundo, que amoldan la condición conforme a las ambiciones, haciendo de una enseña de paz, amor y justicia, un pendón de bandería.

## CAPÍTULO IX

*Don Rodrigo en Madrid.*

Después de la salida del padre Everardo, todos esperaban que fuese inmediata consecuencia de ella la entrada en la Corte del infante que determinara tan ruidosa caída; mas no fue de esta suerte.

Don Juan escribió desde Torrejón de Ardoz haciendo protestas de amor y fidelidad a la Corona; decía que con aquel paso no se había propuesto otra cosa que ahorrar un enemigo a la nación y al rey, y que en prueba de que nada quería para sí determinaba retirarse a la ciudad de Guadalajara.

Aunque la reina recibió de la manera más acre y desabrida las palabras del bastardo y le conminó a que estuviese alejado de la Corte en diez o doce leguas, lo cierto es que el partido de don Juan fue ganando prestigio.

Sus partidarios fueron perdiendo la enemiga, y de allí a poco, los que no estaban al inmediato servicio de Su Alteza tornaron a Madrid sin más quebrantos ni zozobras.

No fue de los últimos don Rodrigo de Uceda.

Aquel su primo don Pedro anduvo tan diligente para sacarle de la imperial ciudad, que, de allí a dos días, muy de mañana, pudo el hombre salir con su mozo Martinillo por el puente de Alcántara, y tomar la ruta de Madrid, donde llegó poco antes de aquel anochecer.

A fe que más galán y finchado no entrara en la villa un hidalgo portugués.

Cuando llegaba a la puente segoviana, paró la cabalgadura y se quitó muy bien el polvo del camino, y si allí mismo no mudó de vestir, era por estar la tarde fría y lluviosa, y temer que esta diligencia le privara en muchos días de ver a su bien querida.

Subieron, pues, amo y mozo, al lento compás de sus cansadas cabalgaduras por la calle de Segovia, y torciendo a la mano siniestra por Puerta Cerrada, se apearon en una posada que había a la entrada del Arco de Cuchilleros.

—Por hoy —exclamó don Rodrigo—, apeémonos aquí, que no es hora ya ni está la incivilidad de la noche para buscar cotufas en el golfo.

—Amanecerá Dios, y medraremos —apoyó Martín.

Y fue el medro que en siendo las nueve del siguiente día, lluvioso y frío como había sido la noche, dejó don Rodrigo la tibieza del lecho y se fue donde amor le llamaba, que era en el cortesano templo de la Victoria; como día de guardar, asistía en él doña Purificación.

En la casa no entraba a deshora, aun estando ausente de ella don Baltasar, por no meter en sospecha a los criados.

Esperó en el atrio, y no fue muy larga la espera, que a poco llegó un coche, y de él bajó, causando murmullos de admiración, la bella malcasada.

Una dueña y un paje, bonito como una sota de baraja, la acompañaban.

Ama y criada cruzaron ante los curiosos, y el muchacho detrás, con una silla de tijera y un libro de rezos.

Al pasar ante don Rodrigo, hizo este gentil cortesía, y mucho tuvo que fingir la bella para reportar la emoción y la sorpresa.

No hizo sino sonreír, echándose luego el velo muy sobre el rostro, para mejor disimular, y entró en la iglesia.

El galán no tardó mucho en seguirla; lo bastante para que no se conociese que iba como la soga tras el caldero.

* * *

La devoción en el siglo XVII era cosa muy notable, que no solía andar grandes jornadas con la conciencia.

Los templos que se alzaban en loor y alabanza de una divinidad que recomienda para llegar hasta su trono la austeridad y la virtud, con menosprecio de las pasiones del mundo y horror a los latigazos de la carne, no eran otra cosa que semillero de aquello mismo que querían contener.

A la iglesia se iba a pecar resueltamente, bajo la capa de pleitesía y veneración al Altísimo.

Damas y galanes proseguían el tejido de sus amores y martelos, con más intensidad que a través de los hierros de las rejas en las altas horas de la noche, o entre el bullicio y algazara de las fiestas cortesanas.

En el mismo sitio que se santificaba el amor, venía a deshonrarse; ¡que cuántas veces, al pie del mismo altar, donde una mujer juró a un hombre amor y honor de por vida, rompía y pisoteaba los votos jurados!

En lo que se pasaban cuentas del *rosario*, caía con cada una un madrigal, y en muchas ocasiones, a tiempo de decir, en un *Padrenuestro*, no nos dejes caer en la tentación, daban a hurtadillas una cédula para tener por la noche *batallas de amor en campos de plumas*.

La confesión no solía tomarse como otra cosa que como estadística de las culpas cometidas y licencia para las venideras, pues muchas veces acaeció el que se confesara un hombre del delito de matar a otro en saliendo de la iglesia, y apartarse llevando la absolución del crimen.

Pues, ¿y el determinar un marido ultrajado limpiar su maltrecho honor con la vida de la adúltera, y enviarla primero (a fuer de buen cristiano, que no quería que perdiese el alma, ya que el cuerpo lo tenía perdido), a que se confesara y comulgara cristianamente, antes de dejar las andanzas de este valle de lágrimas?

En este tiempo, y aun mucho después, aún tuvieron muchas iglesias y monasterios privilegio de asilo contra las persecuciones de la justicia, y era de ver cómo amparaban de la misma suerte a un infeliz que se viera obligado a defender su vida ante un grupo de

malandrines, a un reo de una falta de poca monta, que a un ladrón de caminos y bravonel de oficio.

Más de una vez se dio el caso de huir un pobrete de las sabandijas del resguardo, por pasar media libra de vaca o un cuartillo de vino, y por burlarles, tratar de meterse al cobijo de una cercana iglesia; mas los otros, como si se tratara del más descomulgado malhechor, porque no se les escurriese la pieza, le estampaban los sesos de un arcabuzazo contra las mismas losas del atrio...

Pocos eran los que asistían de buena fe y henchidos de amor de Dios, y estos pocos eran tan zafios y faltos de sentido como los otros hipócritas, marrulleros y bellacos, pues los creyentes discretos que velan cómo andaban públicamente las cosas de la Iglesia, hacían los ejercicios en sus casas.

Estos zafios devotos, a la buena de Dios, eran más insoportables que aquellos que tomaban el templo por antesala de mancebía y casa de conversación, porque si los primeros eran molestos y vergonzosos, estos eran repugnantes, a fuerza de querer ganar el cielo con ejercicios de penitencia y mortificación.

No era ya lo risible que tomara una vieja un buen espacio para ponerse en cruz, elevar los ojos al cielo como si estuviera poseída más por el demonio que por aquel ardentísimo y místico amor de Sanita Teresa, y luego comerse el suelo a besos, sin cuidar antes de limpiarle el polvo, y otras porquerías, sino que, hombres como castillos, que por sus años parecían personas de juicio y de respeto, según iban haciendo mil aspavientos en el rezo, se daban de calabazadas contra los pilares y los bancos, y se asaban a disciplinazos de medio cuerpo arriba.

Acaso eso lo hicieran también, como los otros, de puro hipócritas, y por mostrar en público su mortificación; pero la cosa era que se atizaban tan de veras, que, a tiempo de asestarse los rudos latigazos, saltaba la sangre a los devotos que tenían más cerca.

La Iglesia decía que estas barbaries eran actos de gran humildad, ya que era público castigo por lo que se pecó en secreto...

* * *

Doña Purificación y don Rodrigo cumplieron al uso con Dios y con su amor.

Oyeron su misa, y durante ella se dieron cuentas de la ausencia forzada, y haciéndose nuevas protestas de cariño, emparedadas con la salmodia del rezo, se hallaron, para satisfacción de ambos, que su quimera estaba tan firme como antes.

La dueña, a fuer de discreta (que ya, por los muchos años que contaba, sabía muy bien el oficio de tercera), se apartó a la capilla del Santo Cristo, de la Buena Muerte, al que tenía particular devoción, y, besuqueándole los pies y dándose golpes de pecho, no volvió junto a su señora hasta tanto que la misa no fue acabada, y comenzó a salir la gente.

Doña Purificación estaba aquella mañana muy devota, y le dijo cómo podía seguir en su plática con Nuestro Señor, pues ella tenía hecho propósito de oír otras dos misas.

Durante ellas, fue informado el galán de que el esposo continuaba aún al lado del infante; pero como este había determinado de no pasar todavía a la Corte, se esperaba de

un momento a otro la vuelta del viejo, pues habiendo triunfado la influencia de Su Alteza, los amigos que no necesitaba a su lado, regresarían luego a sus hogares.

## CAPÍTULO X

*Mientras la Política intriga, el Amor goza.*

Todo volvió a estar como estaba.

Don Baltasar regresó de allí a pocos días junto a su bella infiel, a la que por no haber llegado él antes que don Rodrigo, dio tiempo para que se revolcara muy bien en el pecado mortal.

En el breve espacio que los enamorados pudieron campar por sus respetos, no perdonaron fiesta ni bullicio.

Se holgaron en el Soto y en la Huerta de Juan Fernández; pasearon en coche por los prados de Atocha, San Jerónimo y San Fermín, y aun por las riberas del río, conservando el incógnito; esto es, trayendo corridas las cortinas del coche y sin lucir *tiros largos*, privilegio al que ambos tenían derecho por ser nobles.

Más de dos noches, después de la cena, rezaron el rosario con tanta ejemplaridad, que para que la devoción no se interrumpiera, se quedó don Rodrigo penitencialmente en el mismo aposento de doña Purificación.

Pero tornó el viejo, y no hubo más sino volver a la doblez y el disimulo, aprovechando el hambre cuando el guarda no celaba la viña...

* * *

El bueno del viejo venía remozado, y tan afecto al infante, que ni su misma Alteza, con no parecer nada modesto de su persona, no se estimaba en tanto como le estimaba Contreras.

Sería la redención de la Patria; el Fénix que, desde su misma humildad, renacería para dar celos y envidia al mismo sol.

—Yo creo —decía una noche ante sus habituales tertulios, mientras doña Purificación y don Rodrigo se hocicaban en una estancia contigua— que es muy verdadera la especie que ahora vuelve a correr respecto a la legitimidad de Su Alteza.

—Y, ¿qué especie es esa? —preguntó un caballero provinciano, poco sabedor de los chismes, cuentos y patrañas de la Corte.

El viejo, sentando cátedra de cronista, habló de esta suerte:

—Fue especie echada a volar durante la infancia del señor don Juan (que Dios guarde), que su Alteza no es, como se tiene creído, fruto de los amores del rey y de aquella famosa comedianta María Calderón, que por remoquete, como es uso entre los de su oficio, dicen *la Calderona*, sino hijo legítimo y muy legítimo de Sus Majestades Don Felipe IV de Austria y doña Isabel de Borbón (que de Dios gocen).

En todos los semblantes se pintó una mueca de inteligencia, que quería decir: «Ya sabía yo que en este asunto había misterio, pues tan gran señor no podía tener tan baja cuna».

El hidalgo provinciano quedaba con tamaña boca abierta.

Don Baltasar continuó:

—Lo que acaeció es que el rey, que estaba perdidamente enamorado de la cómica, le prometió que, para mayor muestra de su cariño, trocaría al hijo de esta con el que por aquellos días tuvo de la reina doña Isabel, se hizo de esta manera, de suerte que el bastardo fue aquel don Baltasar Carlos, que murió en la flor de su juventud, y el hijo legítimo, el que con más derechos que don Carlos, puesto que es primogénito, debiera ocupar el trono y gobierno de España, es don Juan.

—Así es lo cierto —dijeron todos—, y haríamos un señalado servicio a Dios y a la justicia con procurar este triunfo a Su Alteza.

Más don Baltasar dijo que no podía lanzarse la idea así de pronto, sino que era preciso ir inculcándola en el pueblo con mucho tino, pues el secreto aún permanecía callado por quienes lo sabían bien, aunque faltaba el más enterado, que era el difunto Conde-Duque.

* * *

Muy otra era la charla que se consumía en el estrado de doña Purificación.

A tal hora no tenía sus visitas habituales; estas acudían más tarde, después del paseo.

Don Rodrigo había llegado sin ser visto por nadie más que por la dueña, la cual era callada si le ponían mordaza de plata.

Los pajes, o enredaban en los corredores y antesalas desiertas, o se dormían detrás de las cortinas o en los poyos de las ventanas.

Todo era en la casa del insigne don Baltasar de Contreras paz y sosiego. No se la diera por el mismo orden el Señor, cuando fuese servido de llamarle para sí...

La Cuaresma, que se metía a todo andar, interrumpió aquellas reuniones. Todo el tiempo era poco para dedicarle a los ejercicios devotos, en que el espíritu pretende elevarse en vano sobre la tiranía de la carne pecadora...

## CAPÍTULO XI

*Tiempo de meditación y penitencia en la Corte.*

En llegando la Cuaresma, se suspendía nominalmente, en la Corte, todo vivir profano, divertimientos públicos (a este tiempo no hacían cuenta las comedias, porque prohibidas y perseguidas estaban en todo el reino como capítulo de luto, desde la muerte del señor rey don Felipe IV de Austria).

Mas reuniones, academias y saraos tenían un largo compás de espera desde el *domingo de Piñata* hasta el *sábado de Gloria*.

Las iglesias se llenaban por las tardes, y en los estrados, con pretexto de seguir los ejercicios piadosos, se hacía la misma vida y aun peor que hasta entonces.

En plazas relativamente amplias, como la Puerta del Sol, Red de San Luis y Antón Martín, se levantaban los púlpitos portátiles, que se guardaban en las iglesias del Carmen, San Luis y San Millán, y ocupándolos frailes zafios y curas de misa y olla, predicaban a puñetazos y gritos las jornadas ejemplares de la vida de Cristo, hasta el punto y hora de perecer sobre una cruz en el monte Calvario, por su mal pensamiento de redimir a la Humanidad, que nunca se lo supo agradecer.

* * *

Pasado el litúrgico bullicio del domingo de ramos, en que toda la villa era palmas, romero y oliva, ni más ni menos que si fuera cierta la entrada del Cristo a lomos de un asnillo gordo y pacienzudo, como dicen los libros santos, que lo llevó a cabo en Jerusalén, toda la atención de las gentes estaba en las famosas procesiones del miércoles santo.

Los nazarenos que debían figurar, cargando sobre sus hombres las pesadas imágenes, que eran los verdaderos personajes de la tragicomedia religiosa, prevenían las túnicas y capirotes.

Los ropavejeros de la Plaza Mayor y de la calle de Toledo hacían muy bien su agosto, sacando a la venta la deslucida indumentaria, que después de haber sido cocida en grandes tinajas, donde hervían el palo de campeche y el agua de cola, pasaban a orearse y desteñirse, si por mala ventura llovía en los vacilantes cuerpos de los cofrades.

Los cereros no daban abasto a la fabricación de cirios y velas, y, asimismo, los lenceros y perfumistas, que en aguas de olor, guantes y sedas, gastaban los madrileños casi tanto como por carnestolendas.

Los mayordomos de las cofradías, que eran muchas, pues cada gremio tenía la suya, no se daban punto de reposo, haciendo levas de alumbrante por toda la población. No quedaba gallofo, como quisiera ganar un puñado de reales, ni esportillero desde los bajos del Rastro a los altos de la Puerta de Fuencarral, que no fuera empleado en servicio de este carnaval de la Iglesia.

Los disciplinantes por fanatismo, así como los de por homenaje y fineza a sus damas (que de las dos castas había), prevenían las disciplinas con que habrían de abrirse las carnes y preparaban la ropa.

Se tamaba con tanto calor, que no faltaban los penitentes galanes que, por vía de ensayo, a fin de verter la sangre con tal arte que fuese a dar en el rostro y vestidos de su dama, no se atizasen muy buenos latigazos.

A esta costumbre aludió, sin duda, don Rodrigo, cuando una tarde, a punto de separarse de su mal casada, le dijo:

—Dios es testigo de que tengo que hacer por ti la mayor fineza de enamorado, y que ha de ser delante de don Baltasar y de cuantos a diario nos andan al retortero, sin que sufran escándalo, sino, antes al contrario, tan alto ejemplo, que queden suspensos y maravillados.

* * *

Desde que amanecía el miércoles santo, comenzaba la bulla.

Multitud de enmascarados, con aquella arbitraria ropa morada y el capirote de más de dos varas, recorrían bulliciosamente todas las tabernas y sotanillos de la villa, seguidos por una verdadera nube de muchachos alborotadores, que gritaban, con la incongruencia necia y molesta que tienen por costumbre:

—*Penitente, daca el diente, daca la vara del teniente.*

Después de bien hartos de aguardientes y letuarios, se iban a reunir donde de antemano tenían convenido, y como llevaban las capuchas echadas por el rostro, para permanecer incógnitos ante la multitud, a fin de reconocerse, decían a grandes voces los nombres de las cofradías.

Entonces, los mayordomos o *cetreros* de cada hermandad, muy puestos de gala, más de lo que correspondía a sus personas, pues llevaban sombrero, valona y puños adornados con puntas de Flandes, repartían las hachas de cera que habrían de servir como luminaria piadosa y como arma terrible al final de la procesión, y aun en el transcurso de ella, contra los individuos de otras hermandades.

Toda la jornada que hacía la procesión hasta dar en Palacio, donde el rey la presenciaba asomado al balcón, más que honra y prestigio del dogma, y recordación devota de la tragedia del Calvario, era mofa, escarnio y cínica enseñanza de malas costumbres.

Aquellos cirios y cruces que de manos de los mayordomos tomaran por la mañana, se trocaban, en el transcurso de las horas, en trancas, como ases de bastos, y en orondas botas de vino, de las que libaban delante de los sagrados pasos, con el mismo gusto y descaro que lo hacían ante las mozas de las tabernas.

Aunque en este tiempo por que van puestos los pasajes de este libro se había prohibido el llevar colgados de la cintura luengos rosarios, pañuelos, guarnecidos, dagas y puñales que se escondían entre los pliegues de las túnicas, se usaban lo mismo que en los años anteriores.

Cada paso servido por su cofradía, daba lugar a una algarada.

Los hermanos de ella que iban en la mala guisa que se deja dicho, cerraban con el público en cada descanso que hacían.

Cuando topaban con una taberna, dejaban la imagen en medio de la calle y, metiéndose de rondón, salían, como era natural, en peor disposición que habían entrado.

Solía acaecer que de un año para otro disminuían los gremios, porque muchos dejaban de suerte los pasos de sus cofradías, que no podrían sacarse en la procesión siguiente, como no fuese en espuertas.

Sin embargo, tuvieron larga vida en las zalagardas piadosas de la Semana Santa; el paso del *Lavatorio*, que era propiedad del gremio de estereros de Palma; el de la Crucifixión, de los maestros herradores; el de *La oración del Huerto*, de los porteros de la Casa de la Villa; el de *La cruz a cuestas*, de los zurradores de badanas, los cuales, al tiempo de levantarse la gresca, no desmentían el oficio, sino que lo honraban muy bien; el *Cristo de la Piedad*, de los comediantes; el *Descendimiento*, de los maestros de coches; *El Santo Sepulcro*, de los traperos de *El Rastro* y los curtidores, y el de la *Virgen de las Angustias*, de los espaderos y doradores.

Y ya, cuando la noche comenzaba a venir, estallaban violentamente, en la oscuridad de las calles, las represalias y enconos que habían ido formando desde el amanecer, siendo necesario que anduvieran de por medio soldados y *chambergos* (que aún era avivar la hoguera), porque nada aprovechaba la autoridad de los golillas, que casi siempre salían con los cascos rotos...

* * *

Doña Purificación y don Baltasar asistían al paso de la procesión en una de las rejas bajas del palacio de Oñate, a la entrada de la calle Mayor.

La condesa, lejana pariente del viejo magistrado, les convidó con aquel lugar.

Todos los demás balcones del anchuroso caserón estaban asimismo llenos de gente convidada.

Más que de edificación, servían de regocijo aquellas jornadas litúrgicas.

De entre los disciplinantes que rodeaban la imagen del Cristo de la Fe, que pertenece a la parroquia de San Sebastián, se destacó uno al llegar la comitiva junto a la reja que ocupaba la hermosa mal casadilla.

Se desprendió la túnica por la parte del hombro izquierdo, el cual mostró cruelmente desgarrado por las caricias de las cuerdas torcidas con alambres, y poniéndose bien frente a la dama, se asestó tres furibundos golpes, que marcaron tres huellas sangrientas en la atormentada piel.

Se atizaba con tan estudiado arte, que al separar de la carne el instrumento torturador, las salpicaduras de la sangre iban a caer sobre el vestido de doña Purificación.

La tez de la hermosa se tiñó de un vivo carmín, que competía con el color de la sangre ofrendada.

A don Baltasar no te pareció mal el hecho del penitente; antes al contrario, le estimó por rendida galantería, pues de esta manera se entendían tales actos.

Ella inclinó levemente la cabeza, agradeciendo el agasajo, y de los labios le salió un hondo suspiro, que, sin duda, fue derecho a clavarse en el corazón del disciplinante.

Prosiguió el hombre la marcha con el paso de la parroquia, y tras él se fueron los ojos de la dama, quienes, hasta perderse entre la multitud hipócrita y fanática, le vieron flagelarse con tanto brío que malos años para la mano de un arriero loco, sobre los macerados lomos de un burro lerdo.

Y era lo cierto que cada latigazo del penitente le encendía a ella la sangre de manera que solo el pecado mortal fuera quién para apagarla.

Así cumplió don Rodrigo aquella promesa que, a fuer de enamorado, hicieran una tarde, que las gentes quedaron suspensas y maravilladas.

## CAPÍTULO XII

*La miel de los azotes.*

Cuando ya el día se iba dejando vencer por las primeras tinieblas de la noche, y la cabalgata devota se iba recogiendo, se desalojaban de convidados las casas, porque quedaban en la calle los residuos de la procesión, que era la retirada de cofrades y disciplinantes.

A unos les parecía no haber hecho suficientes tropelías y haber libado poco durante la jornada, y a otros, que habían estado ociosos de mano.

Así es que las gentes de bien procuraban estar acogidas en la paz de sus hogares antes de ser noche.

Don Baltasar puso en movimiento las huestes de sus pajes y escuderos, y tras despedirse muy cortésmente de su prima la condesa, tomó de la mano a doña Purificación, y poniéndola en la litera, llevada por dos recios astures, se colocó él a la mano diestra del mueble y, rodeado de los suyos, tomó la ruta de su palacio.

Así y todo, con tal lujo de escolta, que a buen seguro puede tenerse que no bajaría de veinte hombres, hubieron de tenérselas con cuatro nazarenos borrachos, al tomar la vuelta de la calle de Coloreros.

Y no tuvieron poca suerte en que no fueran de los bravos, sino de los pesados, que, con dos cintarazos bien duros, dejaron la calle franca.

—Fuera yo por una semana, no más, corregidor de la Corte —rezongaba el viejo— y ya le juro a Dios que se acaban estas fiestas...

* * *

Después de la cena, y durante la tertulia que se hacía hasta oír las diez en el reloj del Buen Suceso, se habló largamente de las jornadas del día, y fue lo que dio más cebo a la charla los disciplinantes.

—Ya sé yo —dijo— un lindo, de quien lo ha hecho tan bien esta tarde, que, muy contra su gusto, no ha podido venir ahora, ni acaso en más de cuatro días.

—Sin duda que este fue don Rodrigo —exclamó el viejo—, que se daba que era compasión.

—Bienaventurados los hombres de fe, porque ello entrarán en el reino de Dios —dijo una dueña.

—Dos disciplinazos le vi yo darse antes de llegar al balcón de vuesas mercedes, que entre las puntas de las cuerdas se llevó dos tiras de piel como dos correas.

—Como esos golpes quiere el Señor que sean los escalones para llegar hasta su gloria —tornó a decir la dueña.

—Pues yo prometo desde ahora, para honrar más al cabo la fineza de don Rodrigo, al salpicarme con su sangre —dijo doña Purificación—, guardar como reliquia este vestido.

—Y yo consiento en ello —asintió don Baltasar. Y así, por este orden, se fue tejiendo el panegírico del bellaco disfrazado de siervo de Dios, hasta el momento que se ha dicho de dar el reloj del Buen Suceso las campanadas de las diez.

Apenas difundido en los vastos imperios del eco el grave tañido de la postrera, se alzó la tertulia y se fue cada uno a esperar en la cama el día de Jueves Santo.

* * *

Cuando el señor don Rodrigo de Uceda terminó su jornada de penitencia inejemplar y zurriagazos crueles, que le lastimaron tan bien como si hubiera sido el mismo Jesucristo, se retiró a su posada, acompañado de Martín, quien, al comienzo del callejón del Infierno, le esperaba con la capa, y así que le tuvo delante, se la echó con mucho cuidado sobre los hombros.

Ya la entrada en la casa fue espectáculo de curioso y admirativo respeto para cuantos en ella moraban.

Viendo a su merced hecho un San Bartolomé de puro desollado, no paraban de hacerse cruces, diciendo:

—Es mucho hombre y carne de santo quien tan sin piedad y con tanto encono sabe flagelarse por lo que Nuestro Señor padeció en el mundo.

Él no pensó en tales admiraciones, que al fin y al cabo no venían sino de criados y pajes que son gente baja y aduladora, y se metió, siempre seguido de Martín, en su aposento.

Ya en él, le esperaban dos amigotes, con quien de antemano estaba convenido para desquitarse de los rigores de la tarde con las exquisiteces de una copiosa cena.

Al verle entrar, se alzaron y le fueron al encuentro; pero él les contuvo con un ademán, al tiempo que les decía:

—No se me lleguen, que no vengo para rozarme con cristianos, y les pondría perdido. En cuanto me limpie un poco, estoy con ustedes, que como perdí alguna sangrecilla, necesito hacerla nueva.

Y se metió en la alcoba.

Se arrojó sobre un sillón amplio y dejó que Martín le desnudara.

Fue el primer cuidado del mozo traer agua limpia y fría, con que el hombre se lavó la cara.

En tanto, el mozo puso en un lebrillo agua, sal, vinagre, romero y unas cabezas de ajos; no más faltaba que unas hojas de lechuga para que ello fuese una ensalada.

De que revolviera y zarandeara muy bien los dichos simples, hasta hacer un espeso caldo, se acercó luego a su amo, y ayudándole a ponerse en pie, empapó una esponja en el alma del lebrillo y se la pasó gentilmente por los hombros y la espalda.

No hicieran más en las gaiteras con los galeotes, después de una partida de corbacho.

Don Rodrigo apretaba los dientes y bramaba como un toro.

Aunque la causa que le traía a tal ocasión era santa, las exclamaciones no tenían nada de ello; antes bien, no las dijera más lindas un carromatero que se viese con el carro atrancado y las mulas reacias.

Se asía de los brazos del sillón con tal ímpetu, que mucho fue que no se le quedaran entre las forzudas manos.

Luego, el agua olorosa y el jabón perfumado dejaron su huella aromática por donde había pasado la salmuera.

Martinillo, con esa confianza irrespetuosa, tan común entre los criados de entonces, decía a su amo a tiempo de enjugarle:

—Bien puede decir su merced que, si buen amor tiene, buenos azotes le cuesta.

Y como los amos solían dar pie para estos desmanes, sin perjuicio de que cuando se les agriaba el humor la emprendieran a cintarazos y torniscones con el osado; don Rodrigo preguntó sonriendo al fámulo:

—¿Tú la viste cuando pasamos junto a ella?

—Como estoy viendo a su merced.

—Y, ¿qué hizo cuando yo me asesté aquellos dos latigazos con que me llevé la piel?

La satisfacción se le pintó, señor, con tal fuerza en el rostro, que mucho me temí no saliese gritando: «Ese siervo de Dios, que de tan cruel manera se maltrata, no lo hace sino por amor mío, y en débil pago de su fineza, tengo que llevarle entre las telillas de mi corazón todos los días de mi vida...»

—Bien sabe Dios que quisiera ir allá esta noche —dijo don Juan.

A lo que le replicó el mozo:

—¿Y dejaríais esta gente que tenéis convidada? Sería dar un cuarto al pregonero. Si la tarde fue de penitencia, la noche debe ser de bureo. Si os ve vuestro tío el inquisidor, de esta hecha os hace familiar del Santo Oficio.

Los que esperaban fuera comenzaron a dar barruntos de impaciencia, por lo que, estando ya don Rodrigo a medio vestir, les mandó que pasaran.

Hicieron irrupción en la estancia media docena de amigachos, que, rodeando al héroe de la tarde (que no lo fuera tanto si hubiera quebrado media docena de rejones sobre los morrillos de otros tantos toros jarameños), comenzaron a alabarle y darle parabienes.

Se acabó con esto de vestir su merced, y así como estuvo galán, se fueron todos a otra amplia habitación, donde estaba puesta una razonable mesa, que había de ser altar en que se hiciera orgiástica ofrenda de los disciplinazos llevados durante la tarde.

* * *

La abundancia de la cena dio al traste con la penitencia y religiosidad de los comensales.

Durante el día habían flagelado y ensangrentado sus cuerpos hechos a holandas y batistas, bajo pretexto de honrar de esta suerte al que feneció en una cruz por redimir al género humano, y en la noche atendían solo al buen reparo y goce de sus personas.

No se divirtieran más el domingo de Carnestolendas.

—Os advierto, hermanos míos en Jesús —dijo hipócritamente socarrón don Rodrigo, a tiempo de sentarse a la mesa— que, como manda nuestra Santa Madre la Iglesia, vamos a comer de vigilia.

—Y si no fuera así —habló uno todo vestido de negro que de cien leguas olía a eclesiástico— no me sentaría yo a vuestro lado.

—Ni nosotros —fueron diciendo los demás.

Y concluyó don Rodrigo.

—Pues, hecha esta salvedad que pudo haberse ahorrado entre católicos, como somos todos, di Martín que traigan lo que haya, y si la colación es pobre, ofrézcala cada cual por sus pecados y por la preciosísima sangre que trasudó Nuestro Señor en tal noche como hoy en el Huerto de las Olivas.

Comenzó la ofensiva del hambre una suculenta sopa de espinacas, salpicada con más de dos docenas de huevos y unos tropezoncillos, que con permiso de la abstinencia litúrgica, no eran sino menudos de gallina y punticas de jamón.

Dos cazuelas tamañas como barreños, llenas de besugos dorados, prosiguieron la jornada, viniendo detrás unos pollos de leche, que aún no hacía cuatro horas que corrían inocentes por los alegres ámbitos del corral.

Así como los viera el eclesiástico, se alzó gravemente de su escabel y dijo con voz grave, extendiendo su flaca diestra sobre la suculenta vianda.

—*Abrenuncio*. De estos no admito yo que soy cristiano.

—Admita —dijo Martín—, que yo le juro a Dios que están pasados por agua.

—Siendo de esta manera, consiento —dijo. Y tornó a sentarse con la conciencia tan limpia como una patena.

Continuó, pues, la cena por el mismo orden que había comenzado, rociándola muy bien toda ella con espeso vino manchego, de este que se pega al paladar y trastorna el seso a dos tragos.

De sobremesa cada uno hizo capítulo de su vida y milagros y fue cosa de mucho divertimiento.

De vez en vez le tiraban pullas al que parecía clérigo, diciéndole que era vergüenza que consintiera aquello a que respondía, que los señores del Santo Tribunal tenían bula para todo, y más en aquello que se había tomado por causa protectora la recordación de la sublime tragedia del Calvario.

A don Rodrigo le había tomado tanta ley, que no le dejó en toda la noche y le decía que tuviese en cuenta que estaba en la Secretaría del Consejo Supremo, y si tenía algún revés con la Inquisición no se olvidase de que allí estaba él para lo que fuese necesario.

—Don César Díaz, que soy yo, hace allí tanto como el mismísimo inquisidor general don Antonio Valladares.

Al fin tuvieron que acostarle porque estaba imposible, y con echar unas partidas de *presa* y *pinta*, y hablar mal del Gobierno, acabó la jarana de aquella noche de *miércoles santo*.

Por cierto, que a fuerza de honrado cronista, no quiero dejarme en el tintero cierta donosísima diatriba, contra el mal Gobierno, que puesto de pie sobre la mesa, recitó don Rodrigo.

Es de esta suerte:

Señor don Juan de Austria;
venga vuestra alteza
y verá en Madrid
muchas cosas nuevas.
Verá nuestro Rey,
que Dios le mantenga,
ángel en edad
y ángel en belleza
que en los corazones
de leales reina,
porque los demás
reinan en su hacienda.
Y verá a su madre,
la señora Reina,
con muy malos lados
y muchas jaquecas;
y a la de los Vélez,
que da a entender, necia,
que no es Portugal,
y que es portuguesa.
También verá a Aytona,
gordo como bestia,
que no es novedad
serlo Su Excelencia.
Verá el regimiento,

verá la Chamberga
con dos mil figuras,
que es vergüenza verlas.
Verá novedades
en las Presidencias
y en otros oficios
de gran confidencia.
Madrid, soy, señora,
que para defensa
de mis pobres hijos
llamo a Vuestra Alteza.
Quítelos de insultos,
muertes y tragedias,
carga y sobrecarga,
cual si fueran bestias;
no te dé cuidado
de que haya Chamberga,
que en Carabanchel
darán cuenta de ella.
¿No es cosa graciosa
que en esta aldehuela
contra los chambergos
tengan centinela?
Hasta las mujeres,
si a Madrid se llegan,
llevan las pistolas,
en las faltriqueras.
Más de cien mil almas,
grandes y pequeñas,
para el asistiros
mis hijos aprestan.
No van contra el rey,
no contra la reina,
porque esto en mis hijos
no se consiguiera,
más contra el Gobierno,
contra la Chamberga,
van contra el de Aytona
y la Presidencia.
Allí será ello
cuando Dios lo vea,
cuando todos digan,
la plebe y nobleza:
—¡Viva nuestro Rey
y viva Su Alteza!
¡muera el mal Gobierno!
¡los traidores mueran!

¡muera el presidente,
los sobrinos mueran,
pues conducen gente,
contra vuestra alteza.
Y si él no muriese,
por ser de la Iglesia,
váyase a Santiago,
a Vigo o Plasencia.
Bien sé que le pido
contra su clemencia,
mas, su entendimiento
lo hará con prudencia,
que yo apasionada,
con mis hijos tierna
tan solo le pido
el que venga apriesa.

* * *

Celebradas fueron las endechas de la villa de Madrid, pidiendo a don Juan de Austria que acuda a libertarle del mal Gobierno, y otras muchas más cosas se dijeron, pero que por no ser concernientes a esta relación, quedan por dichas y celebradas.

Ya iba muy alta la noche cuando se acabó el bureo, quedando todos bajo la mesa como zaques vacíos.

Esta fue la causa y no otra alguna, porque aquella noche no fue don Rodrigo a rendir pleitesía a doña Purificación y a ofender al marido.

## CAPÍTULO XIII

*En la confianza está el peligro.*

Don Rodrigo de Uceda logró asentar tan bien entre los partidarios de don Juan de Austria, que su prestigio subió como la espuma, y muchos decían que él era de tan buena pasta para la política, que no fuera mucho augurarle notable fortuna.

Se rodeó de tan valiosas amistades que en poco tiempo logró cruzar sus pechos con las codiciadas veneras de las cuatro órdenes de caballería más insignes, como son las de Calatrava, Santiago, Santo Sepulcro y Montesa.

No le fue nada difícil la probanza de sangre, porque había mucha nobleza en sus mayores y si allá por los tiempos del rey don Pedro, le aparecía cierta veta judaica, arraigada en Toledo, estaba más que contrapesada con tener un tío-abuelo que en el reinado de Felipe III fue inquisidor del reino de Murcia y de los que más bravamente coadyuvaron a perseguir a los infelices moriscos, que hasta entonces habían contribuido tan notablemente al florecimiento de la Industria, el Comercio y la Agricultura de España.

De manera que se iba lo uno por lo otro y que daba la cuenta en paz, y aún estoy por decir, que con algún saldo a favor suyo.

Don Baltasar le estimaba más cada día, y llegó a tanto su confianza (sin duda porque tan honrado le vio), que era el único hombre que no le hacía sentir la comezón de los celos, cuando le veía hablar con su mujer.

Se le trascordó aquello que se dice y es luminosa verdad, que en la confianza está el peligro.

La huerta de Juan Fernández solía ser punto de cita de los enamorados los días en que el sol triunfaba.

Acudía doña Purificación en su coche, y ya solía estar el galán esperando en el parque.

El confiado marido acudía a última hora de la tarde, se tornaban los tres y aún quedaba su merced agradecido, porque el ladrón de su honra le distrajera la esposa mientras él se engolfaba en la política del bastardo.

* * *

El Diablo, que no se emplea en otra cosa que en la perdición de las almas, por cuanto parece que el Señor les deja a su albedrío morder o no la fruta del bien y del mal, dispuso que para dar a los adúlteros mayor margen para caer bajo su dominio (que después de todo estaba muy bien por ser tierra de cuernos), que saliese don Baltasar en servicio de la política de don Juan,

Y aquí fue el tomar los otros la ocasión tan a gusto que no se separaban un instante.

Don Rodrigo tenía la llave de un postiguillo; que daba a una calle escondida de la casa del veinticuatro, y cuando era hora de que la servidumbre estuviera recogida se metía

muy sobre seguro dando en seguida en la alcoba de doña Purificación, de donde no salía hasta clarear el alba.

En tanto, el buen viejo trabajaba junto al infante, por la salud y el buen gobierno de España... y tenía la seguridad de que con don Rodrigo dejaba en la corte un servidor de su cara esposa, a la que no dejaría de asistir y atender como si fuera él mismo, que así se lo prometió aquel al tiempo de despedirle en la Cuesta de la Vega.

## CAPÍTULO XIV

*Donde se ponen de manifiesto alguna de las inquietudes que a este tiempo embarazaban la Corte y Monarquía de España*

En tanto que don Baltasar de Zúñiga sigue las huellas de don Juan José de Austria en el virreinato de Aragón, a donde este fue sagazmente arrumbado por la reina gobernadora, que a todo trance quería alejarle de Madrid, y en tanto que Dorotea y don Rodrigo se hocican y revuelcan a todo su gusto y talante, permite amigo, si no cansado lector, que volvamos un poco los ojos hacia las enojosas jornadas y revueltas políticas porque la villa matritense atravesaba.

La vanidad del hijo de *La Calderona*, que al fin no era otra cosa que el ansia de medro lo que movía sus intenciones, había sido vencida con nombrarle virrey de Aragón, pero ni aun con tenerle distanciado estaba tranquila doña Mariana, y quiso tener una guarda para su seguridad y custodia.

Se oponía la Villa a esta novedad, y era razonable su oposición, puesto que veía que con fundar el nuevo Cuerpo se le metía por las puertas una espesa nube de vagos y gente maleante que habrían de asolar la república bajo pretexto de guardar la persona de la reina.

Además de esto decían los honrados vecinos que la reforma era desconfianza en su lealtad, por cuanto se les metía por medio gente pagada para mantener la seguridad y respeto de la corona.

Los parciales de la innovación daban como disculpa que en parte no era ello sino fórmula honrosa, siendo ya fenecidas las guerras con Flandes e Italia, para recoger a los veteranos de los *Tercios*, que, desamparados y horros de todo emolumento, daban el triste espectáculo de pasear su carroña al sol por las calles de la Corte.

En fin, que entre pesar y contrapesar ventajas e incomodidades transcurrió mucho tiempo, y al cabo a disgusto de la Villa se creó la guardia, y bien prolijamente quedaron demostradas las razones que el vecindario de Madrid tenía pata oponerse a soportar y mantener este nuevo cuerpo de ejército, que no lo fue sino de bandidos con uniforme.

Se le dio el nombre de *Guardia de la Reina* y tuvo por jefe al marqués de Aytona, enconado enemigo de don Juan de Austria, como alféreces y capitanes a los más ilustres magnates, tales como los condes de Melgar y Fuensalida, los marqueses de Jarandilla, de las Navas, el duque de Abrantes y otros particulares y distinguidos caballeros, ansiosos de lucir su bizarría, más que por afecto y lealtad a la reina viuda, por fineza y presunción con las damas de la Corte.

El lunes, 19 de agosto de 1669, montó en Palacio la primera guardia la *Chamberga*, y desde aquel preciso momento quedó Madrid por campo de sus crímenes y hazañas, pues no pasaba día que los individuos que la formaban no dejaran huellas de su antigua condición.

Robos y atracos a mano armada los cometían a cada hora del reloj; asolaban las huertas de los alrededores, saqueaban las casas y sobre ello no dejaban con vida a cuantos

infelices topaban al paso en siendo noche. Fue necesario que el vecindario se hiciese justicia de por sí y se defendiese de ellos como de fieras malignas.

## CAPÍTULO XV

*Del mal suceso que les acaeció a los amartelados en el camino de Carabanchel con unos malandrines de la Chamberga.*

Cuidándose ya muy poco de guardarse del mundo (que a tanto llega la confianza de los enamorados), a la caída de aquellas tardes del estío, en que Febo triunfa sobre Madrid con tanta pujanza, acostumbraban sus mercedes a dejar la barahúnda de la Villa y esparcirse por las afueras.

Unas veces solían ir por los Olivares arriba en el camino de Alcalá hasta las Ventas, otras hacia los altos de Chamartín y algunas, si el tiempo tenía barruntos de invierno, por el Prado de Atocha, y honraban el cerro de San Blas, como si fuese la lucida y plebeya fiesta en honor del bienaventurado contra el mal de garganta.

Pero el lugar que solía ser más de su gusto, porque tenía menos trajinantes, era el camino de los Carabancheles, saliendo por la Puerta de Toledo.

Doña Purificación salía de su casa en coche, sin más compañía que la del cochero y una dueña, dos bellacos que eran en el martelo fieles alcahuetes de su ama, porque el silencio les era impuesto con reales de plata cada día, además de pasarles por alto las faltas y desmanes cometidos en su menester.

Don Rodrigo, sobre un brioso cuartago y acompañado por su inseparable Martinico, acudía a esperarla al cabo del puente y comienzo del dicho camino, donde se comienza la ruta para las Andalucías.

Cuando se hallaban los dos amartelados, dejaba el galán su caballo al cuidado del espolique y se metía en el coche, con su alcurniada coimilla sin tener ya el cuidado de correr las cortinillas del coche.

Despaciosamente comenzaba la pesada máquina a subir la cuesta, yendo a la zaga Martín con los caballos de su amo y de él.

A una parte dejaban el poblado y se metían por la frondosa arboleda en busca de un lugar escondido y deleitoso que ya sabían, donde había una fuente que daba un agua fría y clara que era néctar gustoso de la tierra.

Se apeaban entonces, y la dueña extendía sobre el verde y mullido césped unos albos manteles, en cuyos ángulos aparecían entrelazadas las cifras del veinticuatro *donjuanista* y de su querida esposa.

El cochero sacaba de la arquilla del pescante un cesto repleto de sabrosas provisiones de boca, y tras de pasear solos por la espesura los amanubados, al tornar un poco descompuestos de peinado e indumentaria (que aun alguna tarde aconteció, el traer la señora mal dados los botones del corpiño, y el doncel la valona ladeada) comenzaba el repuesto y relleno de los estómagos para contrarrestar las fuerzas perdidas durante el solitario idilio.

La servidumbre formaba poco más allá rancho aparte, y todos, en fin, lo pasaban lindamente, hasta que Febillo comenzaba como a guiñar los ojos asaetados, por picazones de sueño.

Entonces se alejaban sus mercedes.

Recogía la dueña platos y manteles, aquellos de antemano fregados con el agua de la fuente fría, enganchaba el tronco el cochero, Martinico enfrenaba sus cabalgaduras, que también los nobles animales disfrutaban del bureo, paciendo la fresca hierba, y se emprendía la vuelta con alguna más prisa que fue la venida, a fin de estar en Madrid antes de que fuesen cerradas las puertas, aunque en rigor no podía temerse este cuidado, pues la prodigalidad de la bolsa de don Rodrigo corría muy bien las pesadas llaves sobre la mohosa cerradura, pero era peligroso aventurarse en el campo y aún más en las calles de la Villa, después de haber sonado el toque de *Ángelus*.

Aquella tarde, llegaban al puente.

Se disponía don Rodrigo a dejar su puesto robado junto a su Dorotea y cabalgar en su rocín, cuando advirtió gente alrededor del carruaje y que el cochero detenía bruscamente las briosas mulas.

Saltó bruscamente a tierra y se dio de manos a boca con media docena de bigardos, vestidos con aquel uniforme de la *Chamberga*.

El uno de ellos se acercó, haciendo grotescamente del cortés y comedido, y le habló de esta suerte.

—Señores, voacedes nos perdonen, si les detenemos unos instantes en su camino y en sus coloquios, pero nosotros por la gracia de Dios, Su Majestad la reina y el señor marqués de Aytona, somos unos pobres *chambergos*, que para darnos algún solaz vamos a *peeorea*, aunque no nos esté bien el decirlo, y así no más queremos de vuesas mercedes, que nos den de buena voluntad alguna cosa para seguir la bulla y si de grado no les place el dárnoslo no se apesadumbre, que nosotros sabremos tomárnoslo por la fuerza.

Mientras tales razones escuchaba don Rodrigo, por la otra parte del coche donde estaba doña Purificación, muerta de espanto, considerando cuán mal fin habría de tener aquel coloquio, otro bizarro le dijo en el mismo tono:

—Vuesarced, señora mía, no se desasosiegue ni espante, que en soltando la mosca su marido o lo que es, y en dándome vuesamerced un beso, seguirá su camino en paz y en gracia de Dios.

Y abriendo la portezuela según iba diciendo, se encajó dentro del coche, y comenzó a forcejear por conseguir lo que tan bellacamente pedía.

Don Rodrigo, que no era nada apocado ni sufrido, no tuvo calma para aguantar ambas insolencias, y para responderlas como era debido y le estaba bien, echó mano a la espada, pero no había llegado su diestra a tocar la damasquinada empuñadura, cuando cuatro vigorosas manos, que eran como férreas tenazas, se le agarraron a los mollares y, dejándole sin movimiento, dieron con él en tierra.

El que le hablaba desenvainó su tizona, y poniéndole la punta en el pecho, le tornó a decir:

—¡Tente, tente, que te la clavas tú mismo!

De tal suerte estaba cogido, que en verdad era darse de por sí la muerte si hiciere cualquier movimiento para defenderse.

En tanto, los señores *Chambergos* desvalijaron muy bien el carruaje, y cuando no tuvieron cosa que llevarse, que aun les fue de agradecer que dejaran a los amancebados con lo puesto, les volvieron al coche y se apartaron del lugar.

Martinillo y el cochero también aparecieron muy bien amarrados y sin gobierno de sus personas; tantos golpes les dieron.

*Dorotea* y su *Fernando* iban silenciosos, que ya el galán, por no dejarla sin amparo, aunque de poco le había servido, no quiso abandonar el coche hasta entrar en la Villa.

—No sentiría yo —dijo al cabo don Rodrigo— sino que esto transcendiera, como parece ser de rigor en toda desventura y bellaquería, y llegase a oídos de tu esposo.

—Más me contrista a mí —dijo cínicamente la dama— la cruz de brillantes y el medallón de oro que se me llevan los ladrones, que Dios confunda y el Diablo se lleve, lo de mi marido, si se entera, que no será por nosotros, manera hay de volverlo a nuestro favor, pero esto otro no tiene vuelta.

Y callaron otro espacio, que fue breve, porque las briosas mulas, aguijadas por la crujiente tralla del cochero, a quien, a su vez, aguijaba el miedo, entraban en seguida por la Puerta de Toledo.

Al llegar a la plaza de la Cebada, se detuvo el coche, se apeó don Rodrigo, tomando el cuartago, que de la diestra tenía Martinico, subió en él, y amo y mozo partieron al galope, camino de su posada, mientras la carroza comenzaba a buscar por las revueltas callejas que hacia Barrionuevo subían, la ruta del palacio de don Baltasar de Contreras...

## CAPÍTULO XV

*Donde se ve que don Rodrigo y su lacayo Martín no olvidan las ofensas.*

La posta no dejaba un correo sin carta del viejo don Baltasar, y en todas ellas hablaba del próximo arribo a la Corte, entre las tropas triunfantes del bastardo infante.

Al Veinticuatro se le hacían siglos los días junto a Su Alteza, pero este le distinguía de tal suerte y le ocupaba de tal modo en su servicio, que aunque el pensamiento y el corazón los tenía constantemente de viaje hacia Madrid, no era posible ponerlos juntos el cuerpo y la voluntad. Así es que tuviese paciencia el alma de su vida, que en pudiendo ser, estaría en sus brazos.

En tanto que esta ventura se ponía por obra, no dejara ella de solazarse honestamente cuanto le viniese en gana. Si había fiestas de toros, no perdiese una; se fue a las vueltas del Prado y se holgase en el Soto las tardes lozanas, y cuando llegaba San Eugenio, que ya estaba casi a la puerta, pues faltan muy pocos días para que entrase noviembre con sus pujos de enero, no excusase el ir a ver la plebeya romería en el monte de El Pardo, que era divertida fiesta.

Dejaba a su buen juicio el ir a todos estos solaces y bureos, con la sola compañía de su dueña, y que con ningún otro caballero se permitiera amistad que con el señor don Rodrigo de Uceda, que era como de la familia, y en quien solo confiaba él para hacer sus veces en caso de necesidad.

Y en este punto dejaba de leer la dama y comentaba picarescamente, poniendo un mohín tan gracioso que si don Rodrigo le viera lo borrara con mil besos:

—Este pensamiento hace días que está adivinado y seguido al pie de la letra, y ya quisiera el que recomienda cumplir tan bizarramente como el recomendado.

* * *

Ciertamente que don Juan era muy bien quisto en su virreinato de Aragón, porque hartos los pueblos de gobernantes ineptos y logreros, pensaban que Su Alteza iba a ser la redención y florecimiento de España.

En todas partes solía ser tan bien y mejor recibido como lo fuera Jesucristo en Jerusalén, y de todos los pechos robaba las voluntades y los ánimos.

Si hubiesen llegado a tanto su ambición y sus propósitos, pudo haber levantado banderas contra su hermano Carlos, que asentaba en el trono, pero el hombre no era ambicioso, ni tuvo otro defecto que el de la presunción.

En cuanto pudo librar a España de la pesadumbre del confesor de la reina, ya no se acordó de él para bueno ni para malo, y aun parece que le compadeció cuando tuvo noticia de lo mal que caminaban en Roma sus pretensiones.

Muchas veces mostró no conservar rencores con doña Mariana, y si esta orgullosa e hipócrita señora se lo hubiera consentido, a buen seguro puede tenerse que la reverenciara como a una madre, pero buena para afectos era Su Majestad, que no sabía

conservar en su corazón ni el de su propio hijo. Toda su víscera cardíaca (si es cierto que ella es humano depósito de odios y pasiones), estaba ocupada por el fanatismo, la doblez, el orgullo y la intriga.

Tanto que por mejor sostener a estos tres verdaderos enemigos del alma, se le había ocurrido la fundación de la *Chamberga*, y toda reclamación contra las tropelías y crímenes que cometieran no tenía eco alguno en las covachuelas de Palacio ni en las salas de los Consejos.

Hasta se temió que a la sombra de aquel bandidaje autorizado no le antojase reintegrar en su antiguo puesto al director de su conciencia, según este había pretendido durante el viaje de su destierro, pero desde que el teatino nos dejara en buena hora, perdió todo ascendiente con su hija de confesión.

* * *

La dama y el galán no volvieron a pasear por el camino de *Carabanchel*, aquel mal encuentro les conminaba solo a los paseos del Prado y Atocha, hasta comenzar los primeros bostezos de la noche.

Los señores *Chambergos* continuaban impunemente haciendo de las suyas y fue necesario que ayunos de todo amparo se tomaran los vecinos la justicia por su mano y ello fue bien, porque hicieron muy notables ejemplares escarmientos que tuvieron a raya a los malandrines.

Pero don Rodrigo no era hombre que por sí y ante sí sufriera una ofensa, mas que al pretender vengarse se le cayera encima la bóveda del cielo y se le hundiera bajo los pies la tierra que pisara.

Si aquella tarde calló fue mal de su agrado, porque le pilló desprevenido y acompañando a quien no podía poner en entredicho; pero desde el punto y hora que se apartara de ella, en la plaza de la Cebada, no pensó sino en tomar la revancha.

Tampoco era el mozo tan gallina como es uso y costumbre pintar en comedias y novelas los de su clase.

Martinico era hombre al que se le encontraba cuando quería buscársele y más de dos veces probó que no era nada sufrido ni pusilánime.

Tan mal como su amo había tragado aquella ofensa, y así cuando este le dijo:

—Martín, es menester cobrarse la deuda de esta tarde —respondió él.

—Y aún sahumada, señor, que ya estoy yo cavilándolo desde que nos dejaron.

Ya le prometo yo a vuesamerced, que si no va la señora, doy que hacer esta tarde al cura y al enterrador de *Carabanchel*.

—¿Piensas que yo hubiera sido manco?

—Vuesamerced hiciera sin duda más que yo, pero hubiera ido noblemente y con esta gentuza no hay que ir sino a la par que ella. De modo y manera que a esta revancha hay que ir sobre seguro. Déjelo de mi cuenta, que yo lo arreglaré de hoy para mañana.

* * *

Y fue el arreglo que Martinillo, mientras su amo entraba furtivamente a hocicar con su dulce enemigo, fuese él a un bodegoncillo de la Plaza Mayor que era estuche de la gente ternejal y dura entre los que había algunos camaradas, y mediante unas cuantas azumbres de lo caro, bien trasegado y unos cuantos reales de a ocho, bien repartidos, concertó una partida *contrachamberga* para el anochecer del siguiente día.

Cuando ya no tuvo que hacer entre el senado de pícaros y bravoneles, desenvainó su *negrilla*, se rebujó en la capa hasta los ojos, que la noche era criada a los pechos del Guadarrama, previno su linterna y se fue a esperar a que su amo y señor finase el coloquio, el cual como muy apretado y ardiente, y muelle, pues que tenía por campo la tela de los colchones, finó cuando el alba comenzaba a desperezarse.

Salió al cabo don Rodrigo.

Martinillo se había quedado un poco transpuesto en el quicio de una puerta, con la linterna oculta entre las profundidades de la capa para no llamar la atención de las descarriadas rondas, que, *a lo mejor*, solían cumplir con su deber.

Mucha luz había en toda la calle con el farolillo de un Cristo espantable puesto en un recodo de la angosta calleja.

Su merced no tuvo más que carraspear un poco al tiempo de poner el pie en la rúa, para que su lebrel se despabilase con la misma presteza que si hubiese oído un redoble de tambores.

—¿Hace mucho que esperabas? —preguntó, tomando la misma precaución que Martín tomara a tiempo de salir del bodegón.

—Como me dormí, no hago cuenta —respondió el mozo, y continuó mientras sacaba la linterna y echaba delante de su amo para alumbrarle el camino—. Ya está todo concertado para mañana, a la misma hora que nos ofendieron.

Y le contó su visita al bodegoncillo de la buena gente.

Como caminaban deprisa, presto dieron en su posada, y era a tiempo que ya la luz del día triunfaba francamente y como zancajo de la noche, brillaba en el cielo diáfano la última estrella.

## CAPÍTULO XVI

*La ofensa vengada.*

Al caer la tarde del siguiente día y a la hora precisa que Martinillo concertara, estaban prevenidos en las afueras de la Puerta de Toledo cuantos se habían comprometido a dar escarmiento a los guardianes de doña Mariana.

Don Rodrigo y su mozo llegaron a la hora en punto, y en seguida echaron hacia el camino de Carabanchel, como si fuesen gente alegre que iban de bulla.

Aún era de día, y por ello no se atisbaba ningún lobo de aquella manada, que sabían esconderse muy bien entre las tinieblas.

Aún había quien les defendiera en Madrid, y, más que nadie, su general, el marqués de Aytona, diciendo que los delincuentes no eran sino malhechores que se vestían la misma ropa, y cuando mucho, los mismos alguaciles del Corregimiento, para desprestigiar la nueva milicia; pero el Consejo de Castilla no cesaba de elevar notas y consultas a la reina gobernadora, representándola con los más vivos colores la inquietud y desasosiego que se había dado a la Villa con la fundación de la dicha *Coronelía* y *Regimiento*.

Comentando esto, llegaron al cabo cerca de Carabanchel de Abajo, y fue a tiempo que la noche había cerrado por entero, y hacía un vientecillo frío y sutil, que podía hacer en los cuerpos más daños que la acerada y traidora daga de un *chambergo*.

Como si la ausencia total de la luz del sol fuera cosa precisa para la aparición de los que buscaban, oyeron voces a la mano diestra, hicieron ruido Martín y sus camaradas porque les advirtieran, y no fue necesario más, para que de al lado de una noria que había oculta por unos álamos salieran hasta media docena de hombres.

Uno de ellos dijo con voz recia:

—Qué, perillanes, ¿ya venís a la olor de las uvas? Pues a fe que esta noche habéis de pagar cara la vendimia.

Y todos se previnieron para acuchillarse muy bien, cuando la luz de la linterna de Martín, saliendo de entre las tinieblas de la capa, iluminó a los aparecidos:

—Teneos, ¡cuerpo de Dios! —dijo—, que no son de la Coronelía, sino gente de este pueblo, que aquí veo a *Fortunilla*, el alguacil de Carabanchel. Ténganse, o nos haremos pedazos un manojo de hombres de bien.

Y a las voces que el mozo daba, se detuvieron unos y otros y formaron grupo para darse explicaciones, con que se vio que todos iban a lo mismo, que era a tomar venganza de los chambergos que salían de *pecorea*.

El llamado *Flechilla*, que reconociera Martín, habló por todos:

—No hay más sino tomar tales extremos con estos bellacos, porque son alimañas dañinas que así nos roban la hacienda como el honor y la vida, y están aquí las gentes tan medrosas, que no hay quien, cuando cae el día, se atreva a sacar las narices fuera de su

casa. Se presentan en cuadrilla, y con buenas armas, así es que, como no se doble el número, no hay forma de hacerles frente. La mayoría de los desmanes no llegan a oídos de la justicia, porque es lo mismo denunciarles que no, puesto que no se hace escarmiento con los criminales, por guardar a quien guardan. A los caminantes y arrieros desbalijan muy bien, y aun han de quedarles agradecidos si tras ello no les arrancan la vida. Talan las viñas, arrasan los huertos, arremeten contra el ganado, llevándose las reses más lucias, y asaltan las casas de los labradores ricos, así pues, como el mal Gobierno no nos garantiza la seguridad, hemos de tomarnos la justicia por nuestra mano, y a ello salimos cada noche desde hará una semana.

Martinillo refirió el percance de su amo, y fue estrecharse más los lazos de confraternidad para emprender la cruzada.

—Como ya en este mismo lugar tuvimos fiesta la otra noche —dijo el alguacil—, no es de presumir que si hoy vienen lo hagan por esta parte; bajemos más hacia Madrid, y esperemos en el camino de Getafe.

Tuvieron por prudente el parecer y emprendieron la marcha.

Los villanos fueron respetuosos y cumplidos con don Rodrigo, ya que le hicieron la fineza de darle el mando de la ronda.

Uno de los mozos dijo, mirándole como si fuese de entre ellos:

—Si de esta suerte anduvieran siempre el pueblo y la nobleza, no tendríamos que sufrir inconveniencias ni atropellos como estos, que son en perjuicio de todos.

De pronto oyeron voces angustiosas que pedían auxilio. Unas eran lamentos de mujer, y otras, imprecaciones ahogadas de hombre. Venían hacia el grupo, y no tardarían en pasar ante él, porque no había en aquella dirección más senda ni camino.

Se oyeron más cerca, y sobre ellas, esta otra, como respuesta a las quejas e improperios:

—Callad, curilla, y sufridlo en penitencia, que más sufrió Cristo en aquel huerto por haceros su ministro en la Tierra, y vos, señora ama, no gimáis tanto, que en diciéndonos dónde tiene el padre la media de las onzas, luego os dejaremos tan libre como el aire.

Ya estaban los malandrines y las víctimas al alcance de la mano, cuando las linternas de los rondadores les descubrieron de entre las tinieblas de la noche oscura.

No hubo palabras ni advertimientos.

Como ya estaban prevenidos, se fueron a ellos como jabatos, y la espada de Martín fue la primera que topó con un acerico, donde hundirse hasta las guardas.

Don Rodrigo repartía tajos y mandobles que no lo hiciera con tanto garbo y brío si asistiese a una batalla de moros en la serranía de la Alpujarra.

*Fortunilla* acudió a desatar a los infelices que traían consigo, y sobre el estruendo de las cuchilladas y los juramentos, se oyó su voz, que decía:

—¡Cuerpo de Dios! Si es su merced el señor vicario y su ama Leonarda... Mas, padre, ¿cómo es esto?

La gresca había finado, porque los malhechores fueron no sé si prudentes o cobardes, y fiaron la salvación de sus vidas a la ligereza de sus pies.

Cuando hicieron requisitoria del resultado de la batalla, hallaron cinco hombres en el suelo; tres de ellos pedían confesión, porque se les iba la vida en ríos de sangre, los otros dos ya no tenían qué pedir, como no fuese la paz de la tierra.

Los cuatro eran de la *Chamberga*.

En esto se sintió cercano el ruido de unas galeras que, desde Getafe, traían paja a Madrid.

Se les adelantó *Fortunilla* y mandó que se les acercasen para hacer un servicio a la República.

Se acercaron, y atando todos revueltos, muertos y heridos, les echaron sobre las salguetas, tras ellos dio la milicia campesina, y entraron en Madrid, donde se comprobó que ciertamente eran guardias de Su Majestad la señora Reina gobernadora.

* * *

Parece que, enfurecidos los camaradas, quisieron tomarse revancha en la noche siguiente, y se concertaron más de cincuenta para quemarles la hornada a los panaderos de Carabanchel, que suministraban a la villa, pero ya los dichos vecinos estaban ojo avizor, y les esperaban cada noche; con que, aguardándoles en las eras, bien dispuestos, les sorprendieron en lugar de ser sorprendidos, y trabando descomunal batalla, mataron y arrastraron más de doce...

La ofensa de don Rodrigo quedó lavada, y no pareciéndole bien festejarla con los que le ayudaron, por no hacer escarnio sobre los muertos, dio a Martín muy buenos doblones para que diera de comer y beber copiosamente a los amigos.

Pero, como todo se sabe, no tardó mucho en tenerse conocimiento de la cruzada, y el de Uceda fue agasajado por todos, y más que por nadie, de la forma que él más agradecía y recibía gusto y contento, por su perfecta casada.

## CAPÍTULO XVII

*De cómo don Rodrigo volvió a reanudar su amistad con aquel clérigo desaprensivo de la noche del Miércoles Santo y su entrada en la Cárcel de la Inquisición.*

Alguno de los bigardos de la Coronelía, que merced a la presteza de los pies no salió con los cascos rotos, parece que conoció a don Rodrigo, y concertándose con otros dos camaradas, previno la venganza y perdición del hidalgo de suerte que fuera rotunda.

No fue ello armarle emboscada en alguna calleja oscura, a tiempo de recogerse, ni buscarle en el campo, con las armas en la mano, bajo pretexto de algún empeño de honra, sino tomarle las vueltas hacia la Inquisición, acusándole de blasfemia y herejía.

Se presentaron en la terrible Audiencia, y juraron ante una imagen de Cristo, cómo, en la zalagarda habida en el camino de Carabanchel, entre paisanos y *chambergos*, habían oído a su merced blasfemar contra la virginidad de la Madre de Dios y contra la misma Majestad Divina.

No fue necesario más para que la denuncia fuese tomada, y en cuanto se hizo noche, salieron en busca del acusado un familiar y dos alguaciles.

No se esperaba el inocente tan honrada visita, y así estaba del todo descuidado, y previniéndose para acudir a su nido robado.

Cuando ya tenía puesto el chambergo, ceñida la espada, y la capa sobre los hombros, se oyeron dos recios aldabonazos en el postigo, que dejaron en toda la calle un prolongado eco.

—Ve quién sea —dijo a Martín.

Abrió este el balcón que daba sobre la misma puerta, y preguntó:

—¿Quién va allá?

Y la voz tonante del familiar dijo, al mismo tiempo que con el regatón ferrado de su vara daba un fuerte golpe en el suelo:

—Abran a la Santa Inquisición.

Confusos quedaron amo y mozo con la respuesta, y al fin pudo decir aquel:

—Sin duda que vienen equivocados; pero abre, que con tales visitas no puede andarse en demoras.

Martinillo, más muerto que vivo, pues, aunque era hombre capaz de tenérselas con un regimiento, se le achicaban los ánimos cuando se trataba de tal señora, obedeció y, alumbrándose con un candil, recaló en el zaguán.

—¿Vive acá el señor Rodrigo de Uceda? —preguntó el esbirro, así como vio abrirse la puerta.

Respondió el asustado mozo que allí vivía, y que era su señor; pero que, sin duda, venían sus mercedes confundidos, puesto que era el mejor cristiano de la villa.

Por toda respuesta, dijo el familiar con tono autoritario, traspasando el postigo:

—Guiad a su aposento.

Y enseguida llegaron a la estancia, donde el caballero esperaba impaciente.

El familiar no pudo contener un gesto de asombro y de disgusto en cuanto se halló delante de quien le mandaban prender, y aun fue mucho que no lanzara algún terno redondo.

Mandó a la gente que esperase fuera, y cerrando la puerta, se quedó a solas con don Rodrigo.

—Así me acordaba yo a este tiempo de su merced ni de su nombre, como de las nubes de antaño. ¡Mía fe! que me pasa de esta visita, que no he podido excusar por no acordárseme quién era.

Quedó pensando don Rodrigo en el ministro de la Suprema, y al punto reconoció al cleriguillo D. César Díaz, su amigote y camarada de aquella cena del Miércoles Santo, en celebración de lo bien que se azotara su merced durante la procesión de la tarde.

Desde entonces no se habían visto, de modo que entrambos se tenían muy bien desterrados de las memorias.

Así de como se hicieron nueva profesión de amistad, recordando las jornadas corridas en bullicioso compadrazgo, dio el clérigo razón de su enojoso menester, dándole cuenta de cómo obedecía a la denuncia hecha por cuatro soldados de la Coronelía y un alguacil del resguardo.

Comprendió don Rodrigo la trama de la venganza, y se la dijo al clérigo, el cual, para tranquilizarle, le respondió:

—Muy bien sé yo, y sabemos por aquella casa, lo que son estas cosas, y que la mayoría de las acusaciones que se reciben solo obedecen a rencores; pero es fuerza tomarlas, porque así lo mandan nuestras leyes desde los tiempos de Santo Domingo; ahora, que ha tenido suerte su merced en que sea yo el encargado de prenderle, porque para algo somos amigos y la hemos corrido juntos en buena ley de Dios. Ya le dije aquella noche que allí me tenía por suyo, y que tanto podía como el inquisidor general, D. Antonio de Valladares, de suerte que déjese llevar sin recelo, que va a la casa de un amigo, no a una mazmorra de la Inquisición. Para que no se dé qué hablar al vecindario, mandaré que nos traigan un coche.

Y saliendo, lo ordenó así a uno de los corchetes, y luego se retiraron ellos, pues no les necesitaba, por no ser el reo peligroso...

* * *

Llegado que fue el coche, subieron a él los dos, ni más ni menos que si fuesen a pasear al Prado, y en breve tiempo llegaron a la hórrida mansión de la Suprema.

Quedó instalado el hidalgo en una cómoda estancia, donde la mayor parte de las horas le hacía gustosa compañía el clérigo D. César, mientras se hacía la comedia del proceso.

Martinillo, como criado fiel, asistía a su amo, y así, salvo el no salir a la calle, y sí en cambio a un hermoso jardín, estaban ambos tan bien como en su propia morada.

## CAPÍTULO XVIII

*Donde el Diablo sale por donde menos se podía esperar, y el familiar busca mañas para tomarle las vueltas.*

Notable sobresalto tuvo *Dorotea* cuando supo el percance inquisitorial acaecido a su bien amado; pero no tuvo lugar de afligirse mucho, porque Martinillo se encargó de llevarle muy bien el sosiego al espíritu inquieto, diciéndole la fineza con que eran tratados, que el estar allí no era sino una fórmula para que la gente no tomara mal ejemplo y dijera que las denuncias contra los grandes no prosperaban, de suerte que el tribunal de Dios se asemejaba como una gota de agua a otra al tribunal de los hombres.

Todos los días se daban por carta, que Martinillo se encargaba de traer y llevar, razón de sus vidas y estado de sus amores, que como ahora estaban distanciados, y sin ocasión de verse, se deseaban con más fuertes bríos.

Poco más de una semana llevaría don Rodrigo en su cómoda prisión, cuando una tarde le quitó el sosiego la siguiente carta de su Dorotea:

Al comienzo, según cristiana costumbre, había una cruz.

La piadosa enseña no podía faltar, que nada tienen que ver los escrúpulos de conciencia con las jornadas de la vida, y ya es sabido cómo los ladrones y las tusonas creyentes se encomiendan con mucho fervor a sus devociones antes de comenzar sus menesteres.

«Mi Rodrigo: Bien sabe el ángel de mi guarda que me holgara de no haberte conocido (aunque mucho y deleitoso partido hemos sacado ambos de este conocimiento), si supiera que habría de hallarme en el aprieto y necesitad de escribirte esta carta, y ahora más que nunca me duele de tu blanda prisión, porque lo que tengo, mucho más es para dicho de palabra que en letras, y tan a solas como hemos dado ocasión para llegar al trance en que me veo.

»Has de saber, ¡dueño mío! (pavor me pone en el ánima el dejar caer tan grande secreto en los puntos de la pluma), has de saber, digo, que aquella maldecida jornada de bureo, cuando el mal hallazgo con los chambergos, en el camino de Carabanchel, ha tenido, mejor dicho, va a tener, una desgraciada consecuencia.

»Se me han indigestado los postres de aquella sabrosa merienda.

»Advierte las veces que hemos comido en limpios manteles, con toda tranquilidad y calma, y una vez que se nos ocurre merendar sobre el verde césped, con ninguna comodidad y mucho sobresalto, que apenas si hubo tiempo para tomar el gusto, me dan estas bascas.

»Mi marido está para venir de un día a otro, según carta que recibí ayer, y yo no sé qué determinar, porque no hay forma de atribuirle mi cólico; esto, ni aunque hubiese estado sin separarse de mí ni un momento, que no es él hombre para estas niñerías.

»¡Por Dios, y lo que has hecho! te pido que me ayudes a buscar algún pretexto para apartarme de él en lo que esto se cuaja, pues si soy mala esposa, no soy mala madre, y ni por el pensamiento me pasa el negarle la entrada en este valle de lágrimas...».

* * *

Poco más decía la carta; pero no tiene importancia para hacer de ello fiel traslado, y así solo se pone lo que dejó confuso y atolondrado al galán, como si le hubieran dado con una gruesa maza en el estuche de los sesos....

Aún estaba con el malhadado papel entre las manos, dándole mil vueltas y releyéndolo una y otra vez, cuando se abrió la puerta y embocó en la estancia el cleriguillo don César.

Así como traspasara el umbral, advirtió la mala faz de Uceda.

—¿Malas noticias? —dijo mientras se destocaba del manteo y la canal, que colocó sobre una silla.

—No son muy buenas —respondió entre dientes el preguntado.

—Pues alégrese el hombre —tornó a decir el clérigo—, que como no se trate de cosa contra la hacienda o la salud de algún pariente cercano, le traigo yo una que puede servir muy bien de calmante. Sepa que se ha visto la causa de vuesamerced, no con la minuciosidad cruel que aquí se acostumbra, sino como de amigo; de manera que, mañana, siendo Dios servido, puede tornar a su vida, y no pienso que se vaya quejoso de esta que abandona.

—Más me holgara de quedarme aquí por muchos días —exclamó don Rodrigo.

El ministro de la Suprema, a fuer de buen camarada, quiso saber la causa que en tanta desesperación ponía al desesperanzado, y este, aunque no era ella para echada a rodar al primer envido, la dijo; pero callando el nombre de la comprometida.

Don César respondió a la confesión con una franca risotada, que desconcertó un poco al hidalgo.

—Yo pensé —dijo—, viéndole como le veía, que era cosa de más empeño. Venga acá el señor triste y aderece con más garbo ese semblante, tan sin razón compungido; eso puede tener tan buena y aun mejor compostura que tuvo vuestro proceso.

—Pues, ¿cómo? —inquirió asombrado don Rodrigo, y continuó—. ¡Ay, mi señor don César, que si acertarais a sacarme de este atolladero, no bastara toda mi vida para agradecéroslo, aunque fuese Dios servido de conservármela mil años!

—Nada de agradecimientos —atajó su reverencia—. Para las ocasiones son los amigos, y ya sabe su merced de qué suerte entiendo yo la buena amistad. Lo que sí necesito es que, sin escrúpulos ni rodeos, como si me hablara de rodillas en el tribunal de la penitencia, me diga el nombre de la dama.

—Advierta que es mujer de rango, muy conocida en la Corte —dijo reacio el de Uceda, a que replicó el otro:

—No receléis, pues no tan solo no perderá, sino que puede que gane más honra de la que tiene perdida.

Dos o tres razones más bastaron para convencer al remiso, y cantó el nombre de la dama de sus pensamientos, pero tan a la par de oído del clérigo, que fue necesario que este se lo hiciera pronunciar de nuevo.

—¡Brava hembra! —exclamó entusiásticamente, así como le oyera—. ¡Buen rejo tiene la bellaca! Bien se ve que es su merced hombre de envidiable suerte y de muy bueno y refinado gusto. Solo quiero que me deje madurar esta noche el problema, y en Dios y en mi ánima fíe, que mañana, antes de partirse, le daré la solución...

Poco más hablaron los bienaventurados, pues como enseguida se oyera en el vecino monasterio de Santo Domingo el Real el toque de ánimas, se alzó el familiarcito, y embozándose hasta los ojos, porque la noche estaba fría, dio por terminada la visita...

## CAPÍTULO XIX

*Que es continuación del anterior.*

Don César entró en la estancia restregándose nerviosamente las manos con muestras de mucho regocijo.

Uceda, que acababa de vestirse en aquel instante, y se disponía a cerrar contra unos torreznillos con huevos, que le servía Martín, le preguntó, después de saludarle muy efusivamente:

—¿Pensó vuesamerced en aquello?

A lo que respondió el curilla, mientras se arrellenaba en un mullido frailero:

—Y, ¿cómo si pensé? Alegre esos ojos, que ya está todo llano, como la palma.

—Pues en lo que me da razón de ella, ayúdeme vuesamerced a hacer penitencia —repuso don Rodrigo, convidándole a la mesa.

—Digo que acepto, y de muy buena gana —respondió don César—. Acabo de decir la misa, y acudía ahora a tomar mi chocolate; pero no quise que fuera antes de despedirle y volverle la tranquilidad al desasosegado espíritu.

Y, arrimando sillas a la mesa, comenzaron ambos con muy buena gana la devoción del estómago.

* * *

—Esa señora de vuesamerced, y por cuya posesión, siquiera sea fraudulenta, le doy dos mil enhorabuenas y cuatro mil parabienes, ¿es aficionada a las lecturas?

—A veces gusta de entretenerse en hojear libros de rimas y de comedias, ahora que no se representan.

—¿Esta es cosa que sabe su marido?

—Parece que sí, y aun creo que algunas veces la tiene reprendida por leer cuanto cae en sus manos, sin saber o no si tiene licencia del ordinario.

—Ahí está el toque precisamente, y en ello va puesta su salvación.

—¿Cómo?

—Oiga.

—Hacedlo presto, padre, que me tiene como a San Lorenzo sobre las parrillas.

—Esta señora de vuesamerced y de su marido puede haber leído algún libro vedado por la Santa Madre Iglesia, y condenado por nuestro rígido Tribunal.

—Eso no sé; pero le advierto que es tan buena cristiana como nosotros.

—Déjeme seguir; no doy por cierto que los lea, sino que es preciso suponer que los ha leído.

—Adelante.

—Dando pues de barato que ha sido así, no ha faltado, bien una criada vengativa, a quien la despidió por sisona, o una dueña escrupulosa, porque no la permitió ir una tarde a la novena, que

la acuse ante el Santo Tribunal; este, muy celoso de su ministerio purificador, manda por la dama, y hasta tanto que se purifica para poder tornar al redil de las ovejas de Cristo, la retiene en su cárcel. ¿Va entendiendo vuesamerced?

—Siga, padre, que hasta ahora no veo ni un rayo de luz; pero su merced es buen piloto y me pondrá delante del mismo sol.

—Y aún puede ser que le cieguen sus rayos. Una vez la señora en esta mansión, y acomodada en estancia tan confortable que esta, junto a la que se le destine, será inmunda mazmorra, no tiene que hacer más que esperar mansa y pacienzudamente a soltar en la tierra el angelico que con tanto placer le habéis metido en el cuerpo. La purificación, prohibiendo en absoluto que nadie la visite (vos no hacéis cuenta), durará todo el tiempo necesario para que Natura haga su oficio. Entretanto, el bueno de don Baltasar de Contreras se desesperará lindamente; pero no tendrá más remedio que conformarse, porque así lo dispuso el Santo Tribunal, y ya es sabido que

*Con la Inquisición,*

*¡chitón!*

Se despidieron como buenos camaradas, y don Rodrigo echó hacia la casa de su martelo, a quien no le costó gran trabajo convencerla del plan preconcebido.

Al pronto, se alborotó la dama, pues ni en burlas le parecía bien entrar puertas adentro de la tétrica mansión de la calle de Corito; pero tales cosas tuvo que decirle y tantas seguridades darle el galán, que al cabo consintió, pareciéndole que era el más seguro medio.

—Y es necesario acudir pronto —dijo cínicamente, mirándose el seno—, porque esto se hincha, y aquel que en ello no tiene arte ni parte parece que viene por la posta.

—Pues cuando venga —le replicó el galán—, estará su mujercita encerrada en la Santa Inquisición, por bachillera y lectora de libros prohibidos por la Santa Madre Iglesia.

—¡Ay, veinticuatrillo de mis ojos!, y cómo vas a dar al diablo la amistad con don Juan de Austria, pues que ella te ha obligado a dejar abandonada a tu mujercita; menos mal que dejaste una pecadora, y te encontrarás una santa.

Algunos más vejámenes dijeron ambos, que iban a dar de lleno en la cabeza del viejo ausente, y Dorotea preguntó que cuándo sería la reclusión, a lo que respondió don Rodrigo:

—Mi amigo es hombre que no acostumbra a dejar las cosas para después, si las puede poner por obra en seguida, de manera que está dispuesta; pero sin hacer prevención alguna a los criados, a fin de que la comedia tenga los más visos posibles de verdad.

Tras esto se desquitaron copiosamente de la abstinencia pasada, y aun tomaron algo a cuenta de la que habría de comenzar, en lo que pasaron toda la mañana, hasta que en la cercana parroquia sonó la hora del Avemaría.

* * *

Caía la tarde; una de esas tardes melancólicas y frías de noviembre; se iba huyendo la luz, y las tinieblas comenzaban a tomar por suya la villa, y al amparo de ellas, malandrines, ladrones y chambergos, que todos son uno y lo mismo, se disponían a dar principio a sus hazañas.

En la puerta de la mansión del insigne jurisconsulto y prestigioso veinticuatro sevillano, paró un coche, en el que no pudo advertir la chismorrera vecindad, porque, a fin de evitar el curioseo de entrometidos mirones, traía las ruedas muy bien forradas de corcho.

De la misteriosa máquina se apearon tres individuos.

Uno de ellos vestía una amplia toga y se tocaba con severo birrete, llevando en la diestra una luenga vara de ébano, con puño y regatón de plata.

Los otros dos usaban ropa alguacilesca, y el uno de ellos sacó del coche una linternilla encendida, asió luego el férreo aldabón y asestó dos furibundos golpes sobre la puerta, que repercutieron tétricamente en toda la calle.

Se abrió el balconcillo de sobre el portón, y una voz chillona preguntó que quién era; pero como advirtiera el coche, no se esperó a la respuesta, y entró diciendo a su señora que allí estaba el amo, con lo que puso notable susto en el ánima de la mal casada.

La misma dueña, ribeteada de alcahueta, bajó a abrir sin recelo alguno, mas como muerta se quedó cuando dio de manos a boca con el Santo Oficio, que la mandó guiar a las habitaciones altas.

Lo hizo con tales temblores, que el otro alguacil tuvo que arrancarle el velón de las manos, pues no acertaba a tenerlo, haciendo tales sombras, que era imposible el andar sin riesgo de tropezar a cada paso.

La comedia se hizo tan bien, que nadie sospechara que era cosa de antemano concertada.

Se llevó a cabo un breve inventario de los libros que allí había, puestos de propósito. El familiar conminó severamente a la lectora de ellos, notificándole que era menester que pasara a dar cuenta de su extravío al Santo Tribunal.

Acató ella la orden con muestras de mucho temor, y pidiendo un velo, que se echó sobre la cara, salió delante de los esbirros, entre la consternación de toda la servidumbre, hasta dar en el coche, el cual partió luego por el mismo camino que trajera...

* * *

—Nada tiene que temer aquí vuesamerced, y cuente que estará como en su casa hasta tanto que Dios sea servido de desembarazarla —le dijo el taimado y desaprensivo familiar, así como la dejó instalada en una amplia sala, que no tenía nada de carcelaria.

Y continuó:

—Muy bien le habrá enterado don Rodrigo de quién soy yo, y sabiendo, aunque me perdone, que todos somos lobos de una misma camada, aquí me tiene para servirla. No recele de que se trasluzca al mundo la verdad. Ni el mismo señor inquisidor general, don Antonio Valladares, creerá otra cosa de que está aquí vuesamerced en rehenes de penitencia. Tampoco le faltará su don Rodrigo, aunque no con la libertad acostumbrada, y muchas tardes haremos aquí tertulia, siendo vuesamerced señora de su estrado...

Y desde el siguiente día, así fue, como prometiera don César.

Ni aun la dueña confidente le faltó, para que no echara menos la costumbre de los gustos habituales.

A media tarde acudía don Rodrigo, que, con el familiar, le hacía compañía hasta comenzar la noche, y después de esto, quedaba tan sosegadamente como pudiera estar en su propia mansión.

## CAPÍTULO XX

*Donde la pájara se dispone a mudar de jaula.*

Pronto tuvo aviso don Baltasar de Contreras de que en su casa había entrado la Inquisición y se había alzado con lo mejor de su hacienda.

La misma noche en que fue la jornada, partió una posta para Barcelona, donde ya se prevenía el confiado viejo para su retorno a la Corte.

No hay para qué decir que, en el mismo punto y hora de recibir el malhadado papel, se le apagaron a Su Excelencia las ansias políticas, y con ellas, el buen servicio de don Juan, y que no pensó ya en otra cosa que en librar a su esposa de lo que él temía una enorme desgracia.

El papel que recibiera no decía la causa del suceso, de modo que sobre la pesadumbre de pensar que su bellísima costilla estaba residenciada por los príncipes de la Iglesia, se alzaba una funesta pira de confusiones.

Y aquel mismo día en que supiera su desgracia, pidió licencia a don Juan (y si este no se la diera, él se la tomara), y partió de Barcelona para Madrid.

Nunca como entonces le pareció que estaban peor cuidados los caminos ni tan mal acondicionadas las casas de postas.

Él, en su intranquilidad y desasosiego, quisiera hacer el viaje en una sola jornada, sin tomar descanso alguno; llegar a las casas de postas y no parar más del tiempo preciso para mudar los tiros y volar otra vez por los caminos reales; pero, aunque viajaba en coche propio, y con pasaporte firmado por el virrey de Cataluña, todo se estrellaba contra sus ansias; el mal tiempo, que trocaba los caminos en canales; la nieve, que cerraba los puertos, y el Gobierno de Madrid, que tenía requisados los caballos de los tiros de postas,

hasta Zaragoza, porque había menester por aquel entonces de comunicación permanente con el reino de Aragón.

En fin, cuando Dios quiso, que no cuando pensó el afligido prócer, llegó a Madrid, que fue a dar en su casa, donde por la servidumbre se enteró de todo.

Como torillo querencioso contra la capa roja, que es quien le burla, apenas llegó se fue a casa de don Rodrigo.

Tuvo que esperar un buen espacio de tiempo, porque aún no había cerrado la noche, y era a tal hora precisamente cuando el galán consolaba con las caricias de sus manos y los besos de su boca la convenida prisión de Dorotea.

* * *

La entrevista fue violenta para don Rodrigo, y dolorosa para don Baltasar.

Aquel dijo que ya había puesto de su parte cuanto pudo, removiendo todas las amistades de valía, pero que nada pudo lograr. Que en el estrado y aposentos de doña Purificación se habían hallado, conforme con la cobarde denuncia, libros prohibidos por la Iglesia y, por ende, el Santo Tribunal no había tenido más remedio que proceder a enclaustrar a quien de esta suerte contravenía sus disposiciones para la salud y sosiego del alma.

—Mas dentro del natural disgusto que le pueda causar a vuesamerced el no tener consigo a su esposa —continuó don Rodrigo—, no le dé más que sentir, porque la causa no es grave de aquellas que traen por cabo ejemplar castigo; este pecadillo se borra, como si jamás hubiese pesado sobre la conciencia, con la purificación. Quiero decir que, con nueve o diez meses de ejercicios espirituales, según penitencia impuesta por el Tribunal, quedará con la pureza que antes solía.

—Sea así en buena hora —exclamaba el afligido viejo—; pero venga a casa, que yo, desde ahora, pongo a Dios por testigo, de que no dejará de mortificarse hasta lograr el estado perfecto para conseguir la divina gracia, cuanto sus jueces estimen necesario.

—Eso pienso yo que fuera muy acertado —arguyó Uceda—; pero parece que no puede ser, porque la expiación ha de cumplirse precisamente dentro del mismo seno del Santo Tribunal, cuando no haya medio de hacerlo en una casa religiosa.

—Yo veré a don Antonio Valladares —atajó el veinticuatro—, y vuesamerced no dejará de ayudarme en mi pretensión, y cuando ni así haya forma de reintegrarla a mi casa, donde yo fío que estaría con todo el rigor de la penitencia, aunque no sea más que por piadoso decoro, menester será procurar que el tiempo señalado lo pase en un monasterio...

Tranquilizó don Rodrigo al atribulado, y prometió servirle de apoyo en sus pretensiones; pero sabiendo que, por su política contraria a la reina y a su Gobierno, no era influyente en la corte, no se le dio cuidado alguno.

* * *

—Si solamente se contenta su merced con que paséis a una casa religiosa, bien puede complacérsele, y aun es más fácil que teneros aquí —decía la siguiente tarde el

familiarcito a su huéspeda—. Aún ha sabido rematar la comedia mejor que yo. Mañana se mirará esto; pero no se piense que por ello ha de veros... No será poco dejarle que os escriba.

—Entonces —repuso el galán—, estas tardes y estos paliques se acabarán.

—¡Oh, pecador, y qué poco se os entiende de la vida monástica! ¿Quién os ha dicho a vos que las señoras monjas sean enemigas de visitas? Dejad la tela en mis manos, que no os pesará.

—Diga, padre —preguntó doña Purificación—. ¿Cuál será la jaula?

—Aunque casi todas las de Madrid son buenas, ninguna otra mejor ni tan acreditada como la de las madres benitas.

—¿El monasterio de San Plácido?

—El mismo. ¿De qué os asombráis?

—Tiene dos historias.

—Muy bellas ambas; la leyenda boba del reloj funeral y la jácara picante y graciosa de las monjas endemoniadas. Soy protector de aquella santa casa y fui gran camarada en sus últimos años de aquel insigne capellán Fray Francisco García Calderón... Cuando estéis instalada allí, y se procurará que sea mañana mismo, os contaré cosas donosísimas de su paternidad y de la hermosa abadesa doña Teresa de Silva.

## CAPÍTULO XXI

*Las ansias de Don Baltasar de Contreras.*

Don Baltasar de Contreras se valió de notables influencias para tener una audiencia con don Antonio Valladares, inquisidor general de estos reinos; mas ya estaban las cosas bien prevenidas por den César, para que el bueno y atribulado viejo machacase en hierro frío.

Al cabo de muchas vueltas y esperas, consiguió verle un día al salir de las Covachuelas de Palacio.

No como quien era el viejo, por su alcurnia y prestigio, sino como hombre sencillo, se le acercó y con mucha humildad le habló de su pretensión.

Valladares le dijo que, aunque aquel no era lugar para tratar de tales asuntos, ya sabía su querella, y que no había medio de volver contra lo que acordó el Tribunal.

—Lo que sí puedo decirle para su sosiego —continuó—, es que la reclusión antes parece premio que castigo, puesto que por las buenas referencias que tengo de su vida anterior, salvo el mal ejemplo de las lecturas prohibidas, he consentido en que, para mayor decoro, se la traslade al monasterio de San Plácido.

—Al menos, señor —se atrevió a implorar el viejo—, permitidme verla, aunque sea al través de las rejas del locutorio. Mire vuecencia que no acertará a estar sin el consuelo de mis palabras.

—Imposible es esto también, amigo mío —respondió el inquisidor—. Vuestra esposa ha de permanecer en clausura hasta que la falta se haya extinguido tan por completo, que no quede en su conciencia ni recuerdo de que fue cometida. Durante este tiempo, oirá continuamente la palabra de Dios y practicará ejercicios piadosos, que purifiquen y fortalezcan su alma. Es absolutamente preciso. El ejemplo tiene que venir de arriba, de nuestra clase. ¿Qué dirían luego las gentes humildes si viesen que en las de alcurnia se alzaba la mano? El desprestigio y la inmoralidad harían su obra destructora y vergonzante. Esto no es cosa más que de un poco de tiempo, al cabo del cual tornará vuesamerced a estrechar a su esposa más pura y digna de lo que fue hasta hace poco...

Y dicho esto, con mucha bondad y persuasiva voz de pastor de almas, que procura el sosiego de sus ovejas, tendió la diestra al lacerado esposo, el cual la besó con toda devoción y respeto, y se metió en el coche que le esperaba en la puerta de la regia mansión.

A buen seguro puede tenerse que el ilustrísimo señor don Antonio Valladares, inquisidor general del reino, hablaba sin doblez ni picardía, bien ajeno de la verdad de aquella causa, que ante él pusieron como cierta y tan leve, que no creyó preciso escuchar a la acusada; dio el visto bueno a lo hecho por la curia inquisidora en compadrazgo con el clérigo libertino, y solo se preocupó algo cuando advirtió que don Baltasar venía recomendado por gente de rango; mas hombre de inflexible autoridad, creyendo noblemente que cumplía con su deber, no consintió un punto en que la sentencia se desvirtuara, con lo que la imperfecta casada, pudo quedarse a parir tranquilamente entre esposas del Señor, que ya sabían, con mucho gusto, lo que era tener hijos del Diablo...

* * *

El infeliz y crédulo marido, como cristiano viejo que cura antes de la salud del ánima que de la del cuerpo, se dedicó también a los ejercicios devotos (no dándosele ya una higa de la política de España) para desagraviar al Señor de la ofensa inferida.

Encargó novenas y trisagios, hizo peregrinaciones a los Santuarios vecinos de la Corte, como son Nuestra Señora de los Ángeles, en Getafe; la Virgen del Val, en Alcalá de Henares, y aun se alongó a la Virgen de la Fuencisla, en la ciudad de Segovia, y la de la Peña, en Talavera de la Reina.

Así estaba con él la clerecía y demás bigardos de la Iglesia que no sabían dónde ponerle y tanto le agasajaban como al propio monarca.

## CAPÍTULO XXII

*Dorotea en el Monasterio de San Plácido y sucinta relación que se hace de cuando el diablo entró en esta santa casa y puso en entredicho al Divino Esposo (con licencia).*

Entre el cuidado y cháchara de las madres, que no eran nada zahareñas ni melindrosas, como parecen las que andan sueltas por el mundo, y las visitas de don Rodrigo y don César (que tenían bula), se redondeaba muy gentilmente la deshonesta *Dorotea*, y cuando estos solaces no tenía, lo pasaba muy bien con la lectura de libros de apacible y descocado entretenimiento, como solían ser (por citar algunos) los *Diálogos de Aretino*, Los *cuentos de la Reina de Navarra* y esos otros de la desaprensiva musa española *El pleito del Manto* y *La Lozana Andaluza*.

A veces las leía en comunidad después de la cena, y gustaban más de ellos las divinas esposas que de los rezos del coro.

*Sus maternidades*, en cambio, la pusieron al corriente de la leyenda ejemplar de la Santa Casa, cuando se les metieron los demonios en los cuerpos y ¡oh portentoso prodigio! al cabo de los días les florecieron ángeles.

Sucintamente la pondremos aquí, sin que sea muy necesaria para el orden y conclusión de esta novela, de la que ya resta poco, como verás amigo lector, por las breves páginas que te quedan a la diestra mano.

Por el respeto que se te debe si tienes creencias, y aun más si eres lectora, intentaré pintártelo en forma que ni te espante ni te escandalice.

* * *

A ocho días del mes de septiembre de 1628, reinando en España la majestad católica de don Felipe IV, acaeció el hecho insólito de que audazmente tomara el demonio por suyo este monasterio de monjas *benitas*.

De muy poco sirvió que las jóvenes y bizarras esposas del Señor que allí moraban, temiéndose alguna mala pasada del compadre *Luzbel*, encismador de la carne frágil y curador del pecado mortal, se previnieran de capellán docto, expuesto en exorcismos y conjuraciones demoniacas, que cuando al rey del Averno le dio la vena, se metió clausura adentro, como dicen que hace Pedro por su casa.

Era la priora desde la fundación reciente del monasterio, doña Teresa de Silva, espléndida y arrogante dama, como de veintiséis años.

Cierto que daba pena el mirarla con tanta hermosura huida de los placeres del mundo y pequeños triunfos de la vida aherrojada en la quietud de un claustro.

El capellán, fray Francisco García Calderón, era quien dirigía la conciencia de la bizarra madre y no tenía más gusto que el de platicar con ella cada tarde y cada mañana un par de horas en el santo tribunal de la penitencia, y aun más tiempo se estuvieran si las otras religiosas no tuvieran necesidad del buen juicio y guía de su paternidad...

Todo en la santa casa marchaba perfectamente para el buen servicio de Dios y alto ejemplo de las gentes devotas.

El rey y la grandeza solían visitar muy a menudo el locutorio, que era un punto menos frecuentado que el de las madres *Calatravas*, cuando un mal día la paz y concordia de la comunidad, se vinieron a tierra como débil fábrica, cruelmente abatida por el horrísono huracán.

El *malo*, entró y tomó aposentamiento en una de las novicias más bizarras...

...Toda la Comunidad, anduvo fuera de tino mirando como poner remedio al maleficio.

El buen capellán se pasaba con la posesa de la mañana a la noche.

Apenas acababa su misa, se subía a la celda de la endemoniada y no salía de ella hasta las fronteras de la noche y tan desmadejado y débil que parecía haber sostenido batalla con dos mil enemigos.

De allí a pocos como las otras habían quedado sin el auxilio espiritual del confesor, se metió callandico otro diablejo, y otro luego, y otro más tarde, hasta que el infierno todo pareció trasladarse al monasterio de la calle del Pez.

La misma priora doña Teresa, tan cabal y de espíritu tan poco propicio a las tentaciones y añagazas del *enemigo* fue tomada por el más audaz y revolvedor de todos los diablos intrusos, a quien llamaba *Peregrino*, y como las piadosas mujeres se hallaban ayunas de la divina gracia, he aquí que con los demonios en el cuerpo, como no eran dueñas del gobierno de su voluntad, se conducían como las más deshonestas daifas de la cortesana villa.

Fray Francisco era para todas, y el hombre, pese a sus buenos propósitos, no era bastante para, sosegarlas.

Exorcizaba todos los días el convento y llegó a tener expuesto el Santísimo en la sala de labor...

Ello fue, que como no hay cosa secreta entre muchos, el extraño suceso traspasó la clausura y salió a la calle.

Treinta mujeres consagradas a Dios y cada una de ellas con un demonio dentro era muy extraordinario para que no llamase la atención de las gentes profanas...

...Esta inejemplar república duró más de tres años, hasta que fue tanto el escándalo, que el Santo Oficio no tuvo más remedio que tomar cartas en el juego, comenzando por encerrar en los calabozos de la Inquisición a la priora y alguna de las más tenazmente poseídas.

Se instruyó, en fin, el correspondiente proceso, y después de muchas actuaciones y providencias recayó sentencia, dos años más tarde, condenando al capellán a reclusión perpetua, privación de oficiar y ejercer ningún cargo, ayuno a pan y agua tres días en la semana y dos disciplinas circulares. Todo esto, después de haberle sometido a cuestión de tormento, para que *cantara en el ansia.*

Cuanto tuvo que sufrir su reverencia fueron penas dulcísimas para los gustosos y sacrílegos delitos que cometió.

Trasladar aquí siquiera parte de sus procedimientos fuera componer un tratado de lujuria tan refinado que malos años para cuantos se han compuesto en el mundo, algunos de los cuales tuvieron su lectura prohibida bajo gravísimas penas.

Milagros y curaciones portentosas hechas por medio de la transmisión del pecado con sus hijas de penitencia.

Ridículas ceremonias en desdoro y menoscabo de la Iglesia de Cristo y quién sabe cuántas atrocidades más...

Andando los años se conoció que el escándalo era demasiado grande para un pueblo tan católico y se le echó (como dicen) tierra encima y retornó la comunidad a la clausura con su hermosísima abadesa.

Se dictó providencia de cómo todo aquello no había sido más que obra de una calumnia infame, y de que las declaraciones prestadas por los acusados fueron arrancadas por la fuerza del dolor en el tormento, y así no había nada de verdad.

Otros diez años más tarde se dictó sentencia absolutoria, y tornó el Monasterio y sus moradores a la tranquilidad y devoción de los primeros días...

Transcurrió el tiempo, y fray Francisco García Calderón y la abadesa doña Teresa de Silva, pasaron el trance de esta efímera a la otra perdurable en olor de santidad...

* * *

Tal es, brevemente referirlo, el prodigio de cuando a las venerables monjas de San Benito se les metieron los demonios en el cuerpo y les salieron ángeles, que algunos se lograron por la gracia de Dios.

## CAPÍTULO XXIII

*Después del parto.*

Pasó el tiempo según es orden natural.

*Dorotea* seguía su curso de madre.

Las monjitas le hacían muy llevadera la voluntaria clausura.

Don César y don Rodrigo no dejaban de hacerle compañía cada tarde hasta las fronteras de la noche.

Una vez más bajó un ángel a visitar a las esposas del Señor.

Todo el convento pasó por la celda de la mal casadilla, que estaba fuera de sí de júbilo con el fruto de su amor.

Era lindo por todo extremo el hijo del pecado y venía al mundo con notables ansias de vivir.

La madre le estrechó contra su seno como si quisiese volverle dentro, ya que no podía llevarle consigo... y acaso fue entonces la primera vez de su vida que lloró por la fuerza de su amor verdadero...

Con el niño en los brazos se quedó dormida...

Cuando despertó se halló sin él.

Le pidió con ansias de madre.

Lloró desesperadamente, pero no le faltó el consuelo de unas palabras suaves que salían bajo las tocas de una monja bonita, que le recordaron que por su bien era aquella ausencia del hijo, pues ya sabía que era forzosa la separación, y que más valía entonces que cuando le hubiese dado su sangre.

Por el niño no pasase pena que le vería a menudo cuando estuviese restituida a su hogar.

Cuando muriese don Baltasar, que por ley de la vida y como estaba muy acabado, no habría de tardarse mucho, ya le tendría consigo. Hasta que se criase allá le tendrían (que no sería él solo) si don Rodrigo no disponía otra cosa.

Acaso andando el tiempo logrará verle con una mitra y siendo inquisidor general, como tantos insignes varones lo fueron en España, que nadie con más méritos para tan venerable y difícil ministerio, ya que abrió los ojos a la vida amparado por el Santo Tribunal.

Conoció la acongojada que aquella monjita hablaba como otra doctora de Ávila, y se enjugó las lágrimas de los ojos, aunque de pronto no pudo las del corazón...

Don Rodrigo le dijo cuando fue aquella tarde que no pasase pena, pues que el hijo era suyo y a su cargo quedaba y él industriaría de suerte que ella le viese con frecuencia.

Procuró su merced resignarse y ofrecer a Dios este sacrificio como penitencia y expiación de la falta cometida.

* * *

De allí a poco tiempo se levantó de la cama y quedó tan lozana y fuerte como antes era.

Cada día se cuidaba muy bien don Rodrigo de fingir al esposo que una prima suya, profesa en San Plácido, le daba buenas noticias de la salud espiritual de doña Purificación, y que en breve tiempo (no siendo Dios servido de disponer otra cosa), la tendría al lado abjurada de sus errores y con cédula especial para entrar en el reino de los cielos, pero él de su parte tendría que hacer voto solemne de castidad durante dos años, a lo que entre dolido y zumbón hubo de responder don Baltasar:

—No hay para que hacer esa promesa, poniendo a Dios por testigo, que años hace, y bien lo sabe ella, que me obligó a hacerlo mi poca salud, y mezquina naturaleza...

Como cristiano también se regocijaba la conciencia estrecha de don Baltasar. Parecía que sobre ella se derramaba un chorro de agua bendita y no pensaba más que en la hora de ser enteramente feliz, teniendo junto a la que pecó por ignorancia.

Él también tendría cuidado con hacerle una admonición cariñosa, para que de allí adelante tuviese buen cuidado al elegir sus lecturas, que no todo cuanto se escribe puede leerse.

## EPÍLOGO

Doña Purificación entró en su casa con los mismos honores que una reina que torna del destierro después de que triunfó su causa.

Una suave palidez tenía su rostro, y le daba casi más belleza.

Don Baltasar dio otra vez en las fiestas religiosas, esta vez en acción de gracias.

Ya podía ir él por la calle con la cabeza alta, desafiando la mirada de las gentes, que antes le esquivaban porque su esposa que tenía la gracia del mundo había perdido la gracia de Dios.

*En Madrid, desde el 7 de septiembre al 5 de noviembre de este año 1918.*

***El alma de Torquemada***

*Breve diario de un inquisidor*

Fue hallado por

Diego San José

# PROEMIO

## El *palacio abandonado.*

Con la notable ayuda de mi mucha devoción y curiosidad por las cosas que fueron, y dejaron honda huella en las páginas de la Historia, he topado a veces con muy peregrinos papeles, que me han dado el gusto de conocer de cerca, poco menos que si los hubiera vivido, a muy insignes gentes y muy curiosos sucedidos.

Fueron en ocasiones cartas íntimas que olvidadas yacían entre los rincones polvorientos de alguna gaveta archivada; otras inéditas páginas literarias que algún ingenio de aquellos que dieron esplendor y prestigio a la era de los Austria, dejó sin entregar a la chismorrería de la Imprenta (gran vocinglera y propagadora de secretos, que apenas deja cosa escondida entre los misterios del pensamiento y la ajena curiosidad), y alguna, por mostrarme de todo, hasta recetas de tocador, que la mano breve de una damisela trasladó al papel desde los labios galantes de algún cortesano de un rey Luis.

Ahora hará poco, visitaba yo cierta vieja ciudad castellana, de estas que resisten gallardamente la cruel acción del tiempo, la femenil banalidad de las costumbres, y se muestra en el alma con la misma reciedumbre y fe que cuando fueron grandes, y quiso la suerte que diera en una casa solitaria que era por entonces espanto de la sosegada urbe, tanto, que el Ayuntamiento, por ahorrar pesadumbre a tos pacíficos vecinos, había pensado nada menos que en demolerla.

Haré aquí una breve relación del vetusto palacio y causas que lo traían tan por la posta a tan desastroso fin.

* * *

Estaba en una calleja de la ciudad, en un barrio que dicen las *Canonjías*, porque parece que, en tiempos más prósperos para la Iglesia, se situaban en aquella parte las moradas de los señores canónigos que vivían en regodeante paz con sus opulentas amas.

El edificio era una admirable construcción de piedra barroca, tallada según las últimas reminiscencias del estilo gótico y primeros suspiros del renacimiento español.

Una absurda y artística amalgama que lo hacía (y hace, puesto que aún se levanta gallardo y triste como un hidalgo dañado en la fortuna) un conjunto muy agradable a los sentidos de la vista y del gusto.

Decían que fue palacio arzobispal en su época primera.

Luego, morada de un embajador de la República de Génova.

Después, aposentamiento del Tribunal del Santo Oficio, desde los postreros años de la centuria decimosexta, hasta el primer tercio de la decimonona, en la que por ocasión de la nunca bien celebrada muerte el señor rey don Fernando VII, despareció para *in eternum* tan bárbara e inmoral institución.

* * *

Cuando di en la vieja y magnífica ciudad castellana, cuna y sepulcro de tantas grandezas, me mostraron lo más notable y curioso de ella

Me pasaron junto a la casa, por pura casualidad, una tarde en que me convidaron a una gira en las márgenes del río.

Pedí razón del vasto edificio, y andando a muy buen paso me dijeron que no me detuviera a su sombra un solo instante, porque estaba endemoniado, que cada noche muy a deshora se sentían extraños y misteriosos ruidos, que ni aun el poder y los conjuros de nuestra Santa Madre la Iglesia habían podido reducir, por lo que más expeditivo y radical el Ayuntamiento (aunque de espíritu era altamente conservador), habían decidido dar en tierra con la prodigiosa fábrica...

Esta aureola de leyenda me hizo entrar en más ansias de conocerla y recorrerla a todo mi talante y regodeo, mas juzgué prudente callar entonces tales deseos y procurármelos yo a solas como bien pudiera.

A la mañana siguiente, sin compañía, me acerqué a ella.

Oficiaba por conserje un zapatero de viejo que había en el zaguán, su destartalado obrador.

Por lo visto, estaba curado de espanto a trasgos y ruidos y otras zarandajas de este jaez que dicen que son patrimonio exclusivo del infierno.

Le prometí una razonable propina, y me permitió él a su vez dar abasto a mi curiosidad, siempre que no me anocheciere dentro, pues a esta hora tenía orden de cerrar la puerta, sin poder consentir demora por un instante más. Recogía las llaves y se marchaba a su vivienda, que desde que comenzaron los ruidos tenía en casa de una hija suya.

Desde la mañana siguiente, pude decir que era dueño absoluto del viejo caserón abandonado, que fue Palacio del Santo Oficio...

* * *

Y no es poco encanto para mí el aposentarme en una casa ancestral, que ya en el tiempo de su primera época fue cosa notable.

Me comienza la fantasía a deshilvanar su caprichosa y luminosa urdimbre, dándole las tonalidades justas que, tanta realidad, no hubieron de haber cuando fueron cosa sucedida, y ya soy por entero esclavo irredento del pasado.

Después de esta devota evocación, comienzo a discurrir cómo el destino fue servido de desarrollar hasta nuestros días la vida insensible del viejo inmueble, y, ciertamente que se me llena el alma de melancolía.

Vean a lo mejor, que hay un notable monasterio que ennoblecieron los siglos y santificó la leyenda (bella hijastra de la Historia), llega el presente en su adecenado prosaísmo y lo exonera, haciendo de él covachuela del Estado, que ya no hay forma ni manera de tornarlo limpio, como poco antes le tuviera el respeto tradicional.

Otras veces es una bella mansión, que fue morada de próceres, fundadores de una estirpe ilustre. Corren los años, va de mano en mano el venerable inmueble, y acaba en ser Gobierno civil, recaudación de Hacienda o cárcel de partido, y aun los hay tan sumamente desgraciados, que, al cabo de una gran brecha de años, acaban siendo otra vez morada de la misma ralea, u oficinas de una archicofradía.

## II

### *El viejo palacio por dentro*

Desmantelado, desconchadas las paredes; sin vidrios las ventanas, y aun algunas sin marco, teniendo señales como de haber sido arrancados de raíz, más que por la saña de manos destructoras, por el ímpetu misterioso y recio del aire en las fuertes noches de ventisca, en las que parece que todos los fueros de la sierra bajan a ser señores de las ciudades durante el imperio augusto de la noche.

Desde el amplio zaguán y el anchuroso patio, que tenía barruntos de plaza de armas, hasta los camaranchones, recorrí todo el edificio con aquella unción y gusto que suelo tener para las cosas viejas (como no sean mujeres), y en todas me salía a recibir la pátina y recuerdo de las páginas vividas.

En muchos de los aposentos, se creería que aún había hálitos de gentes que vistieron sobrevesta, capotillos, basquinas, togas, mucetas y balandranes. Y cruzando ante las rejas de las mazmorras que daban al patio, parecían venir gemidos de cautivas y martirizadas gentes.

En una gran sala del primer piso, aún se estaban triunfantes en un rincón, llenos de cardenillo y suciedad (que eran podredumbre de los siglos), una amplia mesa, con cinco sitiales al margen, un crucifijo de plata, un tintero talavereño, un libro de los Evangelios y un cirio verde, apagado.

Las faldetas del estrado, que fueron del color augusto de la púrpura, todas estaban deshilachadas y raídas; desvaídos los galones y las pasamanerías sin el brillo que tiene la seda cuando está en buen uso.

Entre la santa imagen y el cirio, hilaba una telaraña su complicada vida, como la de una dama devota y pecadora.

En *el libro de las santas fábulas*, había bordado la polilla roedora, caprichosos arabescos alrededor de lo impreso, y lacias, sin color, salían de entre sus páginas unas cintas haraposas que registraban los más notables pasajes.

Muy grande espacio estuve detenido ante aquellos objetos, y a buen seguro que se hubiera necesitado que todo el palacio se derrumbara para lograr sacarme de aquella especie de éxtasis.

En un instante mi imaginación, bien sembrada para toda novelería que traiga brisas del ayer, reconstituyó la vida latente de aquella sala.

En los sillones desvencijados vi los individuos que, en nombre de Dios, juzgaban, con arreglo a sus pasiones, a un hombre indefenso, que poco después, al amparo de aquella religión de Cristo, toda amor y legalidad, había de pasar al olvido y podredumbre de un calabozo, después de ser destrozados bárbaramente sus miembros, o quizás abrasada su carne en el corazón de una hoguera.

Vi al infeliz reo todo trémulo, sin color en el rostro, ni casi palabras en la voz, responder a cuanto le preguntaban y haciendo protestas inocentes, sin curar de pedir otra cosa que misericordia para los delitos que eran servidos de atribuirle.

Oía aquellas palabras crueles que eran la fórmula preparatoria para el tormento:

—Diga la verdad, mire que si se obstina en negar sus errores redundará en su perjuicio, que lo que no quiere confesar al ruego de la Santa Madre Iglesia, lo hará por la fuerza del verdugo.

Y veía llegar a este, apoderarse del infeliz y trasladarse con él (seguidos por el Tribunal, al que se agregaba un médico) a la cámara del tormento.

Por aquí andaba, cuando llegó el compadre conserje, maese de obra prima y hermano de San Crispín, a advertirme de que la hora se acercaba y no había otro remedio sino abandonar el medroso caserón por bien que me hallase en él.

—Si le interesa, como me parece —dijo—, mañana puede volver, y yo le enseñaré algo más que puede maravillarle y aun entretenerle por todo el día hasta esta misma hora, pero más tiempo ya le tengo dicho que, aun contra mi ánimo, no es posible.

Salí, prometiéndole volver a la mañana siguiente, ya que tan amable se me mostraba.

Los pocos que supieron que yo había pasado el día en la casa de los ruidos, me tenían, los unos, por el hombre más valiente del mundo, por cuanto había estado todo un día viviendo en el peligro; los otros, por el más bellaco y pecador, puesto que, sin detrimento de mi persona, hallé recreo en los mismos antros de Satanás, donde padecen las almas en pecado.

* * *

—Esta es la que dicen que era la sala del tormento —me dijo mi guía—. Esos hierros arrumbados eran los que parece que tenían la virtud de dar a un modo la elocuencia de los más impertinentes charlatanes. Aquellas puertecillas cerradas con solo una mirilla a la altura de la cabeza, los *in paces* donde se emparedaba en vida a los perros judíos. Aquella rueda erizada de puntas de cuchillos, donde se ataba a los tardos de expresión. Esas otras garruchas que están en las vigas, las que alzaban hasta sí, con más de un quintal de plomo a los pies, para luego dejarles caer de golpe, en un completo derrumbamiento de vértebras y músculos, a los que eran demasiado tardíos en comprender aquello de que una mujer pueda quedar virgen después de haber parido, y su esposo que no tuvo parte en ello, hecho un hombre de bien y un santo.

Continuó enseñándome fieras y complicadas máquinas para despedazar la carne viva y humana que ponían en fuerte tensión mis nervios y me hacían repudiar a una divinidad omnipotente que consentía en su nombre tan crueles sacrificios. Pero, presto, me consolaba con recordar aquellas sabias palabras de Voltaire: La única disculpa suya es la de que no existe.

Rogué al buen hombre que me sacara de aquel sitio y me condujera al lugar que me prometiera la tarde anterior.

Tomó de nuevo el farol con que nos alumbrábamos, que había dejado sobre uno de aquellos instrumentos de pesadilla que llaman potros, y echamos escaleras arriba.

* * *

Llegamos a una pieza mucho más amplia, sobre aquella que en mi fantasía imaginé sala de Justicia.

Alrededor estaba orlada por fuerte estantería de roble.

Miré y curioseé sus libros, sin hablar palabra con el que me acompañaba, el cual, comprendiendo, por la atención de mi examen, que yo debía de tener entretenimiento para rato, me pidió licencia para retirarse a su quehacer; no hay para qué decir que yo se la concedí con sumo gusto, puesto que de esta manera me dejaba en más libertad de pensamiento y con más reposo de espíritu.

La mayoría eran de la ciencia inútil y soporífera que dicen Teología.

De trecho en trecho, quebraba la monotonía de los volúmenes tal cual legajo raído y polvoriento, que era protocolo de grandes injusticias y crímenes al amparo de la ley de Dios.

En todos revolví y en todos tuve que curiosear a mi gusto, ya que no tenía quien pudiera impedírmelo, y el tiempo lo tenía por entero esclavo de mi voluntad.

Más de dos horas llevaría trastrocándolo todo, sin curar luego por mi afán curioso de ponerlo en orden, cuando acerté a topar con una carpeta de pergamino, por demás atrayente.

En grande letra, de carácter de finales del siglo XVI o principios del XVII, tenía una leyenda que decía:

*Papeles del inquisidor de estos reinos, Padre Torquemada.*

Háganse cuenta si no me temblarían de emoción las manos.

Bien puedo jurar que no acertaba a sostenerlos en ellas.

¡Cuán grata emoción me hacen disfrutar los folios que fueron escritos en edad lejana!

Los repasé millares de veces, y me parecía que volviéndolos y revolviéndolos crecían en interés, que aquellos signos, no muy claros, eran de una diafanidad purísima, que dejaba limpias y a flor de papel las ideas.

En tal palabra, me parecía columbrar un doble sentido, y ante ella me estaba un buen espacio, tornando a leer la oración completa, por ver si descubría el verdadero sentir.

Cuando daba con alguno de aquellos párrafos (que ya el lector amigo tendrá ocasión de encontrarse), en que aparece torcida y aviesa el alma de quien lo escribiere, nuevo detenimiento, pretendiendo ver y comprender al través del pasado, ni más ni menos que si ante mí tuviese al buen ministro de Dios, que tuvo aquellos momentos de franqueza ante unos pleguezuelos de papel que habrían de sobrevivirle.

En verdad que es notable este protocolo de la conciencia. Porque en síntesis no es más que una confesión general, a tiempo que se ve venir a la *Descarnada*, sin que haya forma de esquivarle el paso ni industria para detenerle la marcha.

Las primeras hojas están trazadas con mano firme y segura.

El trazo es claro y casi simétricos los espacios, así de palabras como de líneas.

Sin duda, fueron escritas con mucha diferencia de tiempo de las que forman los capítulos finales.

Hacia la mitad, es más insegura la letra.

Los espacios desiguales.

A veces, una línea acababa en un rasgueado, en un trazo confuso, que solo el buen criterio del que lea puede llegar a descifrar su sentido.

¿Tembló la mano, o fue el espíritu quien tembló a la evocación de la vida pasada? Que esto tengo para mí que me ha de acontecer en quien recuerda párrafos de su vida, cuando la simiente de ellos no tuvo la placidez y justicia que se ha de exigir y debe desear toda alma de bien.

* * *

También allí la polilla había hecho su labor pacienzuda y prodigiosa.

Mas no en la manera tenaz y comedida del libro de los Evangelios.

Aquí picoteó a su gusto.

De muchas líneas borró letras y aun palabras enteras...

Acaso fue una sabia censora.

Se espantó de tantos horrores, hechos y consentidos por un alma humana, amparándose en la justicia, en el amor de Dios y en el mayor celo para la propagación de la fe católica, no siendo ciertamente otra cosa que maldad y aversión de la carne pecadora.

Aun el recio cordón con que estaba cosido se me antojaba tramilla de aquella con que daban tormento a los pulgares.

* * *

Como ya la luz del día me iba faltando, me fui con ellos hacia una ventana y me puse a hojearlos con tanta avidez que las mismas ansias, más que la dificultad de la letra, me hacían fatigosa su lectura...

En esto, desde el reloj de la Catedral, vinieron hasta mis oídos claras y sonoras las campanadas de los cuartos para las siete.

Como al conjuro de ellas, se abrió la puerta de la estancia, y apareció en su dintel el conserje remendón.

Lo que yo hubiera dado por poseer en aquel instante el poderío de Josué para detener en lo alto del cielo el carro del sol...

Viendo aquel hombre mi gran afán por aquellos papeles, y no teniéndolos por de mucha importancia, me convidó a llevármelos, con la promesa de restituirlos al siguiente día. Jamás he agradecido tanto un favor de cuantos me han sido hechos por personas de bien en los días que llevo en el mundo.

Los tomé con mucho amor, y he aquí a la vuelta trasladado lo que hallé en ellos.

# PAPEL I

Bien me estaba yo en mi priorato dominico, descansando y lucio, gozando y placiéndome de la vida, con más regodeo y satisfacción que gozquezuelo a las mansas caricias de Febo, cuando me llegaron nuevas de la corte con el nombramiento de inquisidor.

Ya pueden creerme, así Dios me salve y como nos hemos de morir, que si el cargo me halagaba, no hice mucho por procurarlo, pues conocía de antemano los mil disgustos y pesadumbres que habría de traerme. Además, que, como tengo dicho, era sacarme de la vida muelle y poltrona que hacía en el monasterio, a la agitada y azarosa de los negocios.

Si yo hiciera estas declaraciones en público, o cuando menos las escribiese para que fuesen leídas, harto sé que no se tendrían por sinceras y justas, antes sentidas que pensadas; diríase que era falsa modestia; pero siendo sentados estos folios de mi mano y solo para recreo del propio espíritu, sin pensar que en ojos ajenos puedan dar, no tengo para qué escribir cosas que no sienta.

El año antes habían visitado los Reyes la ciudad en que se asentaba el monasterio, que yo regía con la ayuda de Dios y gracia mía.

Me oyeron predicar contra los herejes y discípulos de Moisés, asunto que al cabo de más de tres siglos resurgía nuevamente con más empuje, si cabe, del que tuvo en sus principios, y me tuvieron por un fervoroso y rudo defensor de la causa.

* * *

Por cierto que esto de hacer cabeza de turco a la raza judaica, siempre nos ha sido muy socorrido en España.

Lo tomo por norma de su encumbramiento, aquella gloria del Santo Tribunal, homónimo mío, el que no tenga duda de que a la hora esta ha de estar sentado a la diestra de Dios Padre, con toda clase de honores y prerrogativas: Fray Pedro Tomás de Torquemada.

Ya, antes, Santo Domingo de Guzmán les dio el correspondiente sartenazo, aunque más de una vez se valiera de ellos.

Luego, corrieron los años hasta cerca de los míos.

Llegó el devoto y tahuresco gobierno del señor rey don Felipe III, y como entonces no había población judaica en España, se emprendió con los moriscos, y en ellos se empleó todo el encono que se hubiera podido en el pueblo que fue elegido de Dios.

Dicen que en edades más remotas, sin que en esto aún tuviera parte el Santo Tribunal, pues que aún no estaba instituido en Castilla, llegó a mostrárseles encono de tal forma, que haciendo relación de las penas que se padecían por varios delitos, constaba que el que matara un judío recibiría premio antes que castigo.

No quiero decir, pues, cuán bien asegurados estarían los tales en nuestra deleitosa y amable compañía.

Yo no hacía sino andar por el camino trazado.

* * *

La reina, dio en mostrar especial gusto en oírme, y durante la brevedad del tiempo que asentaron en la villa, me hizo ir todos los días al palacio donde se albergaban, que era del almirante de Castilla.

Me cobró particular afición.

Cuando estaban sus altezas a punto de continuar su viaje a León, donde pocos días después habrían de congregarse Cortes, me preguntó la Soberana si me gustaría medrar al lado de los grandes y ser persona de viso.

Con toda sinceridad, respondí que, aunque mucho estimaba la merced, más que por la magnitud de ella, por venir de tan alto, tenía seguridad de que mis merecimientos no me autorizaban para tanto, y así rogué que me dejase en la pacífica oscuridad que gozaba en mi aldea, al amor y corregimiento de mis frailecitos simples y de mis monjitas bobas.

Lo de las monjitas ya puede suponerse que no lo dije, pero siendo ciertamente el principal motivo que me convidaba a la vida retirada, no quería que, a este tiempo, que es el de las confesiones conmigo mismo, ni más ni menos que si me contemplase en la tersa y clara superficie de un cristalino arroyo, se me quedase en los algodonas del tintero.

Hizo la reina por convencerme, queriéndome demostrar que hombre de mis luces y mi sólida teología, que tanto entusiasmo mostraba por el esplendor del cristianismo, no era bien que viviese en la oscuridad y sosiego del campo.

Que como todo hombre que vale, no me debía a mí solo, sino que antes estaban mi Dios, mi Patria y mis reyes, si por acaso tuvieran necesidad de mí.

Ante tales consideraciones, no tuve más remedio que responder que yo no era más que humildísimo siervo de Sus Majestades y que allí estaba para lo que fuesen servidos.

* * *

El Rey era menos vehemente que la Reina.

Tenía más trastienda, como se dice de quien deja más escondido en los suburbios y desmanes de su alma, que al ras de su carácter.

Uno de los días en que la soberana volvió conmigo sobre su tema, como yo hiciese nuevos ruegos para que me dejase en mi propio elemento, le replicó el Rey:

—Déjale si no quiere, que más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena; por otra parte, doctores tiene la Santa Madre Iglesia que no han de negarnos el apoyo de sus servicios.

Y tras esto se marchó, sin que en su gesto ni en sus palabras se advirtiese otra cosa que indiferencia.

Sin duda que la Reina debió de tomarlo al pie de la letra, y de allí adelante no me dijo palabra más de este pleito.

La oí en confesión como otras tardes, y apenas fue acabado el piadoso menester, abandoné el palacio.

Entonces sí que hubiera dicho *acepto*, aunque no fuera más que por la negra honrilla de hacerle entender al monarca que hombres como yo, para el pleito que estaba sobre la mesa, no había tantos en España que se pudieran andar escogiendo como cerezas en plato.

Al otro día partió la Corte, y yo torné a la paz habitual de mis frailecicos simples y mis monjitas bobas.

## PAPEL II

Nunca acabaré de maldecir aquella hora en que se le ocurrió a la Reina el arrancarme de la mansedumbre de la aldea al bullicio cortesano.

Ha sido mi desventura, y recelo que tiene que ser mi muerte, desde la cual tengo entendido que pasaré al cielo sin detenerme en parte alguna; que el Purgatorio para mí y por la culpa de un ángel, es la Tierra.

Ahora, hará diez años, recibí una mañana una acusación secreta contra un mercader judío de esta plaza, al que dicen Jacob.

Me aseguraban en ella que aunque el tal, que era poderoso como un sultán de la Persia, había renegado de su religión y acogido a la nuestra, no era de este modo, ya que en la intimidad de los suyos continuaba observando los ritos judaicos, y que si había hecho bojiganga de conversión, solamente fue por salvar su pingüe fortuna.

Estimaba yo, sin tratarle, al israelita, porque siempre que pasaba por el zoco, al cruzar ante su tienda, salía a saludarme con señales de mucho agrado y respeto.

La acusación me dolió un poco, y traté de averiguar disimuladamente y por mí lo que pudiera haber de cierto.

Reflexionaba al mismo tiempo el gran provecho que de esta causa podría sacarse para el tesoro de la Iglesia, pues, probado el crimen, una de las penas que había de sufrir el criminal, y como primera providencia, sería la confiscación de los bienes, los cuales quedaban en favor de nuestra santa religión.

* * *

Hice propósito de indagar por mí mismo sin aventurarme aún a dar parte al Santo Oficio.

Esperé la noche, después de la *queda*, y así como toda la ciudad estuvo envuelta en las tinieblas, salí a espiar la casa del poderoso levita.

Un buen espacio anduve husmeando por sus alrededores, a la caza de ver entrar o salir gente sospechosa de la que, al decir del delator, acudía a observar secretamente sus creencias renunciadas en público.

Ya pensaba en retirarme, cuando al tomar una calleja por donde la casa daba vuelta, observé la luz que partía de un aposento bajo y llegó a mis oídos un leve rumor de charla.

Intensamente, cuanto podía, agucé el oído, aguanté la respiración y avancé en la oscuridad.

Eran dos enamorados que tejían el hilo de su querer; tan ensimismados estaban, que ni siquiera repararon en que su ventura tenía un testigo escondido.

Me agazapé en el hueco de una puertecilla próxima y desde allí oí a mi gusto y vi mucho más de lo que me convenía.

A los breves reflejos de una mortecina lámpara se pingaban mal las facciones de los enamorados, y por Dios que eran magníficas, como las de la luna blanca por el enero, que es cuando la frialdad de la nieve serrana le presta más blancura.

Su charla, como la que tienen por obligada y deliciosa costumbre cuantos padecen tormentos de amor, era un continuo y tiroteado juego de promesas y madrigales.

Mi alma, amasada por todas las pasiones y todos los pecados capitales que son ardor de la sangre y tormento del cuerpo, no había sentido hasta entonces reflejar la llama del amor porque siempre acertó a apagarla el diablo de la Lujuria.

Y aquella noche se conmovió por primera vez a las tiranías de Cupido.

Fue acicate el suave encanto de aquella voz femenina.

Bien puedo decir que no hay manera ni forma humana de describirla no teniendo en el corazón todo el fuego amatorio de Santa Teresa de Jesús, y en la pluma la infinita dulzura de San Juan de la Cruz.

Ni el agua que corre cantarina en las soñadoras fuentes de Granada, ni el suave murmullo de los regatos escondidos, ni el eco lejano que en un arpa tuviera su nacimiento podían con ella compararse...

Tal impresión me hizo, que yo que nunca me las di de poeta, ni supe a ciencia cierta qué cosa fuese poesía, compuse a aquella deleitosa emoción un soneto no muy desalmado.

Mucho siento el no recordarlo, que de hacerlo aquí lo pusiera... pero basta con que se me quede dormido entre los pocos aromas gratos que tienen asiento en mi atormentado corazón.

* * *

Quedó cortada la ofrenda de amor y como epílogo hablaron de esta manera:

—Idos ya, que son más de las once, y mi padre no tardará en acabar los oficios.

—¿Pero aún anda en eso? Advertidle que es peligroso; pues las paredes oyen y ve el aire. Mire que tal puede irle, que camine no a menos que a su infortunio.

—¿Qué queréis, amigo? ¿Cómo podremos los limpios de corazón, los elegidos del Señor, abandonar enteramente nuestras creencias, que son el sustento y la sangre el alma? Vos mismo ¿habréis dejado esta noche de sábado de hacer vuestras devociones y rogar por aquellos que en su ara pierden la vida?

—No, pero yo lo hago en la soledad del campo y en el misterio de una cueva escondida en la que no hay recelo humano, y vuestro padre lo hace a sabiendas de algunos criados y aun de israelitas que tiene por tan fieles como él. Mirad Sobeya de mi alma que le persuadáis de que, por esos derroteros, va resbalando muy peligrosamente.

—Qué poco egoístas sois y cuán poco me queréis. ¿Pues si por ellos no fuera, cómo podríamos pasar estas dulces horas, que son para mí las mejores y más felices de mi vida?

—Lo echasteis por esos derroteros, y no hay ya forma de seguir adelante.

—¿Lo veis?

—Rece el buen Jacob hasta que el alba ría, si todas las constelaciones del cielo brillan cada noche en la ventana de su casa que da a la calle del Cristo.

—Vos sois quien debe callar.

—¿Por qué?

—Porque, si es cierto que las paredes oyen y el aire ve, con más motivo podrán decirse que oyen las rejas y puertas cercanas. Y ven las estrellas.

—¿Quién podrá a estas horas?

—Hablemos solo de nuestro amor, que no es cosa transcendental ni que pueda traernos por cabo desgracia alguna.

—Pues si hemos forzosamente de volver sobre el tema de nuestro cariño, os diré...

—No digáis más por hoy, que no os escucharé palabra. Dejad que quede algo para mañana, y tened más cuenta con venir temprano.

—¿Pues hoy no vine?

—Lo menos os habéis retrasado minuto y medio.

* * *

Al fin, tras decirse no sé cuántas vidas, almas y corazones suyos, se apartaron.

En aquel instante, la luz de la lámpara dio de lleno en el rostro de la muchacha, y acusó con toda firmeza el más peregrino rostro de mujer que puede soñarse.

## PAPEL III

Amaneció el siguiente día.

La primera providencia que hallé justa de prevenir en aquel asunto fue indagar quién fuese el galán de la hermosa hebrea y ponerle a buen recaudo en las mazmorras del Santo Tribunal.

Por lo pronto no quise verle.

Me bastaba con tenerle alejado de ella donde en mucho tiempo y quizás en todos los días de su vida habría de volver a verla.

La obsesión mía no era otra que la de aprovecharme, si no del amor, de los encantos de la hermosa Sobeya. La irreligiosidad suya no me preocupaba cosa mayor.

El demonio de la lujuria es y ha sido siempre el mayor y más acerado acicate de mis pasiones.

No cerró la noche sin que Jacob ocupase una de las más oscuras mazmorras inquisitoriales.

En tanto que el viejo se desesperaba en su prisión, yo me avistaba con su hija y procuraba convencerla de que en su mano estaba el destino de su padre y la salvación del que eligiera por marido.

Era la moza de las fuertes y bravas de su raza, que saben mantener fueros y privilegios de hembra, aun en las fronteras de la misma muerte, y, desde luego que, aun queriendo como quería a su padre y adoraba a su galán, a costa de su honra no había de lograr ninguno de ambos la libertad que les ofrecía.

Haciéndome juramento de ello, comenzó a dar tantas voces y a alborotar la casa de tal manera, que no tuve otro medio que trasladarla también a la cárcel, aunque lugar más cómodo del que ocupaban los tesoros de su corazón le tenía prevenido.

* * *

Pruebas ciertas no había para condenar a Jacob, que era lo que yo pretendía, para apuntar a su hija definitivamente a mi cuenta, y así pretendí acumularlas en breve plazo.

Medios no habrían de faltarme.

Me obligaba a ello el apellido.

Torquemada es, y ya se sabe que en tiempo no lejano dio gloria y esplendor al Santo Tribunal.

Mandé, pues, abrir proceso, primeramente, contra el galán de Sobeya, por ser a quien yo escuchara aquellas ausencias que hiciera del padre de su dama.

Le dije, como quien no podía mentir, por ser ministro del Señor y poseer la divina gracia, que le había delatado, y que, puesto que todo se sabía, declarara de por sí, y con ello le pararía menos perjuicio y daño.

Protestaba el hombre de que nada había dicho y no le era posible hacer declaración de ninguna suerte, porque nada sabía.

No esperé a más, porque todas mis intenciones estaban en quitarle de en medio, y luego le hice pasar a la sala de tormento, donde le reduje al suplicio del agua y vueltas de cordel.

Aun así, era grande su entereza, y no conseguí que hiciese manifestación alguna explícita y concreta, pero sí logré dejarle tan quebrantado, que no fue mucho que no estuviera en aquella hora la postrera de su vida.

* * *

*Va a continuación copia del acta de tormento, que dice a la letra:*

«En la ciudad de Segovia, a 21 de julio de 1612,

Estando el señor doctor Juan de Torquemada en su audiencia, mandó traer ante sí al mercader Ismael de Urbina, el cual se ratificó y sostuvo en la negación de anteriores declaraciones, por lo cual su señoría le mandó llamar a la cámara de tormento.

Fue luego desnudo en camisa y puesto de espaldas en la escalera del tormento, y por Pedro de Porras, pregonero, fue atado de brazos y piernas con unos cordeles de cáñamo, teniendo en cada uno de dichos miembros once vueltas.

Estándole atando, fue muchas veces amonestado a que diga la verdad, el cual dijo que, en lo ya dicho de no haber dicho cosa alguna, ni contra la fe católica, ni contra el mercader Jacob de que le acusaban.

Viendo que no había forma de reducirle, le fue puesto un paño de lino delgado sobre la cara, y con un jarro de barro que cabía hasta una azumbre, horadado por el suelo, le fue echada agua por boca y narices por más de un cuartillo, y dado asimismo otro garrote en la pierna derecha, todavía dijo que no había dicho cosa ninguna de la que se le acusaba.

Y luego, su señoría dijo que daba el dicho tormento por *comenzado y no por acabado*, y le mandó quitar del tormento...».

*En que se da cuenta detallada de cómo era el dicho tormento, llamado de la escalera o burro.*

El llamado *escalera* o *burro* es una máquina de dolor en forma de canal, sin tabla por debajo, capaz para recibir en medio el cuerpo de un hombre.

Solo tiene un palo atravesado, sobre el que dan las costillas, siendo agudísimos los dolores por la violencia de la postura.

Los pies quedan en posición más alta que la cabeza, resultando así una respiración dificultosa y aflictiva.

Se añade a ello, por si aún fuera poco, las vueltas de los cordeles alrededor de brazos y pies, con tanta fuerza oprimidos, que se meten por las laceradas carnes hasta llegar al hueso.

Esto sin forzar la presión hasta el garrote, sino blandamente y como prólogo de este otro suplicio.

El agua propinada al reo es también bastante para matar por sí misma, sin necesidad de médico, como muchas veces ha sucedido, porque estando la boca en difícil postura para respirar, se añade el introducirle hasta la garganta el pañuelo de lino delgado, sobre el que va cayendo el líquido con tanta lentitud, que un cuartillo suele tardar una hora, pero sin interrupción, de manera que el declarante no pueda respirar...

Como igual inmisión recibe por los conductos nasales, se imposibilita aún más la función respiratoria, lo que hace que, la mayoría de las veces, al retirar el pañuelo, acabado el tormento, se sacaba lleno de sangre por haber ya producido quebranto los pulmones.

## PAPEL IV

No hubo medio de reducir la entereza de la casta Sobeya, ni aun sabiendo por mí los crueles padecimientos a que sus más queridos seres estaban sujetos, de resultas de los cuales murió el padre, sin llegar a bailar la zarabanda en la cruz del quemadero.

En cuanto al bueno de Urbina, tampoco tuvo agallas para sufrir más de otras cuatro veces la cámara del tormento, ni para mantener en el secreto lo que sabía de la falsa conversión de Jacob. Pero cuando el dolor le abrió las fuentes de la elocuencia y habló para un año, ya era tarde, porque el viejo había muerto, cosa que no impidió el que su cadáver fuese sacado a la vergüenza, quemado y aventadas las cenizas.

Mandé bajar a Ismael a la cámara, ya muy débil y quebrantado por anteriores suplicios, con la sana y piadosa intención de que aquel fuese el postrero.

De no ser yo quien era y tener de continuo ocupado el pensamiento en el amor de Sobeya, me habría dado compasión.

Tal estaba de estropeado y descaecido, que le tuvieron que traer en brazos dos alguaciles.

Apenas entró, se le acercó el verdugo, y después de las fórmulas de rúbrica, a las cuales no respondió sino con súplicas y sollozos de que no le hiciera padecer más, pues ya él diría (sin ser necesario que le forzaran con tan ásperos argumentos), cuanto se quisiese, a puros empellones quiso meterle en el torno.

Mas tanto puede el apego a la vida, que aquel hombre que parecía no tener ánimos para alzar del suelo la poquedad de una pluma, viéndose como se veía tan al borde de un nuevo suplido, sacó fuerzas de no se sabe dónde, que del cuerpo imposible parecía, y se aprestó a la defensa con tan grande pujanza y sin igual denuedo, que tanto no fuera creíble esperar de un recio jayán.

De un hábil movimiento, se libró de las expertas y pesadas manos de maese Pedro, y dando un fuerte manotón, derribó por el suelo a los ayudantes, ni más ni menos que si fuesen un pelele de los que hacen los muchachos por carnestolendas.

Rehecho el *ejecutor de altas obras* de aquel desmán que no esperaba, se fue hecho una hiena hacia Ismaelico, el cual le recibió con tan fuerte puntapié en la boca del estómago, que nuevamente fue el hombre rodando por el suelo.

Retrocediendo hasta la pared, toparon sus manos con un hierro que valía por atizador de las ascuas del brasero cuando había pies tostados, y con él en la mano tuvo a todos a raya.

Al fin, lograron los sayones volver a su ser, y todos, que eran hasta cuatro, se fueron a él, pensando que por el número habrían de reducirle.

No pienso que en la persecución y acorralamiento de una fiera dañina se luchase con más saña.

Al fin, uno de ellos, más diestro, asió una cuerda, y lanzándola con fuerza, logró echársela al cuello, tirando luego de él con tanta fuerza, que a poco más ahorra de toda diligencia, porque corrió peligro de ahorcarle.

Como le vieron caído e inmóvil, que ya no había peligro en acercársele, se acercaron como energúmenos, y tal le maltrataron, que nos fue preciso a los del Tribunal imponer enérgicamente nuestro respeto para que le dejaran.

Le levantaron, en fin, todo hecho un andrajo y sudoroso, y ya verdaderamente sin fuerzas para valerse por más crueldades que rehusara, se dejó llevar al suplicio.

La poca ropa que llevaba fue arrancada con tanta saña, que más parecía que le arrancaban la piel de sobre los hombros.

Le tomaron después los sayones, y a puñados, como si fuera un fardo sin vida, le embutieron en la máquina desencajadora de huesos y ligamentos.

*Cómo era el tormento del torno.*

Consiste en una recia caja de madera, en forma y tipo de ataúd, puesta sobre dos bancos, que alzan del suelo a la altura como de tres pies, poco más o menos.

Una vez desnudo el reo, se tiende dentro de ella fuertemente sujeto de pies y manos.

Dos tablas tiene cada uno de los costados de la caja.

Se une la exterior con la de los dos extremos, y otra inferior a todo lo largo de aquella.

Puesto el que ha de ser torturado, como queda dicho, unos tornillos ponen las plataformillas en movimiento, cogiendo en medio al paciente, que es comprimido y estrujado cuanto se ha menester.

A fin de que no pueda esquivar el cuerpo hacia arriba, sorteando la tortura, hay una tapa de hierro con una reja toda erizada de aceradas puntas.

* * *

Cuando el médico ordenó que cesara el tormento de Ismael, por entender que no podía sufrirlo un instante más, solo pudo sacarse un guiñapo de carne sanguinolenta, que fue a ser pasto de los gusanos en el muladar de la cárcel.

* * *

En cuanto a Sobeya, hembra fiera, irreductible, de más alma y valor que aquellos dos desdichados, tal me vejó una tarde que la visité a solas, pensando que ya estaba próximo el feliz logro de mis deseos, que, viendo que no podía ser para mí, determiné también borrarla del mundo de los vivos.

## PAPEL V

Tal me llenó de furor aquel desmán, que salí presto del calabozo.

Entré en secretaría y ordené que para la mañana siguiente era necesario someter a la reo a un nuevo interrogatorio, del que esperaba el inmediato fin de la causa.

Todo el Tribunal era hechura mía, por lo que estaba dispuesto a mostrarse en todo conforme con mi manera de proceder.

* * *

Como hasta entonces no había sufrido otros rigores físicos que la incomodidad de la prisión y el tormento del hambre (pues se negó en absoluto por más de dos días a comer la mala bazofia que se sirve a los presos), aún estaba entera y mostraba arrestos.

Estaba intensamente pálida, y aquel desvaído color contrastaba bellamente con la intensa negrura de su pelo (tan negro, que a la tétrica luz de los cirios despedía acerados reflejos), y el brillo singular de sus grandes ojos.

Se diría que en ellos estaba reconcentrada toda su vida.

Los latidos de su corazón, el fuego de sus pasiones mancilladas y deshechas, y todo el volcán de su odio contra los perseguidores de su raza, y principalmente contra mí.

Ante aquella mujer me sentía empequeñecido.

Hubiera dado como una gota de sangre toda la de mis venas porque una sola de aquellas iluminantes miradas hubiera sido para mí.

Porque aquel jadear de fiera herida se hubiera trocado en una palabra en la que fuera mi nombre. Una protesta de mi crueldad. Un insulto, algo absoluto para mí.

Pero ni los ojos se paraban en mi persona, ni acaso el pensamiento, por no mancharlo con mi contacto, aun siendo yo solo la causa de toda su desventura.

Las manos se apretaban iracundas, desesperadas, sobre la haraposa falda.

Eran ellas finas y marfileñas.

Manos señoriles de princesa. Hechas para deshojar rosas, como aquellas privilegiadas que a su contacto tornaban las flores en pan y eran manantial de bendiciones y dádivas.

¡Con cuánta pasión, con cuánto deleite las hubiera besado! En cada beso hubiera puesto un pedazo de mi alma...

Se le preguntó lo de rigor, que no era sino que declarase la falsedad de su conversión y los ritos que su padre acostumbraba a celebrar en su casa, y ella se mantuvo en un despreciativo silencio.

Hice una seña, y el verdugo se apoderó de ella.

* * *

Era entonces, y continúa siendo, humanitaria por costumbre, por gracia al sexo, no desnudar a las mujeres para atormentarlas; pero yo, que tan lleno estaba ahora de odio y venganza, como poco antes estuve de amor, aún quise hacerle sufrir la vejación del impudor.

A una señal mía, el verdugo y los ayudantes la despojaron rudamente de las raídas vestiduras, por donde ya comenzaba a dejarse ver la apetecible carne morena, que fue acicate de mi lujuria.

Como la vi desnuda y aún hermosa, a pesar de sus muchos sufrimientos, descendí del estrado y me acerqué como para amonestarla que declarase.

Llegué, y con muestras fingidas de mucha conmiseración y paternal afecto, le dije:

—Mira, hija, que por bien tuyo y comodidad de tu persona, que no merece, no ya la aspereza de los cordeles, pero ni las caricas del aire, te pido que digas solo aquella dulce palabra que no tiene más de dos letras, y cuando esto, por ahora, no quisieres, que declares los crímenes que contra Dios cometía tu padre, que nadie como yo puede absolverte de ellos.

Y en tanto que la hablaba, le tenía apoyada la diestra en el hombro, que lentamente iba deslizando por la gloriosa loma del pecho.

De pronto rugió en ella la braveza, y alzando iracunda la mano, la dejó caer de lleno en toda mi faz, tanto, que me bañó la boca en sangre. Su iracundia rugía de esta suerte:

—¡Atrás, ladrón de almas, azote de la Humanidad, escorpión del infierno, sangre de víbora! ¡Te vean mis ojos asaltado por todas las lacerias y podredumbres de la tierra! Lleno de lepra, comido del carbunco, con hambre y sed de ocho días, y por todo consuelo las ardientes arenas del Desierto.

Te dé el cielo hijos que te sean muy queridos, y cuando más amor les tengas y en esto esté cifrado el consuelo de tu vejez y el sosiego de tu vida, te los mate de mala muerte tu mayor enemigo.

Que por donde pases lleves la maldición, el asolamiento y la peste, para que donde quiera que poses la planta salga una piedra que te lacere las carnes.

Que aun el sacrificio de la misa en holocausto de tu Dios, si tú le presenciases, se torne en mofa y risión de tu fe.

¡Que en la hora de la muerte no tengas cerca un alma hermana que te consuele, ni después de muerto una mano amiga que te cierre los ojos!

¡Que no se levante oración sobre tu cuerpo!

¡Que no caiga una lágrima sobre tu recuerdo, ni crezca una flor sobre tu sepultura, y sapos y lagartos merodeen sobre ti, y tu carroña infecta sirva de abono a los muladares y de alimento a las aves de rapiña!

¡Que no brille el sol donde yazga, sino que allí tengan su lecho las tinieblas que se juntaron en el Gólgota!

¡Atrás, bellaco, hijo de una perra cristiana y de todos los forzados que bogan en la mar! ¡Atrás, basilisco del infierno, gusano asqueroso de tu iglesia! ¡Maldito seas y malditos contigo, alcanzando mi maldición a todas sus generaciones venideras, cuantos en nombre de un Dios cruel siembran la sangre y el terror! Y ¿son estos los medios que empleáis como anzuelos para lograr almas? ¿Qué Dios es el vuestro, que, llamándose padre y redentor del género humano, consiente tales infamias sin fulminar su ira sobre vuestras cabezas criminales?

La mano fuerte del verdugo tapó tan fecundo y bello manantial de blasfemias, y, cuando la apartó, aquel rostro, hasta entonces tan bravíamente hermoso, no era más que una mancha de sangre.

Los otros esbirros la empujaron a la rueda, y brutalmente ataron su cuerpo al aro erizado de afiladas púas.

La férrea máquina comenzó a dar vertiginosas vueltas de pies a cabeza, y el loco torbellino duró casi una hora...

## PAPEL VI

Como es en los años finales de mi vida cuando pergeño estas líneas, quiero en ellas, a manera de descargo de mis culpas, dejar asentados los más graves capítulos que viví durante mi cargo inquisitorial.

Retirado hoy en este escondido monasterio, que está a la sombra de la ciudad de Segovia, me consagro solo al estudio y a hacer examen de conciencia de cuantas bellacadas cometí, amparado en el poder de mi ministerio, que me ponía bien a cubierto de la verdadera justicia.

* * *

Allá por el primer tercio de este siglo sostenía yo un pleito con un vecino de mi mismo lugar sobre unas tierras lindantes con una huerta mía.

Fue el caso que se me antojó ir a la aldea por aquel verano, a fin de presenciar y dirigir las faenas de la recolección, que en ello esperaba dar algún distraimiento a mi espíritu, de continuo atareado durante el año con los menesteres de mi odioso e ingrato ministerio.

Recorriendo mi patrimonio una tarde, di en pensar que, añadiendo las dichas tierras del vecino, quedaría mi posesión por la mejor de toda la comarca, y determiné entablar negociaciones para adquirirlas.

Traté con el dueño, que era un rico labrador, y no llegamos a un acuerdo, porque no estando en su ánimo, ni haciéndole falta deshacerse de aquella hermosa propiedad, a fin de hacerme desistir cortésmente de mi empeño me pidió por ella una suma muy crecida, que subía mucho sobre el justo y verdadero valer de la heredad.

Discutimos y no hubo forma de hacerle ceder.

Yo, herido en mi amor propio, puse más enconado ahínco que nunca en mi pertinacia, decidido a hacerla realidad.

Tomé por pretexto que la finca de mi vecino se metía en la mía unas cuantas aranzadas, y en ello cimenté la base de querella.

Pero hete aquí que la causa vino a dar en manos de un magistrado íntegro y celoso de su ministerio, que me probó sucintamente cómo yo no tenía razón; a pesar de mi notoria influencia, se puso abiertamente de parte de la justicia, y se negó a firmar el fallo condenatorio que yo hiciera recaer contra aquel hombre.

Comprendí que no me quedaba otro recurso que conformarme y dar el pleito por perdido, aguardando ocasión (que nunca me faltaría) para tomar dura venganza de ambos.

* * *

No pasó mucho tiempo sin que se me presentara ocasión de hacerlo con el ministro de la ley.

No fue necesario más que hurgar en su ascendencia para encontrarle ciertas vetas de judaísmo, tan leves, que, como dicen, no las olfateara el más fino podenco; pero ello era para mí más que bastante, y le empapelé tan lindamente, que no acertarían a desempapelarle todos los Tribunales del mundo.

Cuando menos lo esperaba fue preso, y por vía de primera diligencia, confiscado de todos sus bienes y privado de sus cargos.

Como la fortuna era grande, aún hubo de quedarme el Tribunal más que agradecido.

Más de dos años le tuvo encerrado antes de verse la causa, y cuando llegó el momento, no consentí en que se pasara sin su poco de tormento.

* * *

Él hacía protesta de limpieza de sangre.

Yo busqué testigos que pudieran serle de mucho cargo, y al fin declaró, mediante las suaves instigaciones del verdugo, para enterrarse de por vida en un húmedo calabozo, padeciendo uno de los suplicios más lentos y terribles que son uso en la institución: el que llaman la cabeza de hierro.

*Como es el suplicio de la cabeza de hierro.*

Se pone al reo en el calabozo más lóbrego, en el que no haya resquicio alguno por donde entre un rayo de luz.

Se le sienta sobre un poste de piedra, al que le atan y sujetan fuertemente de pies y manos.

De esta suerte, se le coloca un casco de hierro, que le baja hasta los hombros, se le ajusta herméticamente, de modo que la cabeza queda encerrada, sin más que dos agujeros a la altura de los ojos, y otro más bajo hacia la parte de la boca.

El carcelero ha de hacer la cruel caridad de alargarle la vida, dándole la comida por su mano, pues las ligaduras no han de desatársele sino una vez en el día, el tiempo justamente necesario para que satisfaga sus necesidades corporales.

Y de esta manera tiene que permanecer hasta que el Señor sea servido de compadecerse de él y llamarle a su seno...

* * *

Al llegar a esta parte del manuscrito, advierte que falta buen golpe de folios, que, sin duda, habían de contener episodios muy sustanciosos, que serían valiosos párrafos que añadir a lo que pudiéramos llamar historia anecdótica o particular de la Inquisición española.

En lo que antecede ya se ve qué casta de pájaros solía ser esta buena gente que regía los destinos de la Iglesia a sangre y fuego.

* * *

Después de unos cuantos folios más en que hay notas casi ilegibles, que, al parecer, no son más que apuntes particularísimos de su diario, siguen hasta tres o cuatro más, en los que aún da muy vagamente alguna cuenta de su vivir.

Ya no escribió sobre cada uno, como antes, Papel número tantos, ni otra palabra alguna; se contentó con trazar una breve cruz, como advertencia cristiana de ser persona eclesiástica quien escribía.

Por cierto que es curiosa costumbre esta de la crucifixión de cuanto escriben en las personas creyentes.

Bajo aquel signo de redención, parece que han de cobijarse solo la humildad y el amor al prójimo, cuando no únicamente el producto de la meditación sobre las cosas espirituales que están fuera del alcance de míseras y mundanas preocupaciones, y cuántas veces, bajo aquella señal, están las palabras ardientes y naturales que una devota malcasada dirige a su querido.

Otras veces es una sarta de vejámenes y diatribas que un caballero muy cristiano lanza a otro que quizá no lo sea tanto.

Y no pocas, a la sombra de tan reverenciada enseña, se pone relación de la ropa sucia, la cuenta de la plaza y las veces que se respondió a mamá natura cuando dio en llamar reciamente en las puertas de la vida, que no dejan de ser postigos del pecado mortal.

Pero volvamos, lector, si me das licencia, al breviario de este bienaventurado, que acaso a este tiempo esté como un patriarca a la diestra de Dios Padre.

Ya queda poco.

†

Esto de ser el Santo Tribunal una institución piadosa en la apariencia, pues que él de por sí no lleva a efecto la ejecución de sus reos, sino que los entrega a la justicia ordinaria, con la sentencia que han de cumplir, no sin recomendar siempre la piedad cristiana y recordar que tan solo Dios, que nos creó, tiene derecho para disponer de nuestras vidas, nos da a los ministros cierta aureola como de sabios doctores que conservan la pureza y perfección del alma.

Ahora, ya por mi mucha edad, vivo en este santo monasterio, retirado en absoluto de la vida activa y consagrado solamente a la revisión de libros, que ninguno ha de publicarse en Castilla sin llevar mi consentimiento.

Si vale hablarse uno para sí, con toda sinceridad, quiero decir, dialogar con su conciencia y escucharla atentamente, antes hice mal a la Humanidad; ahora se lo hago a las Letras.

Todas las tardes acuden a mi celda graves hidalgos y notables varones, que con el entretenimiento de su charla consiguen desvanecerme las pesadillas que me acucian en cuanto estoy solo, las cuales son todas de gente a quien procuré su desventura y perdimiento.

No dejan de asistirme un solo día Sobeya, la hebrea; su padre e Ismael.

Ella trae la misma trágica estampa que cuando la desataron de la rueda: el rostro negro por obra de la sangre agolpada en él, y los miembros deshechos por las puntas de los cuchillos...

Esta tarde, que ya es de las plácidas y bellas, como de fines de abril, he salido un poco a pasear con los amigos que me favorecen.

Muy despacio hemos llegado hasta las márgenes del río, y aún nos alongamos un poco por la espesura de aquel bosquecillo, que es encanto y paz de la ribera.

Ni aun allí conseguí verme libre de mi obsesión, que es cada día más pertinaz y avasalladora.

Un instante me quedé solo, mientras los demás se divertían oyendo cantar a una gitanilla, y durante este breve tiempo tuve un grave sobresalto, que me ha ahorrado muchos días, a los pocos que ya pienso que me quedan por vivir en este mundo.

A buen seguro de que, de haber sido Dios servido de que en esta dicha tarde estuviese el postrero párrafo de mi vida, hubiera ido hacia él sin sombra alguna de pecado; puesto que nunca como hoy tuve el alma tan bien dispuesta de arrepentimiento.

Parece que recelaba el mal paso.

Antes de amanecer acudí al tribunal de la penitencia.

Toda la noche la pasé en el coro haciendo escrupulosísimo examen de mis culpas, que no lo hiciera mejor un bienaventurado en verdadero peligro de muerte.

Comulgué en la misa de alba, con tanta gracia de Dios, que me tomó un paroxismo, y por más de dos horas me tuvo fuera de este mundo.

Luego que volví de él pedí que me dejaran solo en mi celda, sin probar bocado, aunque estaba sin tomar alimento desde el día anterior, y en penitencia estuve hasta más de las dos de la tarde.

A esta hora llegaron mis tertulios, los cuales, con ruegos de mucha amistad, me obligaron a tomar un leve refrigerio; que, como ya tenía el cuerpo muy quebrantado, me fue de mucha consolación.

Aún me hicieron la merced de esperarme un poco para revisar el correo que aquella hora me llegó de Madrid, el cual era preciso que despachara en el momento.

* * *

En este breve espacio que dije del cante de la muchacha, se me acercó un hombre de los de su cuadrilla y me dijo al oído, teniéndome atenazado por un hombro:

—Torquemada, infame curilla, ¿te acuerdas de Sobeya? ¿Te acuerdas de Jacob? Pues no los olvides, que yo te fío en mi sangre, y como soy judío, que has de verlos muy pronto.

Tal espanto me dio, que sin ser más dueño de mi persona que lo soy de los tesoros de un Sofí, caí redondo en el suelo.

Llegaron presto mis acompañantes, y mandando prestamente a la ciudad por una litera, me trasladaron con mil cuidados a mi celda...

De aquí adelante hago ofrecimiento a Dios de no dormir sino en el duro suelo y pasarme la noche en oración, rogándole que me libre de mis enemigos, y que ciegue el cenagal de mis muchos y horribles pecados. Pero por si se descuida un poco, ya hace tiempo que llevo sobre mí una fina malla, y bajo el solideo, un fuerte casquete de acero.

* * *

El manuscrito no tiene más folios de puño y letra de su autor; solo a su final hay una hoja trazada por otra mano.

Dice así:

* * *

Siendo las doce de la noche del último día del año (la fecha aparece tan borrosa que no hay medio humano de entenderla) se hallaba nuestro venerable prior haciendo dura y ejemplarísima penitencia, cuando recibió muerte gloriosa y violenta por mano de unos criminales que lograron llegar hasta él.

Ello fue, sin duda, una venganza que tiene las raíces en el tiempo en que su reverencia fue inquisidor de este reino.

¡Loado sea, que ha subido hasta Dios con la palma del martirio!...

* * *

Vean aquí claro, amigos lectores, cómo este Torquemada no fue aquel que todos sabemos, sino otro nacido, aunque con menos bríos, de la misma simiente…

De todas maneras, es una vida ejemplar digna de escribirse en el martirologio, para ejemplo de algunos y devoción de todo el orbe católico; que de menos han hecho milagrosos bienaventurados...

# EPÍLOGO

Al siguiente día me levanté temprano para volver al palacio de los ruidos y dejar el manuscrito en su biblioteca; pero al salir a la calle observé gran animación por toda la ciudad.

Inquirí lo que ocurría de labios de un viejo parlanchín, que venía contándolo a cuantos querían oírle, de lo que parecía recibir mucho placer.

—¿Qué es ello, buen hombre? ¿Hubo crisis? ¿Cambió el Gobierno por entero? ¿Acaso cayó la lotería en este pueblo?

—No somos gente para tanta dicha —me respondió—. Ni esta tierra está abonada para grandes venturas.

—Y ¿entonces?

—Que el diablo anduvo suelto mucho tiempo. Aunque, si va a hablarse con justa propiedad del idioma, a que yo soy muy aficionado, como maestro de primeras letras que es mi oficio, mejor diría encerrado, y ahora, al cabo de los días, vinieron a darle con la badila en los nudillos.

—Mas, explíquese, hermano.

—Ande, que llevo prisa.

—Pero ¿dónde me lleva?

—Déjese ir, que no le llevo a parte mala. Y a fe que de ello recibirá contento, si por acaso, como yo, fuera amigo de saber novedades y recibir sorpresas.

—¿No me dirá dónde?

—Donde va la gente.

—Vamos, pues —dije, y me dejé guiar por el viejo parlanchín, que, sin duda, creyéndome compenetrado del suceso que inquietaba la ciudad, no acababa de satisfacer mis ansias inquisidoras. Al fin, paré en seco y le dije:

—No pasaré de aquí si no me dice dónde me lleva y qué ocurre.

—¿Pues no lo sabe, señor? —me preguntó muy asombrado.

—No —le respondí.

A lo que continuó:

—Pues que en el palacio de los ruidos no hay tales duendes ni demonios coronados, como se creía. No había más que una fábrica de moneda falsa, que por esto era aquel estrépito de hierros y martillos. Menos mal: a todos los cogió anoche la policía que vino de Madrid...

* * *

Y ya el pueblo respiró tranquilo.